

BIBLIOTECA

DE LA

Universidad de Salamanca.

Sala 7 Est. 13 Tab. 4 Núm. 37

~~32-1-27~~

1^a

4185

TOMO II

618969859

SERMONES
DE MR. E. S. RETBAZ,

PRECEDIDOS DE UNA CARTA

SOBRE EL ARTE DE LA PREDICACION:

TRADUCIDOS DEL FRANCES.

S. D. N. : TOMO I.º

SALAMANCA

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO DE TÓXAR

1804.



SERMONES

DE MR. E. S. RICHARDS

PRECHADOS DE UNA CANTA

SOBRE EL ARTE DE LA PREDICACION

Y TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

TOMO I.

SALAMANCA

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO DE TORAL

1854



AL EXC.^{no} SEÑOR
PRINCIPE DE LA PAZ,
& & &

SEÑOR:

Si la generosa proteccion que dispensa V. E. á las letras, me animó á suplicarle me permitiese honrar la presente Traduccion con su inmortal nombre, la bondad con que se dignó acceder á mis deseos, me infunde la lisonjera esperanza de que

será acogida de V. E. favorablemente, é impone al mismo tiempo la estrecha quanto dulce obligacion de una sincera e invariable gratitud á tan señalado favor, que conservaré siempre en mi corazon y mi memoria.

Dios guarde la importante vida de V. E. dilatados años.

EXC.^{MO} SEÑOR:

B. L. M. de V. E.

su mas afecto y rendido servidor

Mariano Lucas Garrido.

(11)

PRÓLOGO
DEL TRADUCTOR.

*A*nunciar á los hombres las grandes verdades de la Moral y de la Religion, y guiarlos suavemente y poderosamente por el camino de la santidad alentando á los que le siguen, y arrancando del vicio á los sepultados en él por medio de pinturas enérgicas del precipicio en que se hallan, tal es el objeto de la Predicacion Cristiana, tal el fin que se proponen los que abrazan un ministerio tan augusto. Pero no todos lo consiguen, porque no todos se hallan con los dotes y conocimientos necesarios para desempeñarlo. Faltos unos de reglas que les dirijan con seguridad en sus primeros ensayos, desprovistos otros de las luces y preparacion necesarias, y extraviados muchos por los malos Sermonarios que les vienen por acaso á las manos, y toman por modelo, trabajan, afanan, se desvelan, y con bue-

nas intenciones y deseos , leyendo y repasando quizá sin cesar , jamas llegan al blanco de la utilidad á que aspiraban , ni aún logran distinguirse en su carrera. No es mi ánimo atribuir esto á falta de obras escogidas sobre la Oratoria Sagrada , y de buenos Sermones que puedan imitar los que se dedican á ella. Libros de una y otra clase tenemos , ya originales ya traducidos , y libros de gran mérito ; pero ó por poco conocidos , ó por demasiado voluminosos , y por consiguiente costosos de adquirir , no son tan comunes como debieran serlo.

Por lo mismo ha creido el Traductor hacer un servicio á los Predicadores novicios en presentarles esta pequeña Coleccion de Sermones , escritos con una eloqüencia dulce , insinuadora , y con aquella uncion que prestan la íntima conviccion , una viva sensibilidad y un profundo conocimiento del corazon humano , y precedidos de una carta larguísima , pero no ménos útil , sobre el Arte de la Predicacion. Las prendas naturales de que debe estar dotado el Orador , los

conocimientos de que ha de enriquecerse, los preceptos que tiene que observar en la composicion de sus Sermones, gesto, tono de voz, postura, accion que ha de emplear al recitarlos, reglas del decoro que debe guardar en su composicion y su persona, todo está indicado sumariamente en esta Carta con la mayor claridad y con el fino gusto de un hombre de grandes talentos, de muchas luces y de un largo exercicio de este ministerio.

Fundado en esto, en los ventajosos anuncios que de esta obra se hicieron en los periódicos de Francia, singularmente en la Decada, y en la favorable acogida que ha logrado entre los Sabios Extranjeros, espera el Traductor que la tendrá tambien entre nosotros y leida con gusto y reflexion podrá ser de utilidad á algunos. Los asuntos de los Sermones son tan buenos como poco comunes, y aún algunos dixeran originales, todos desempeñados con claridad y método y con aquella filosofía que sabe presentar las verdades de un modo que interesan y

conmueven , y es fruto de un conocimiento profundo del hombre y sus pasiones , sin el qual jamas será bueno ni podrá decirse eloqüente ningun Orador.

Es , con efecto , tan necesario en el Predicador este conocimiento (disimuleseme el que con este motivo le recomiende aquí altamente , porque veo que es el que mas descuidan los Predicadores , y que á su falta podrá tal vez atribuirse el poco fruto que ellos mismos se queixan que consiguen) que sin su luz caminará á ciegas , y verá casi siempre perdidos sus desvelos : pues que él solamente puede enseñarle no solo lo que debe decir , sino el modo de hacerlo y la oportunidad ; quando debe emplear la fuerza del razonamiento y quando lo patético ; en que lugar y circunstancias conviene la dulzura y en quales la amenaza ; como á las pruebas han de acompañar las imágenes , las pinturas ; en suma de que recursos valerse para instruir para atraer , para arrastrar. Solo él le enseñará el origen y filiacion de las pasiones

para subir al principio ó causa de la que quiere combatir ; la utilidad que de ellas se puede sacar oponiéndolas entre sí , y excitando las unas por medio de las otras ; y los medios y caminos seguros de enderezarlas hácia el bien y hacerlas producir saludables frutos. Solo él le dará luces para arrancar á los vicios la máscara falaz con que se cubren y disfrazan , y para distinguir las verdaderas virtudes de las aparentes , las de mera opinion de las reales y sólidas. Solo él le dará acierto en la eleccion de los asuntos que conviene tratar atento al auditorio que le espera , y para presentarlos de aquel modo que mas impresion pueden hacerle. Y solo él , para acabar , instruyéndole de los desaciertos y extravíos de los humanos en todos los siglos y en todos los pueblos , de las miserias , las desgracias de que han estado y estarán por siempre afligidos , de los inútiles esfuerzos de la razon que lanzándose hasta lo infinito y abarcando en sus meditaciones todo el universo , calculando el giro y dimensiones de los astros , penetrando hasta las

mas hondas cavernas de la tierra para sorprender á la naturaleza en sus incesantes trabajos , componiendo y descomponiendo los cuerpos , y sometiéndolo todo á su imperio , no tiene sin embargo el bastante para regirse á sí propia y seguir segura lo que verdaderamente la conviene , le exaltará su imaginacion y dictará quadros sensibles y enérgicos que pongan en claro la necesidad de una luz divina , de una regla sobrenatural que les alumbre y dirija por la carrera escabrosa de esta vida ; le prestará palabras de fuego para retratar al vivo los consuelos inefables que siente el que fielmente cumple con los preceptos del Altísimo y las recompensas eternas que le están preparadas , y por el contrario los castigos que por los siglos de los siglos afligirán al que olvidándose por un placer vil y terreno de quanto debe al Padre de las Misericordias olvide y atropelle sus sacrosantas leyes ; y le inspirará , en fin , aquellas invocaciones fervorosas , aquellas exhortaciones y apostrofes que tanto efecto causan quando salen de una alma profundamente conmovida.

Este conocimiento sobre el de las Santas Escrituras, depósito sagrado de las verdades reveladas y don el mas precioso que pudo hacer Dios á los hombres, monumento auténtico de nuestro destino y nuestro fin, de nuestra grandeza y de nuestra miseria, de nuestra indigencia y de nuestra riqueza, norte y guia de nuestra felicidad y verdadera gloria; este conocimiento, junto con el de persuadir y mover los corazones, les fué comunicado á los Apóstoles con la venida del Espíritu Santo y pasó luego á sus Discípulos bien que no en toda la plenitud que le tuviéron ellos, hasta que cesando después con los demas dones que indica el Apóstol () fundada ya la Iglesia, fué preciso que los varones encargados de anunciar la palabra divina le adquiriesen trabajosamente con el estudio y con el exercicio.*

Hoy mas que nunca es necesario, para persuadir, este conocimiento y el de la eloqüencia, porque hoy especialmente se da con un auditorio

(*) *Epist. 1. ad Corinth. cap. XII.*

que desprehendido de los prestigios que en otro tiempo le prevenian en favor del Predicador, no le dexa á este mas armas que las de la sagrada ley y la sana y despreocupada razon. ¿Qué fruto, sino, conseguiria hoy un Orador que no hablase en sus Sermones sino de historietas fingidas, de apariciones, de sombras, de nuevas revelaciones, de milagros supuestos? ¿quál el que se valiese de los medios de espanto y de terror de varios de nuestros antiguos Misioneros? ¿quál el que en la declamacion emplease la accion, digamoslo así, cómica que de algunos otros se nos cuenta? Yo creo que excitaria (permitáseme decirlo) la risa general el que esperando lograr por estos caminos los frutos que en otros tiempos produxéron, quisiese renovarlos. Acostumbrado hoy el público á una cierta correccion y adorno en todos los escritos y discursos, y á aplicar la antorcha de la razon á todos los objetos que no son del resorte inmediato de la revelacion, criticaria severamente, y aún los mas sensatos no las aprobarian, cosas que en algun

tiempo no solo no se reparaban, sino que tal vez se aplaudian.

Y si á esto agregamos la corrupcion y el desenfreno que por todas partes se advierte, la inmoralidad que cunde por todas las clases del estado, el desprecio de las cosas mas santas, el atropellamiento de las obligaciones mas rigurosas, el escarnio y la mofa con que se ridiculizan la probidad y la virtud, la insolencia y descoco con que se presenta el vicio, los triunfos que con sus torcidas artes consigue á cada paso, el fatal exemplo que produce esto, el vilipendio, el menosprecio, el abatimiento del verdadero mérito, ¿quánto no tendrá que hacer el Ministro Evangélico para captarse la atencion y los ánimos de sus oyentes; y tras esto ganar y atraer al buen camino á los que por su desgracia se extraviáron de él? Todos los recursos de la eloqüencia le será forzoso emplear, y aún así no estará seguro de vencer.

Estudie, pues, hoy con el mayor esmero este importante arte el que se consagre á tan augus-

to ministerio : medite dia y noche las Santas Escrituras ; lea los Padres y Oradores que mas se han distinguido ; y dedíquese con infatigable diligencia al estudio del hombre para emplear con fruto los materiales preciosos que hubiere reunido : y de este modo puede prometerse que coronará el Señor sus esfuerzos , y que un dia le concederá con superabundancia el premio que por ellos mereciere.

¡Oxalá que á tan laudables fines pueda en algo contribuir la presente obra , pues entónces me daria yo por muy dichoso , y por bien empleado mi trabajo !

CARTA DEL AUTOR

Á UN JÓVEN

SOBRE EL ARTE DE LA PREDICACION.

Para entrar con buen pie en la carrera de la predicacion, amado Teófilo, me pides consejos: prueba de que sabes las asperezas de que está sembrada. ¿Quántos principiantes no vemos que se arrojan á ella con mas satisfaccion que los Maestros mas consumados, y que léjos de conocer todas las excelencias del Arte, ni aun imaginan que tal Arte haya? Tu genial modestia es ya feliz presagio de tus adelantamientos: ¡ oxalá tuvieras, como mereces, otro Maestro mas aventajado!

Quando te has resuelto á seguir esta vocacion, sin duda habrás ya de

antemano *probado tus fuerzas*, comparándolas no con las de las personas que exercen el ministerio de la predicacion, sino con las que esta exiêge, así bien como con las de los Predicadores de mejor nota.

Pocas vocaciones hay que pidan tantos y tales requisitos como el ministerio evangélico, el qual no solo requiere las mejores *dotes del ánimo*, sino tambien las *prendas corporales* mas relevantes. Pero entre todos ellos unos son mas, otros ménos esenciales; y tales hay tambien tan indispensables, que sin ellos ningun mancebo puede emprender esta carrera.

Pero el aplicado que, con buenos principios, desee aventajar en ella, basta que tenga una mediana comprehension para llegar á poseer las *dotes del ánimo* necesarias á un Predicador. Estudiando con reflexion, adquirirá el competente caudal de conocimientos y un *mas que regular manejo de la Sagrada Escritura*. Exercitando el ingenio, descubrirá

(3)

á primera vista en cualquier materia los puntos capitales que abrace , para que sirvan de cimiento á su discurso, cuya division le enseñará la *Lógica*, como igualmente el orden y correspondencia que deben tener entre sí sus partes , y el texido y correlacion de unas ideas con otras. Apénas hay Predicador que con el estudio y la observacion no pueda componer , ya que no un buen Sermon , á lo ménos un Sermon útil y edificante.

El conocimiento del corazon humano le es no ménos necesario al Ministro Evangélico , que el manejo de las Sagradas Escrituras. Es el corazon humano un libro profundo , cuyos principales capítulos , por lo ménos , se deben estudiar, quando ser no pueda leer todas sus páginas. Servirános su estudio de preservativo para no pintar un hombre imaginario en lugar del hombre real y verdadero , ministrándonos retratos tan al vivo , que no podamos

ménos de ver en ellos nuestra semejanza.

Á falta del trato de mundo, que en el particular es la mejor escuela del Predicador, pero que no siempre se puede frecuentar, debe estudiar los Filósofos Moralistas, como Teofrasto, Montaigne, La-Rochefaucould, La-Bruyere, Duclos, que con tanta verdad y finura dan á conocer el hombre; y sobre todo no dexé de las manos á Masillon, este grande Orador, á quien nada se le ocultó entre las tinieblas del corazon humano. Y aun yo le aconsejaría que leyese aquellas historias fabulosas recomendables por lo acendrado de la doctrina y los rasgos característicos, en que pintan con pincel maestro el corazon humano.

Entre todos los puntos que puede tratar un Orador ninguno hay que no exija tal qual fondo de ideas, eleccion en los conceptos, y cierto orden y método en su distribucion. Hay ademas una qualidad preciosa, esencial á todo

Orador , que es la que dá sér y vida á todo el discurso ; y aun hay algunos que son propia y privativamente de su jurisdiccion. Esta qualidad no se adquiere , si bien puede perfeccionarse: la *sensibilidad*.

Si un Orador carece de ella , no puede conseguir el fin que se debe proponer , de *mover instruyéndo*. El afecto no solo se mezcla con el concepto para lanzar en la composicion aquellos rasgos de fuego que nos arrebatan , sino que es la fuente de lo patético , y el alma de la predicacion. Un Autor decia: *que todos los grandes pensamientos vienen del corazon*. En efecto, no hay movimiento notable de eloqüencia que no proceda de la sensibilidad : ella era la que inspiraba á *S. Juan Crisóstomo* , *Fenelon* , *Bossuet* , *Masillon* , en los mejores pasages de sus Obras. Si los Gentiles no podian concebir al Orador sin ese requisito ; si le atribuian todo el poder de la eloqüencia segun este ya trivial

(6)

axioma : *Pectus est quod disertum facit* ;
¡cuánto mas se verificará esto respecto
al Orador cristiano !

Es en este un defecto que no puede ocultarse ; aquella sequedad , digámoslo así , aquella aridez de corazón que dexa siempre serenos y sin emoción á los oyentes. La imaginación que todo lo imita , y todo lo pinta , podrá muy bien vestirse los colores de la sensibilidad ; pero sensibilidad nunca lo llegará á ser. En ciertos momentos podrá sí dar á sus pinturas un varniz de sentimiento ; pero abandonará al Orador en el curso ordinario de su predicación. La sensibilidad no transpirará en sus quadros , en sus exhortaciones , en sus movimientos : no las imprimirá aquel carácter de insinuación y de ternura que las estampa profundamente en la memoria.

Por demas sería advertir á un Orador bisoño que se consultase en este punto ; porque el arte que sabe reme-

dar la sensibilidad , puede alucinar al que de ella careciere , en términos de persuadirle á que ella es quien le inspira. En materia de sentir , solo son jueces competentes los corazones sensibles.

Pues siendo esto así , como lo es, ¿qué pensaremos de aquellos Predicadores, que léjos de transformar en afectos los principios abstractos de la moral, hacen hablar á los afectos el idioma abstracto de la metafísica ? Podrá ni aun imaginar camino tan torcido el Orador que tenga una chispa de sensibilidad? Sé filósofo en hora buena, querido Teófilo ; pero no me afectes ni el tono , ni el lenguage de la filosofía.

Mas volviendo á hablar de la sensibilidad , tiene esta facultad del alma sus grados , y aun puede aumentarse con el exercicio. Por lo mismo, yo no cerraria la puerta de la predicacion á aquel en quien no se percibiese sino un escaso destello de sensibilidad, ó ap-

titud muy poca para trasladarla á sus discursos. Basta no carecer enteramente de ellos, para á fuerza de estudio, poder elevarse á un grado regular de energía. Para lo qual, huirás de los espectáculos que endurecen el corazon, y busca los que excitan suaves impresiones : alimenta tu espíritu de lecturas afectuosas que inspiren amor á la virtud, y con pinturas verdaderas y naturales muevan el corazon, pero no le atormenten. Quando esta facultad se haya afinado, ella se pintará de suyo en el discurso : y entónces solo con dexárnos llevar de sus inspiraciones, serán nuestros acentos bien sentidos. *obit*

Para que tus discursos produzcan todo el efecto que de ellos puede esperarse, es necesario que te sujetes á recitarlos de *memoria*. Así yo te preguntaria si tienes retentiva : si puedes, sin mucho trabajo y tiempo, aprender un discurso de manera que le puedas pronunciar con confianza y desembarazo.

La memoria, como la sensibilidad, se fortalece con el ejercicio, es cierto, pero en el discurso de tus estudios académicos no podrás ménos de haber hecho grande uso de ella, y experimentado su fidelidad ó flaqueza. De consiguiente puedes juzgar de ella.

Si tu memoria es frágil ó tarda: sino puedes contar con ella; ¿cómo has de abrazar un ministerio, para el qual es absolutamente indispensable? ¿Hay cosa mas penosa, tanto para el Orador como para el oyente, que una mala memoria? Verdaderamente este es un tormento general. ¿Podrás, quando tu espíritu ha tendido el vuelo para seguir el hilo de la oracion, que á cada instante está para escapársele; podrás, quando trabajosamente te acuerdas de la serie de un discurso, y de las palabras que has escogido para formarle; podrás, digo, pronunciarle con aquella libertad, con aquel ademan desenfadado, tan indispensables para

el efecto que debes producir?

No ha faltado quien compare la memoria á la cuerda del volatin, con la qual debe contar siempre en qualquier movimiento que haga. El que pronuncia á trompicones una oracion, la priva de las ventajas que tiene mas recitada que leida: y en tal caso, lea y no recite; ó por mejor decir, renuncie para siempre el púlpito, que en vez de aplausos no le acarreará mas que disgustos.

Mas de nada serviría una memoria fiel é imperturbable, si para los oyentes estuviere el discurso lleno de lagunas, á causa de la debilidad del órgano que se le ha de transmitir. Una voz clara, una voz sonora que sin violencia, sin gritos, se dexé oír fácilmente del mas numeroso expectáculo, es una qualidad inestimable para un Orador. El vigor de la voz señorea, digámoslo así, la atencion de un auditorio y precave las distracciones de los

circunstantes. Es menester no solamente que puedan oír al Predicador sin costarles trabajo, y donde quiera que se hallen, sino que no puedan ménos de oírle; y que un sonido lleno hiera sus oídos hasta en sus mas baxas modulaciones.

Es verdad que hay pocos que tengan un metal de voz tan lleno; pero tambien lo es que hay pocos Oradores. Mas de una vez me ha sucedido asistir á un Sermon y no poderme llamar oyente; y á no pocos de los concurrentes les sucedió otro tanto. ¿Qué nos importaba entónces que el Sermon fuese bueno ó malo? El Predicador á vueltas de un defecto podia ocultar otros muchos.

La monotonía es uno de los inconvenientes que resultan de la voz débil; porque teniendo el Orador muy corto número de notas á su disposicion, puede variar poco la pronun-ciacion del discurso. Y si, para que le

oygan, se hace entónces violencia, mucho peor, pues aquello ya no es hablar, es gritar: su voz se desfigura, y ya no tiene mas que un tono, pero un tono que taladra los oídos. Este tal Orador necesitaba, como el jóven Graco, tener un flautista escondido detras, que quando desentonase, le apuntase el tono verdadero.

El exercicio, dirá alguno, puede embarnecer la voz, y darla mas cuerpo y extension.— Es así, quando la flaqueza está solo en el órgano vocal; quando á la voz no la falta mas que romper y soltarse con arte y maestría; mas quando el defecto, como es muy comun, está en el pecho, entónces no es posible exponerse á corregirle sin peligro de la salud y aun de la vida.

Para enmendar en parte esta flaqueza de los órganos de la voz, no hay cosa como articular distintamente. La limpieza de la *pronunciacion* contribuirá mas á que se oyga el discurso, que

no el lleno mismo de la voz. Es indispensable que vayan las sílabas hiriendo sucesivamente el tímpano , sin que se pierda una. Pero sería notable yerro tomar el tono de una conversacion familiar por regla de un discurso público. En aquella se habla , por decirlo así, al oído del oyente que no pierde ápice; mas en este va la palabra á buscarle á las extremidades de un vasto edificio: los tonos endebles no llegan adonde está , y aun , no siendo la pronunciacion muy distinta , apénas oye mas de sonidos inarticulados.

La claridad de la pronunciacion es respecto al oído, lo que respecto del alma la claridad de la sentencia. Para que el Orador sea oído , es menester que se produzca suelta y no embarazadamente; de modo que podemos aplicar á la recitacion de un discurso , lo que del mismo discurso decia *Quintiliano*: *Prima orationis virtus , perspicuitas.*

Hay una especie de voz bronca, cu-

yas articulaciones son obscuras como ella; que muchas veces es defecto de la lengua, ó de los músculos que la mueven. No hay fuerzas humanas que puedan vencer esta torpeza de los órganos; y el que la tuviere nunca será Orador.

Supongo por de contado que posees las prendas esenciales que acabo de significar, que, á lo que entiendo, son requisitos indispensables. Baxo esta suposición, ahora vas á empezar el Arte. Ante todas cosas, Teófilo mio, ¿sabes leer? Estrañarás la pregunta; pero quiero que entiendas que puedes muy bien haber leído mucho, y con todo no saber leer: bien que hay Predicadores, y de dias, que toda su vida han estado leyendo, y son el mas claro testimonio de que leer bien es cosa muy rara.

Leer no es juntar letras y sílabas, ni pronunciar palabras y frases, sino expresar el sentido de estas frases; pintar los pensamientos de una oracion

con sus colores aparentes ; matizar sus varios quadros de modo que no se perjudiquen unos á otros, ántes bien se presten recíprocamente mas luz y viveza ; conocer la necesidad de dexar obscurecido , de sacrificar , si es menester, tal qual pasage , para que resalte , para que brille un afecto ó una idea capital ; distinguir con el acento lo puramente doctrinal de lo que debe ser patético y bien sentido ; conocer si en una frase hay alguna palabra notable para disgregarla y producirla sin afectacion y sin que se note el arte ; enunciar mas bien los conceptos que las expresiones, ántes los afectos que las palabras ; seguir el movimiento de la oracion de tal suerte que se precipite ó repose, sea apacible ó impetuoso segun las variaciones que indique : en suma , leer es, por medio de diferentes inflexiones, expresar los diferentes afectos del ánimo, las excelencias de la virtud y los horrores del vicio ; el fuego de la caridad

y lo tibio de la indiferencia ; la indignacion , el temor , la compasion , la benevolencia ; los beneficios del Señor y sus castigos ; la nonada del hombre y su grandeza ; su soberbia y su miseria ; las invocaciones al Sér Supremo , y las exhortaciones patéticas á los hombres : y leer es enunciar las sentencias y afectos , que varían en infinito por medio de tonos que den bien á conocer su intencion y carácter.

Para leer bien es necesario hablar bien , no usando sino palabras puras y castizas , y pronunciándolas con la cantidad prosódica y el *acento* conforme al buen uso. Si el acento no es puro , tanto como importante es dificultosa su reforma. Bien se dexa entender que en este punto se creeria *Theofrasto* irreprehensible ; pues con todo una hierbera de Aténas le sacó por extranjero. En las capitales es donde se halla generalmente la genuina y pura pronunciacion.

No por eso se entiende que se haya de tomar por modelo al vulgo; que este en todas partes tiene un acento viciado. Sígase el uso de los doctos y personas cultas. En algunas provincias es la pronunciacion tan defectuosa, y á veces tan contraria á las reglas del arte, que ganarán mucho sus habitantes en frecuentar el trato de los que en la corte y en tal qual ciudad, pronuncian con propiedad y policia. El jóven que en este punto se quiera perficionar, debe observar cuidadosamente cómo se pronuncian las palabras, y atemperando su acento bastardo al usual y corriente, no omitir diligencia alguna para sacar fruto de los buenos exemplos.

Perdido que haya todo dexo, si posible es; y quando ya sea pura y correcta su pronunciacion; quando se haya acostumbrado á leer en alta voz, con sentido, y variando todos los tonos de manera que dé bien á entender lo que dice; entónces vaya levantando por

grados la voz, hasta que suba tres ó quatro notas por cima del tono ordinario. La voz es un instrumento muy dócil. Habitúese á hacer á ese tono las mismas inflexiones de voz, las mismas variaciones que le eran familiares, tomándolas en tono mas baxo; exercítese en repasar ligeramente esta gama alta, y no suba al púlpito, sin que ántes haya repetido muchas veces esta útil leccion; y entónces preséntese con honesta confianza.

La extremada *timidez* turba y embaraza, cortando las alas al ingenio mas aventajado; la confianza presuntuosa concita los ánimos contra el Orador, el qual, al contrario, debe aspirar á captarse la benevolencia de sus oyentes. Un justo medio, querido Teófilo. Tú parece que tienes concebida de tí una opinion muy modesta; así no necesito advertirte que huyas de aquella presumida arrogancia, tan reprehensible por todos capítulos. Pero

guárdate no ménos de incútrir en una timidez desmesurada , porque esta resiste á los esfuerzos que se hacen para vencerla.

Los dos Oradores mas eminentes de la antigüedad eran muy tímidos. Ciceron dice de sí que nunca principió á hablar en público , que no temblase de alto á baxo. Yo he hallado en la reflexión asunto para cobrar aliento y no desmayar. ¿Temerías (me decia yo á mí propio) , temerías recitar tu oracion en presencia de tal sugeto, que es el mas calificado del auditorio? Bien ; pues cada qual no oye sino para sí; de suerte que , al cabo , millares de millares de oyentes equivalen á uno solo.

Predicadores he visto yo , que para cobrar brios , por evitar distracciones, fixan la vista en una columna del templo , y la dirigen exclusivamente la plática. Muy mal hecho. El Predicador frustra así todo el fuego de sus miradas , toda la expresion de su fisonomía.

El debe enderezar la oracion á todo el auditorio: á todo el auditorio debe mirar, interrogándole, consultándole, exhortándole, reprehendiéndole. El auditorio es el que da alma al Orador, y le inspira los tonos convenientes. De otra manera ¿cómo se verá si la atencion dura ó desmaya? ni cómo retraerla hácia sí, caso de distraccion, esforzando la accion con reanimado zelo?

o Apénas un Predicador ha abierto la boca, quando un prestigio religioso se apodera de los oyentes. No es ya un hombre qualquiera entónces el que habla: es un enviado del Altísimo revestido de autoridad divina. Su language, sus acentos, todo en fin, recibe un carácter mas augusto y solemne. ¡Dichoso él, si durante su discurso, alguna incongrüencia, alguna expresion ménos digna no viene á disipar la ilusion, y poner las cosas en su lugar! Y dichoso aquel de quien, como de *Hortensio* decia *Valerio Máximo*, se puede decir: Ha-

blaba tambien , que no se le podia ménos de mirar ; y era de tan agraciado personal , que sin querer se le escuchaba!

Es ocioso advertirte , mi Teófilo , que de luego á luego no se ha de entrar declamando en un discurso ; si ya no es en aquellos casos en que el Orador embebecido todo en un pensamiento que le ha hecho eco , rompe comunicando un gran movimiento , que es efecto de sus meditaciones anteriores. Fuera de estos , que son muy raros , ábrase siempre la oracion con reposo , elegancia y sencillez.

Vemos algunos Predicadores que no parece sino que echan el resto en el *exórdio* , remontándose desde el principio todo quanto pueden , y tendiendo todas las velas de la eloqüencia. Sería remisible este vicio , si el *exórdio* fuese todo el discurso ; pero como no es sino el frontispicio , quando llegan al fondo de él , no pueden sostener el vuelo que han tomado ; de forma que su

oracion parece un monstruo , á cuya descomunal cabeza acompaña un cuerpo desmedrado y enteco.

Lo reposado de un exórdio en su composieion , debe prescribir el tono que se debe seguir , quando se recite. Todo el ademan ha de ser tranquilo como él, y el gesto no hay que emplearle entónces para nada. Por otra parte el exórdio no siempre es necesario : á veces el Orador entra en materia sin usar este medio preparatorio.

Yo , en un Sermon , no tengo reparo en preferir las divisiones formalmente enunciadas á las que solo se indican por medio de transiciones en la contestura del discurso. Este último método , no hay duda que es mas ducido y el mas natural ; mas no el mas claro , el mas acomodado á las atenciones ligeras , ni el que mas alivia la memoria. Para los discursos escritos en que los lectores pueden rever el plan que se ha formado el Autor , yo adop-

taria las divisiones tácitas , y para un discurso recitado las expresas, las quales son un gran recurso para la memoria. Podémoslas comparar al asa de un vaso , que cogida , llevamos á la boca todo lo que contiene : mas si el vaso no tiene asidero, ú no le tenemos á tiro, para nosotros es lo mismo que si estuviera vacío.

Fixado que hayas la atencion del auditorio sobre el plan que te propongas seguir , hete ya en tu discurso ; y pasas, por medio de una transicion, de un punto á otro.

Las *transiciones* mas freqüentes se deducen de las ideas intermedias que traban lo que se ha dicho con lo que se va á decir. Quando estas ideas son naturales ; quando están expresadas felizmente , forman primorosas transiciones, y excitan la mente causándola una agradable novedad y sorpresa.

Suele haber mucha arbitrariedad en el orden que se señala á las diferen-

tes partes de un discurso ; y no poca dificultad en la debida trabazon de ellas. Ligar las últimas ideas del punto que acaba con las primeras del punto que comienza, de suerte que un signo qualquiera , una conjuncion por exemplo, una exclamacion &c. sea bastante á formar su vínculo : esta es la transicion mas sencilla y mas natural. Si de suyo no se ofrecieren las transiciones á la mente, no las busques, y pasa, sin intermedio , de un artículo á otro ; que ménos duro será ese tránsito , que aquellos enlaces forzados, donde no se ve otra cosa que el impotente conato de zurzir retales, cuya diversidad se hace mas visible con el esfuerzo de disimularla. Fuera de que , una transicion , por mas feliz que sea , mas que primor natural , es siempre obra del arte. Nadie deberá extrañar que las partes de un discurso que son diferentes , se caractericen á sí propias , y que no se adop-

ten las ideas intermedias que son fruto de un penoso y no disimulable estudio.

El Quanto mas vayas avanzando en el discurso , mas es fuerza que te armes contra un defecto capital ; la *monotonía*. ¿ Quiéres evitarle en el recitado ? pues evítale en la composicion. *Variare orationem magnoperè oportebit*, dice Ciceron ; *nam omnibus in rebus similitudo satietatis est mater.*

Este es el grande escollo de la predicacion , la qual propende mucho hácia lo patético , en lo que es muy fácil ser monótono. Date por dichoso quando el tema de tu oracion te ofrezca distinciones que hacer , explicaciones que dar y puntos de moral que aclarar. No descartes como frios y poco oratorios aquellos temas de apacible discusion en que es necesario emplear el estilo didáctico ; ántes al contrario, elígelos con preferencia.

Con esta mezcla de razones y de imágenes, de preceptos y de afectos, de

lo doctrinal y de lo patético, no dudes sino que conseguirás variar la recitación, suponiendo que sea conforme á la composición.

Es muy común entre los Predicadores este vicio de la uniformidad: siempre van corriendo, y nunca pasan á paso: están llenos de fuego, pero como empiezan, así acaban; y su decir es una continua peroracion. No obstante, á hablar verdad, un tono siempre exáltado, un no sé qué de extremoso en los afectos y de hiperbólico en las figuras; todo esto no es lo mas recomendable ni lo que mas persuade, como ni tampoco es testimonio de la superioridad de un Predicador. Yo mas querria quedarme corto, que excederme: el que no llega al hito, no es mas que débil; el que pasa de él, raya en ridículo.

Suele el modo de decir en las recitaciones depender en un todo de los antecedentes. Así pues, los pasages re-

posados que vienen tras retazos vehementes, deben tener todavía resabios de lo animado de la accion. Las olas del mar agitado no calman inmediatamente que el viento cesa. **A** ¿Quieres ser justamente celebrado, Teófilo? Sé llano y sin afeyte: sé ordinariamente sosegado, para en caso necesario ser vehemente. Reserva los grandes movimientos para el fin de tu discurso, donde apliques mas especialmente á tu auditorio las verdades generales que hubieres dexado sentadas. Pero cuenta no sea que por evitar la monotonía, incurras en lo que yo llamo *cantilación*, que es una monotonía todavía mas insufrible, la qual consiste en usar dos ó tres tonos que se repiten en un mismo orden, y terminan siempre uniformemente. El Predicador contrae estos resabios, quando por lo debil de su voz no puede variar competentemente de tonos; ó quando dexa la razon y el corazon por seguir

la rutina. De donde procede el bostezar del auditorio, y no pocas veces el ningun fruto de la predicacion.

Querria yo que los Predicadores bisoños no omitiesen ninguna diligencia, para afinar su voz y su oido. Así que, no les serian inútiles unos tales quales principios de música, cuya práctica les revelaria no pocos secretos.

Lo que dexamos dicho respecto á la voz, puede aplicarse en gran parte á el *gesto*, el qual debe ser verdadero, expresivo, sencillo y vario juntamente. Pero ¿qué es lo que da la expresion á los gestos? ¿quáles son sus primores y defectos? ¿hay sobre ellos reglas positivas? En este punto, como en la eloqüencia escrita, no hay ningun modelo fixo que consultar. El excelente tratado de *Plocio*, retórico galo, no ha llegado hasta nuestros dias; y el poema de *Samleco* es muy diminuto. Por lo qual es necesario ir recogiendo de aquí y de allí algunas observaciones.

El gesto es muy esencial en el arte oratoria , inspirándole los mismos pensamientos y afectos, con los cuales debe conformarse. Véase el aventajado uso que hacen de él los grandes pintores en la actitud y expresion que dan á sus figuras. Junio en su tratado *de Pictura veterum* dice que *las manos ayudan mucho á la palabra; que saben exigir, prometer, llamar, detestar, interrogar, reusar, y significar todos los diversos afectos del ánimo.* El gesto es el idioma de los mudos, mediante el qual dan á entender sus placeres y penas, y transmiten todos sus pensamientos.

Á las personas vivas y acaloradas las es muy familiar la gesticulacion, á diferencia de las apacibles y moderadas en quienes no es tan frecuente. Los Italianos son grandes gesticuladores, no así los pueblos del Norte: los Españoles guardan un término medio entre aquellos y estos. Un Orador que no gesticule, carece de un eficacísimo re-

curso de persuadir y mover: y embrobrece su eloquencia exteriori despojándola de la mayor gracia y fuerza. Pero no deben tampoco los gestos de generar en pantomima, porque siendo muy frecuentes y esforzados, fatigan la vista, y pierden toda su nobleza. De este abuso verosímilmente era del que decía un Escritor eloquentísimo, que es un absurdo gesticular quando se habla, como *lo sería decir á alguno una cosa de viva voz y juntamente por escrito.*

Piládes, Batilo y Andrónico tan celebrados en la antigüedad por el punto de claridad y energía á que llevaron el lenguaje de accion, sin duda fuéron pantomimos de oficio; porque de otro modo no se hubiera hecho mencion exclusiva de tal habilidad.

Si estuvieses poseido de algun afecto profundo; si hablas de alguna cosa infinita por su naturaleza, como el tiempo y la eternidad; ó que infunda alta veneracion y respeto, como Dios,

su Providencia, y sus perfecciones adorables, entónces son muy fuera de propósito los gestos. Pero, mayormente si interviniese la Divinidad y profiere con sus propios labios sus oráculos, entónces reyne en todos tus miembros una estática inmovilidad: todo gesto, todo movimiento estaria por demas, y se quedaria muy atrás de tus palabras.

Mas, quando hayas de establecer algun principio, ú pintar alguna passion, recurre á la mágica de los gestos, con tal que sean graves y propios, no precipitados é inciertos. La loquacidad, digámoslo así, de las manos no es ménos enfadosa que la de la lengua. El púlpito tiene su decoro y dignidad, que se menoscaba con lo descompasado de los ademanes.

Los gestos deben ser fáciles, rotundos y desembarazados: su centro debe ser la espalda. Los que nacen del codo y principalmente de las manos, tienen cierto ayre de cómicos. Quando

acabe la frase, acabe tambien el gesto; y para significar una sola idea, nunca se empleen muchos gestos.

No solo pueden concurrir ambos brazos al gesto, sino que debe ser así. Los recursos del arte deben multiplicarse, no empobrecerse de propósito. Pero, quando emplees ambos brazos juntos, cuenta con que conspiren en sus movimientos; porque de lo contrario resultaria una disonancia tan desapacible á los ojos, como la de los tonos lo es á los oídos.

Quando se accione con una mano sola, esta generalmente deberá ser la derecha; no porque tenga ningun privilegio mas que la izquierda, sino porque lo contrario sería cosa chocante, y argüiria no la mas fina educacion.

Por lo que toca á la altura hasta donde es permitido, en el accionar, levantar los brazos, repetiré la máxima del Príncipe de los buenos declamadores, *Baron. Las reglas*, decia este, *prohi-*

ben alzar las manos sobre la cabeza ; pero si la pasion las alza , no producirán mal efecto , porque las pasiones saben mas que las reglas. En una viva exclamacion , en una invocacion fervorosa , en un extremo de admiracion , la naturaleza , con los justos límites que ella sabe poner , es la única que tiene accion á tirarnos de la rienda.

Pero cuida con especialidad , Teófilo mio , de ser siempre exâcto y verdadero en tu gesto. Hay hombres concebidos baxo tan infausta estrella , que todo en ellos es falso , falso el discurso , falsa la vista , falso el oido , y el gesto falso. De estos decia con mucha verdad un Poeta :

A su pecho señalan

Si pintan à un perverso,

Y al insondable abismo

Quando hablan de los Cielos.

El que tenga un gesto de esta na-

turalaleza , no gesticule en manera alguna , pues mucho mas valdria privarse de sus ventajas , que exponerse á que á cada paso estuviese confundiendo sus frases , ó las desmintiese con truncamientos de sentido. Pero pocos he visto yo que con un juicio recto tengan un gesto falso: tal contraste sin duda repugna á la naturalaleza.

El que con el gesto quisiese pintar todas las palabras de una frase , á mas de andar muy poco cuerdo , sería tan chocante como minucioso. Lo que debe expresar es la principal intención , la idea capital. Mas ¿ qué hará para conseguirlo? Para esto no hay reglas ; ni puede haber otro norte que el buen gusto , cierto tino mental , y sobre todo los buenos modelos.

Variar el gesto es un don especial , que estriba en la rectitud de la mente ; porque si las ideas de un discurso son muy varias , para enunciarlas debe ser

no ménos vario tambien el gesto. El predicador que no tiene mas de uno, en este hecho mismo le tiene falso é ineficáz. Sin embargo, esta monotonía del gesto es vicio muy ordinario en los predicadores. Toda la eloqüencia corporal de los mas consiste en apartar las manos á compas para juntarlas luego con grande estrépito, y repetir este movimiento periódico en quanto dura el Sermon. De esta manera hacen al oyente mártir de su impericia, atormentando sin caridad sus ojos y sus oidos con lo mismo que los debian de leytar.

No solo los brazos y las manos son los instrumentos del gesto, sino tambien todo el cuerpo, el qual debe variar sus posturas, ya enderezándose, ya tomando la derecha, ya la izquierda del púlpito, ya haciéndose hácia adelante, ya hácia la espalda. Muchas veces he sentido yo que no tuviesen nuestros

púlpitos como en Italia, forma de tribunas, donde el Orador pudiese dar algunos pasos, y moverse con desahogo.

Pero evítense aquellos balances hácia adelante y hácia atrás, aquellos como columpios que repitiéndose continuamente como el movimiento de una péndola, ofenden la vista y la fatigan.

La expresion del semblante, el fuego y eficacia del mirar dan mucha alma al acento de la palabra, y el movimiento de los ojos con particularidad le presta todo el sér y vida. Hay ojos ciertamente que penetran hasta lo mas íntimo del corazon humano.

Pero todos estos dotes no son mas que medios que concurren eficazmente á la *accion* del Predicador. Á esta accion se endereza todo quanto queda arriba dicho, y ella es el vehículo de los pensamientos y afectos con que un Ministro del Evangelio puede penetrar el ánimo de sus oyentes. Decir de un

Predicador que tiene accion , es decir que posee en grado eminente todas las qualidades exteriores que constituyen el perfecto Orador, juntas con el fuego que las anima y hace resaltar.

El colmo de esta accion en el Orador , es lo que se llama *entusiasmo*. En llegándola á encender este , se entrega sin rienda al afecto que le domina. Es el entusiasmo una especie de furor que le sobrepone á todas las reglas; es un torrente de sensibilidad que no conoce diques y sale de madre , por decirlo así , con todos los medios de accion que el Predicador quiere emplear. Ya se supone que estos momentos son muy raros, y que deben serlo. Aun hay Oradores muy buenos , que no son susceptibles de esta especie de inspiracion que nos arrebatá y señorea.

Preguntado *Demóstenes* en que consistia el todo de la eloquencia, respondió que en la accion ; y repitió tres ve-

cés esta palabra , como quien dice que sin accion no puede haber eloqüencia. Yo contrapongo esta accion á aquella yerta inmovilidad de algunos Oradores , poco dignos de este nombre , que no están penetrados de las mismas verdades que quieren inculcar ; ó que indiferentes en un todo á la religion que anuncian , se cuidan poco ó nada de la impresion que debe hacer en los ánimos.

Yo no tengo reparo en decir que aunque mas y mas preferencia se deba dar á la substancia sobre la forma , en la eloqüencia hablada yo estoy por esta. Otro tanto dixo Cicerón de las expresiones de un discurso : *Quamvis suaves sint sententiæ , tamen si inconditis verbis efferuntur , offendent aures*. Lo mismo puede decirse de la recitacion. Compóngase un discurso mediano , y recitese con primor , y llenará mucho mas al auditorio , que un discurso excelen-

te pero pronunciado con impropiedad ó monotonía.

¡ Quántas veces nos ha encantado oída una obra que despues leída nos ha fastidiado ! Y por el contrario, tal obra hay que al oirla nos ha desagradado, que luego al leerla nos ha llenado las medidas. ¿ Qué se infiere de aquí ? — Que la declamacion es un arte importante: que un Predicador debe aplicarse á ella con la mayor diligencia , no para dar brillo á un discurso endeble y desmayado , sino para aliñar con todas sus artes un discurso sólido y bien trazado.

Lee , querido Teófilo , la historia de la eloquencia , y verás como el Orador debe casi siempre sus aplausos á la declamacion. Las arengas de *Pericles* produxéron , en su boca , maravilloso efecto. Publicólas ; y *Quintiliano* las calificó de muy inferiores á su fama. Y ¿ qué otra cosa les faltaba mas que la

accion admirable de este Orador? *Nicio Eritreo* que habia metido mucho ruido con sus predicaciones, confiesa ingenuamente que sus Sermones impresos perdiéron toda la fama que habian tenido. Habiendo el Clero protestante enviado al Ministro del Evangelio *Du-Bosc* comisionado para cierta solicitud á Luis XIV, *acabo de oir*, dixo este Príncipe, *al mejor hablador de mis reynos*. La extrema debilidad de los Sermones que *Du-Bosc* ha dado á la estampa, arguyen el prestigio de su eloquencia exterior.

En tres especies han dividido algunos la declamacion: la del púlpito, la del teatro, y la del foro. Pero como no hay mas que una eloquencia, tampoco hay mas de una declamacion. Recitese lo que se quiera, siempre se debe considerar quién, qué, cómo, á quién, y en qué circunstancias se habla. Estas consideraciones modifican el arte, mas

no hacen otro arte distinto. Y es esto tan verdad, que esos tres géneros de declamacion se suelen muchas veces confundir en un mismo discurso. Quando el Predicador pinta los propios afectos de su alma y las emociones que siente, entónces su accion es dramática.

El Predicador habla por lo comun para instruir al auditorio, y por consiguiente no experimenta los afectos que procura excitar en él. Si siente vivamente; si á veces se entornece hasta prorrumpir en llanto, siempre es teniendo puesta la mira en el auditorio. De este, pues, deberá tomar su carácter la declamacion del Predicador, no empleando otra accion que la que se requiera para persuadir y para mover.

Un medio eficacísimo para que el Orador se capte la benevolencia de los oyentes, es la observancia del *decoro oratorio*. No dice bien en un Predica-

dor mozo el censurar con demasiada acrimonia la vejez, y perderla el respeto debido. No dice bien la extrema rigidez en los preceptos de la moral, la declamacion contra las diversiones permitidas y lícitas, y la no indulgencia con la fragilidad humana. No dice bien en un Predicador poco favorecido por la fortuna el declamar vigorosamente contra las riquezas, vituperando indistintamente su uso, que eso le haria sospechar de envidioso. No dice bien tampoco, el que hable con entono y arrogancia á los que están constituidos en altos puestos, pues debe templar el rigor evangélico con moderada y respetosa discrecion. No, el reprehender en las gentes del campo los vicios de los cortesanos, ni exígir de estos la rústica llaneza de los campesinos. No, por último, el que en las festividades de la Iglesia y en los dias de pompa religiosa, se traten en el

púlpito puntos de doctrina rebatidos, que nada tengan de augusto ni solemne.

Ten cuenta , Teófilo , con lo que tu edad , tu estado , tu situacion , el tiempo , el lugar y las personas te permiten, ó te mandan decir ; y así guardarás el debido *decoro*. No creas que con este está reñido la Religion: no por cierto; ántes le observa , y recomienda la prudencia , que manda no ofender á nadie sin ocasion ni fruto. El *Ensayo sobre el decoro oratorio* del Ab. Mallet, merece que le leas , Teófilo mio.

Muchas son las obras que se han escrito sobre el ministerio de la predicacion ; mas sin afirmar que de su estudio no se saque mucho fruto para hacerse un aventajado Orador , una buena disposicion vale mas que todas las reglas. Estas te enseñarán sí , á evitar los defectos contra el arte : pero ¿ te pintarán sus primores ? El ingenio solo, Teófilo mio , solo el ingenio sugiere á

los grandes maestros aquellos rasgos sublimes que ni se pueden excitar , ni se pueden describir. Estos son los que te recomiendo ; estos los que no debes dexar de la mano , como aquellos que son los mas á propósito para inflamar-te , y dar alas á tu talento. No dudes que serían tan excelentes en el recitar como en el componer : á lo ménos así lo dan á entender sus producciones. Hay tan íntima correspondencia entre el modo de decir y lo que se dice , que el Orador , sin saberlo , atempera la composicion de sus discursos al modo como los recita : así yo nunca he visto una composicion noble recitada trivial y baxamente.

El complemento de todas estas reglas que dexo recopiladas , es que un Predicador debe aparecer íntimamente persuadido de las verdades que anuncia. Así pues , domine en todos tus discursos un carácter verdaderamente reli-

gioso , y midelos , no con tus luces, sino con la capacidad de tus oyentes y con la edificacion pública. La perfeccion de la eloqüencia, en un Orador cristiano , consiste en hacerse olvidar. Así que , deberá huir de ostentar en sus discursos los talentos de que está dotado , para no cercenar con la admiracion que estos exciten , el fruto que puedan aquellos producir en el auditorio.

Sobre todo nunca desmientan tus costumbres á tu doctrina. Excite sola tu vista las ideas de compostura , rectitud y piedad. Sea el respeto y la confianza pública testimonio del alto concepto que se merecen tus virtudes ; y dispongan estas los ánimos de los fieles para que se aprovechen de tus instrucciones. Justifica en fin, con tu exemplo, la definicion que Quintiliano daba del Orador por estas palabras : *Vir est probus dicendi peritus.*

He aquí en suma , querido Teófilo , los consejos que me has pedido sobre la predicacion , creyendo que podrian servirte de alguna utilidad. Si he acertado á satisfacer tus deseos tan cumplidamente como quisiera , procura tú ahora satisfacer los míos. Haz una feliz aplicacion de los principios que te he bosquejado en este escrito. Y quiera el cielo que tu ministerio florezca; que sea fecundo en saludables frutos; y que cultivando con júbilo y buen éxito la viña del Señor , cojas por premio de tus sudores , no admiracion y aplausos , sino las bendiciones del pueblo que hayas instruido , consolado y alimentado con la palabra de vida. Así lo desea &c.

RETBZ.

SERMONES

DE MR. RETBAZ.

SERMON I.

SOBRE LA VOZ DE LOS CIELOS,

DIRIGIDA AL HOMBRE.

Oracion para ántes del Sermon.

¡Oh Dios y Padre celestial de los humanos! recibe en holocausto nuestros corazones, y presta oído á nuestras plegarias.

¡Sér de los séres! el universo está lleno de las señales sensibles de tu presencia, y tus perfecciones infinitas brillan con caracteres indelebles en ese sinnúmero de criaturas que has esparcido por la haz de la tierra.

Mas quando levantamos los ojos,

¿podríamos admirar bastante la vasta extensión de los cielos, y la magnificencia de todos esos enormes globos de luz que tu mano poderosa ha sacado de la nada? Desde el origen de los siglos están comenzando, concluyendo y volviendo á empezar constantemente su carrera con prodigiosa pompa y regularidad; siendo como ministros eternos puestos sobre nosotros, para anunciar en todas las edades los tesoros de tu poderío, y la grandeza de tu santo nombre.

¡Cuál será tu gloria! ¡ó qué idea podrémos nosotros formar de tu magestad, ¡oh Eterno, ante quien la extensión de los cielos que tanto nos admira, no es mas que un punto, y su gloria una sombra vana!

Pero lo que nos enagena y confunde juntamente, es que tanta grandeza ¡Dios mio! se haya humillado

hasta cuidarse del hombre mortal, y que en esta inmensidad donde apenas se halla él á sí propio, tú le consuelas visitándole todos los dias.

Entre las criaturas que has formado en este mundo, solo el hombre entiende el mudo language de la naturaleza; solo él admira tus obras y puede encumbrarse hasta tí. Y quando, por una série incomprehen- sible de extravíos y crímenes, se sumergió en un abismo de males, entonces tú enviaste al mundo á tu Hijo Santísimo para que nos alumbrase con su doctrina, y nos pudiese en el camino de la salvacion.

¡Gran Dios! fuente perenne de riquezas! tesoro inagotable de bondad! el peso de tantos beneficios nos abrumba. ¿Cómo es dable que seamos bastantes á significarte nuestra gratitud? Dignate aceptar el entero sacrificio de nosotros mismos: ten

piedad de nuestros yerros y miserias; y perdónanos, con nuestras culpas, lo imperfecto de nuestras virtudes.

Y en el designio que ahora nos proponemos de hablar de tus obras, donde luce tanta perfeccion y tanta gloria, ¡ Dios de la luz ! alumbrá nuestra mente: eleva hácia tí nuestros pensamientos: líbranos de toda distraccion y fortalece las impresiones de tu palabra. Concede al que habla que la proponga dignamente; y á los que están congregados para oírle, que le escuchen con fruto.

Infúndenos á todos un santo respeto á tu augusto nombre y afición á tu servicio. Oye nuestras súplicas, Padre de las misericordias! Á tí te invocamos en nombre de tu Hijo. Y la felicidad que en esta vida disfrutemos en agradarte, sea prenda de la que á tu diestra gozemos en la eterna. *Amen. Padre nuestro &c.*

*LOS CIELOS PUBLICAN LA GLORIA
de Dios , y el firmamento manifies-
ta las obras de su poder infinito. No
tienen lengua ni palabras, y sin em-
bargo su voz se percibe claramente.*

Ps. XVIII, vers. 1. - 3.

Dos fines puede proponerse el EXÓRDIO.
hombre en la contemplacion de las
obras del Criador. El primero , in-
quiriendo las causas naturales de los
fenómenos que afectan sus sentidos
y combinando hechos , componer
sistemas : el segundo , contento con
admirar las bellezas del universo y
penetrado de la armonía de las di-
ferentes partes que le constituyen,
remontarse hasta la causa primera
de tantas maravillas. Aquel pone en
ejercicio las facultades del entendi-

miento ; este llena el corazon de los mas suaves afectos. Y esta es la diferencia entre el filósofo y el hombre religioso en el modo de contemplar la naturaleza.

Rebosando el Rey David en las ideas de un Dios, de una Providencia, no puede levantar los ojos al cielo sin sentirse enagenado de la mas profunda admiracion. Y arrebatado de su hermosura, se inflama su espíritu, y no pudiendo reprimir los movimientos que le agitan, prorrumpe en los sagrados transportes que nos absortan en sus divinos cánticos.

Para seguir el espíritu de este Santo Profeta, en las palabras de nuestro texto, no harémos otra cosa que poner á la vista (1°) la sabiduría y el poder del Criador manifestados en los cielos: (2°) los bienes que nos puede traer su contempla-

cion. Y ved aquí el plan de este Discurso.

Ya veis, amados oyentes, que de materia tan alta no podremos hablaros, si no nos ayudáis con una fixa é imperturbable atencion. Pasad, pues, la raya que circunscribe vuestras reflexiones ordinarias, para elevaros con el Profeta á superior esfera.

Y tú, gran Dios, que un tiempo llamaste de la nada este universo, haz hoy salir de este vaso de polvo una voz que cuente dignamente tus glorias. Llena nuestros corazones de tu conocimiento, para que te adoren, te ensalcen y obedezcan. *Amen.*

Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento manifiesta las obras de su poder infinito. Imagínome que ahora levanto por primera vez

1.^a PARTE.
El poderio de Dios.

Demostrado por la existencia de los cuerpos celestes.

los ojos al cielo. ¡Qué espectáculo...! Forzosamente hubo un tiempo en que nada existía; en que las tinieblas y el silencio reynaban en la inmensidad... Y ahora todo luce, todo brilla, todo está animado. ¿Qué poder infinito pudo así disipar las tinieblas y triunfar de la nada?

Mas lo que me suspende no ménos, es la duracion de todos estos objetos. Me parece que esta tierra, este sol, todo el ejército celestial está á cada instante saliendo, digámoslo así, de la nada; porque teniendo el universo el sér como de prestado, al punto volvería á abismarse en ella, si el Supremo Artífice que le formó, no le estuviese sosteniendo con su mano poderosa.

Nehem. ix, 6.

Tú solo eres el Eterno. *Tú has hecho los cielos y quanto en ellos se contiene; la tierra y quanto abarcan sus límites; los mares y todo quanto ciñen y rodean.*

Tú vivificas todo lo criado, y el ejército de los cielos se te arrodilla humilde.

Pero ¿qué debo yo pensar al ^{Su multitud.} ver sobre mi cabeza la muchedumbre de cuerpos celestes de que está como tachonada la bóveda de los cielos? De los astros que ve el sol girar en rededor de sí, y á quienes presta sus rayos, los mas son centro sobre que giran tambien otros y otros astros. Y ¿qué es todo esto en comparacion de ese sinnúmero de fixas luminarias que brillan con su propia lumbre?

¿Qué fácil mano ha sembrado, como jugueteándose, en el espacio inmenso esos millares de encendidos globos, al modo que un Rey magnífico decora con antorchas su palacio? ¿Quién es el que *hace marchar en orden todo el ejército celestial, llamando cada estrella por su nombre, sin dexar una siquiera?* porque tal

Is. XL, 26.

es la grandeza de su poderío ; como se explica el Profeta.

Su distancia.

Pero penetremos mas adelante. ¡ Qué vasta circunferencia ! ¿ Á qué distancia de la tierra ha puesto al sol la mano del Eterno? Y si á la exhalacion mas ligera no la bastarian veinte años para andar este espacio, qué tanta será la distancia de nuestra tierra al planeta mas remoto, que está de nosotros veinte veces mas que él sol?

Sin embargo , esta enorme distancia es nada en comparacion de la que hay de nosotros á la mas próxima de las estrellas fixas. ¿ Quál será , pues , la de las mas lejanas, cuyo resplandor, perdiéndose en la inmensidad del espacio , no hace mas que como desobscurecer los cielos? El humano discurso se confunde : este es un abismo que no se puede contemplar sin asombro.

Si volvemos los ojos á la bola de lodo que habitamos , esta bola de lodo que á nuestra fascinada vista parece ocupa tan distinguido asiento en el universo , hallarémos que es ciertamente uno de los globos mas pequeños que le componen. Entre los muchos que el sol alumbra , hay sin duda no pocos, centenares de veces mayores que ella. ¿ Y qué son todos ellos al lado del astro del dia ? Un millon de tierras como la nuestra bastarian apénas á componer una masa igual á la suya; y si el círculo que el astro de la noche describe al rededor de nosotros, fuese todo un globo de llamas , no equivaldria ni á la tercera parte de la magnitud del sol. Tan prodigiosa es la extension de este torrente de fuego y de luz ! No obstante, es muy probable que aun hay otros astros de mayor grandeza.

Pues decidme ahora, fieles oyentes, ¿quién fué el que recogió en sus manos estos materiales, y los fué despues repartiendo por la inmensidad del espacio? Qué abismo le pudo servir de crisol para fundir esos prodigios de magnificencia? Dónde fué á encender ese sinnúmero de inflamados globos que como otros tantos altares, arden para gloria del Supremo Hacedor?

Su movimien-
to.

Pero esta portentosa obra no ofrece á los ojos contemplativos una belleza desmayada y muerta. El soplo de Dios que anima en este mundo al mas vil insecto, hace rodar sobre sus exes los orbes celestiales. Veolos, sí, los veo, esos cuerpos desmesurados, esas masas enormes, cuya velocidad tan inconcebible como su grandeza, dexa muy atrás á la rapidez del rayo, veolos, digo, arrebatados por una fuerza

desconocida, girar, volar allá en lo alto de los cielos; subir y bajar hacia el astro del día; correr en un instante, millares de leguas en su inmenso camino, haciendo que á su luz resplandezca por todas partes el poder y gloria del Soberano Señor de todo lo criado.

Mas un campo sin límites se abre aquí á nuestro espíritu. Si á la naturaleza añadimos el auxilio del arte, descubriremos en los cielos millares de astros perdidos por su infinita distancia, los quales nos dan nuevo testimonio de la omnipotencia divina. Y entónces digo yo en mí mismo: Si tantas cosas hay mas allá de donde alcanzan nuestros sentidos, quizá todo no habrá sido criado para solo el hombre. De consiguiente, esos cuerpos luminosos contenidos en el espacio, deben de tener otro destino que corresponda

Inmensidad de los cielos.

mas dignamente á los altos designios del Criador. Puede que sean otros tantos soles inmensos como el que nos ilumina : puede que en torno de ellos rueda un sinnúmero de mundos; y puede que estos varios mundos los pueble una infinita multitud de criaturas.

Levantad vuestra consideracion, hermanos míos. ¿Qué son al cabo todos esos soles, todos esos mundos, todas esas criaturas? El espacio no conoce límites. ¿Dónde parará el número de los seres criados? Yo no sé que tengan mas término las obras de Dios, que su poder que no le conoce. Mundos sobre mundos se levantan en eterna gradacion: mi fantasía quiere alzar el vuelo hasta ellos, pero se pierde en la inmensidad.

Sabiduría de Dios.

no Pero habian de ser pompa vana todas esas maravillas? ¿Habia el Eterno de haber empleado su brazo

omnipotente, solo para ofrecer á nuestros sorprendidos ojos un espectáculo de pura ostentacion? No por cierto: ántes por todas partes veo un fin igualmente digno de la Sabiduría y omnipotencia del Señor.

Su mano ha poblado esta nuestra tierra de toda especie de criaturas. Pero si estuviera su superficie cubierta de eternas tinieblas ¿podría darse morada mas espantosa? Sus habitantes vagando en continua lóbreguez, estorbándose unos á otros, agoviados de imponderables dificultades; su actividad muerta ó desesperada; y la horrorosa melancolía partiendo con la muerte el imperio del universo... No: la tierra cubierta de cadáveres no presenta una imágen tan horrenda, como esas tinieblas animadas, esa vasta tumba de vivos.

Pero el Señor dixo: *Sea la luz*, Gen. I, 3.

y la luz fué. Aparece el sol, y todo muda al punto de semblante. Las tinieblas se disipan; el mundo adormecido despierta; la tierra se muestra risueña á sus moradores; cada objeto toma su divisa y color; en todo campea la variedad; los animales andan con confianza; los seres sensibles buscan el placer; y el hombre inteligente, rodeando el mundo, pone en contribucion á toda la naturaleza.

Calor.

Al don precioso de la luz agrega este astro benéfico el principio vivificante del calor; principio sin el qual todo descaece, todo cae, todo muere; y con el que todo florece, todo respira, todo vive. No satisfecho con derramar sus influencias por toda la extension de nuestro globo, sus rayos veloces atraviesan la region del ayre y comunican á otros globos su lumbré y

claridad , sin que jamas se gaste la fuente donde manan.

27 Pero en el curso del sol es donde mas señalada y visiblemente parece que Dios hace brillar los rasgos de su sabiduría. *Los cielos le sirven de pavellon* , dice David ; y como *un enorme gigante, hace su carrera desde el un cabo hasta el otro del firmamento sin que haya quien no participe de su calor y de su luz.* Mediante sus perpetuas revoluciones abastece el sol a la tierra , fertilizando sucesivamente todas sus regiones ; fixa las épocas ; señala los años ; cuenta los meses ; el tiempo sigue el regulado curso de este astro , y anda acorde con él.

Su curso annual.

Ps. xviii. 5-7.

30 Su movimiento periódico es el que determina la útil vicisitud de las estaciones y varía tan agradablemente el aspecto de la naturaleza. Ya nos presenta esta la rica perspectiva de nuestros próximos deleytes ; flo-

res, campos, risueñas praderas donde los ojos y el ánimo se pasean con dulce embeleso: ya una infinita variedad de frutos y dones de mil especies brindan á nuestros sentidos con la satisfacción de nuestras necesidades; y excitando en nuestros corazones la memoria de nuestro Bienhechor Eterno, renuevan el amor y gratitud hácia él.

Pero en breve, la naturaleza como fatigada de sus producciones, toma aliento y parece como que baxo de los yelos y escarchas quiere reconcentrar su calor y su vida. Así, el mismo curso siempre repetido mantiene al hombre entre el incentivo de la esperanza y las delicias de la posesion.

su curso diario.

Mas ¿quién exáltará debidamente la divina Sabiduría en la no interrumpida alternacion del dia y de la noche? El sol con su presencia

noś hace disfrutar de sus favores, y su ausencia es un nuevo beneficio. Corriendo entónces el velo á la inmensidad del espacio, las maravillas del cielo aparecen en todo su esplendor. Apresura su carrera; y mientras va á alegrar con su vista otros pueblos y vivificar otros lugares, dexa al astro de la noche el cuidado de alumbrarnos con su desmayada luz.

Con esto se mudá la escena. Los objetos distantes se pierden en la obscuridad, mientras que los cercanos se perciben penosamente á favor de una moribunda luz. Privado entónces el hombre, digamoslo así, de los sentidos que le distraian, se reconcentra en sí propio, y se halla mas solo que nunca. Llegase á mas andar la noche; y la muchedumbre de criaturas que esparcian á lo léjos el bullicio de la vida y del placer, enmudécen: una calma

profunda se apodera del mundo, como de inhabitado páramo: la naturaleza duerme; y los astros que parece presiden á este espectáculo, continúan en los cielos su marcha silenciosa.

El sueño.

¿Qué hace el hombre, qué hace el rey de la naturaleza en este descanso de todos los seres? Sus potencias estaban desfallecidas, y el sueño viene á suspender su uso para corroborarlas. ¡ Dichoso el que halla así en su flaqueza, el humilde y baxo quanto útil recurso del reposo y del olvido!

Vuelta de la luz.

Después que la noche ha esparcido sobre la naturaleza sus saludables influxos, aparece de nuevo el sol. Á su presencia parece que renace todo lo criado: su resplandor eclipsa los astros de la noche, y por toda la tierra se derrama una gloria incomparable. Los colores con que

la naturaleza se adorna, son mas frescos y vistosos, y todo lo que respira, parece que recobra nueva alma, hasta que llegando el momento en que la actividad se disminuye, las fuerzas se consumen, y el sol desaparece, vuelve el mundo á sepultarse en las tinieblas.

¡Economía admirable! variedad prodigiosa! constante uniformidad! ¿Quién podrá seguir hasta el último eslabon esta cadena universal? ¿quién penetrar esta correspondencia de la tierra con los cielos, y de los cielos con la tierra? ¿quién descifrar tantas variedades como reynan en el plan general dando al órden nuevo triunfo? ¿y quién finalmente levantar los ojos y seguir el compasado curso de todos los globos celestes, sin oír, por decirlo así, un concierto magnífico en alabanza del soberano Creador? *Los cielos, es verdad, que no*

Consequencias.

tienen lengua ni palabras; pero su voz se percibe claramente, dice el Profeta

Solo el hombre
oye la voz de
la naturaleza.

Notemos bien el sentido y belleza de esta expresión: *su voz se percibe claramente*. Hay en la naturaleza un linage de criaturas penetradas de las bellezas del orden para quienes no en vano giran los orbes celestiales. Pero no sois vosotras, plantas inanimadas, que creceis y moris sin conoceros. No vosotros, animales irracionales, cuya cabeza inclinada al suelo jamas dirigió al cielo ni una sola mirada de inteligencia. Tú eres, dichoso confidente del Altísimo, tú hombre inteligente é inmortal, para quien está reservado este privilegio.

Quítese al hombre de la haz de la tierra; y ya que al punto no cese del todo el lenguaje patético de la naturaleza, la armonía sublime de los seres, por lo ménos no será per-

céptible. La belleza que resulta del orden y de la variedad de los objetos como que se aniquila: el universo ignorado no es mas que una vasta soledad; y la creacion parece que está esperando un contemplador. El hombre, en efecto, es el que con su existencia, hace interesante todo el espectáculo del universo: su inteligencia le comprehende, su presencia le vivifica, y todos los cielos penetra de una ojeada. *Su voz se percibe claramente.*

¡Voz poderosa!... ¡Ah! ¡qué podemos nosotros, debiles Ministros, y qué voz es la nuestra! Nosotros predicamos, y en sentidas aclamaciones decimos: gloria al Eterno que hizo los cielos y la tierra! Pero estas son frias palabras, sonidos ineficaces que mueren en los oidos sin pasar al corazon. Por el contrario, los cielos, en su enérgico silencio

Voz poderosa.

hacen sentir, y dan á conocer mas de lo que podemos expresar. ¡Qué mágica eloqüencia! el oido está ocioso, y el alma toda enagenada.

Voz universal.

¡Voz universal! Por donde quiera que el sol vibra sus rayos ; por donde quiera que los astros dirigen su curso , el ojo atento percibe esta voz. Es este un language que se dirige á todos los hombres , á todas las naciones ; al ignorante y al sabio ; al Asiático y al morador del nuevo mundo ; lo mismo al bárbaro Africano que al culto Europeo. Así pues , no hay lugar , no hay tiempo, en que los cielos no prediquen el conocimiento del Sér Supremo ; y en todo el universo , la mas augusta de todas las verdades se anuncia con el mas augusto de los languages.

II.^a PARTe.

Presuponiendo , pues , que las perfecciones invisibles de Dios , su po-

der eterno y su divinidad se ven á las claras en la contemplacion de sus obras , contemplemoslas noche y dia para leer en ellas tan sublimes verdades ; y este será nuestro primer uso. Mas ¿por qué tienen tan poco aliciente para los mas de los hombres las obras del Señor ? Porque embebidos en cosas frívolas y de nonada, se inhabilitan para remontarse á cosas altas. Los mezquinos intereses que los tienen cautivos, apocan su espíritu y disminuyen su sensibilidad. Solo el hombre que goza en paz de sí mismo, puede levantar el libre pensamiento hasta los cielos : solo él puede existir por mayor , digámoslo así : solo él puede apropiarse una lejana felicidad.

I.º uso.
Meditar á menudo las obras de Dios.
Rom. I, v. 20.

¿Y quién no reconoce al hombre en esta extraña inconseguencia ? Múestrase al principio sensible á las maravillas de la naturaleza ; mas en



breve , acostumbrado á ellas , mueren para él. Si la magnificencia de los cielos, despues de haberse ofrecido una sola vez á nuestro espíritu, desapareciese para siempre , asombrados entónces de tan grande espectáculo, continuamente le estaríamos hechando ménos. Y porque todos los dias sale el sol para alumbrar el mundo , y cada noche ostenta unas mismas bellezas ; porque cada año se renuevan las estaciones , y cada estacion nos trae unas mismas riquezas ; porque desde el origen de los siglos, brillan en el universo un mismo poder , una misma sabiduría, una misma gloria ; ¡ por eso nada hay en este espectáculo que nos interese ; y esta serie no interrumpida de maravillas que de biera acreditar nuestra admiracion , ha de autorizar nuestra indiferencia.

Ah ! ¿ qué es del aquel tiempo



(¡ por desgracia harto breve !) en que viviendo el hombre una vida llana y apacible , bebia en la contemplacion de las cosas celestes el conocimiento de su Criador? Entonces sí , que no le distraian de tan sabrosa ocupacion cuidados ni inquietudes crueles. Su corazon que no conocia las pasiones tumultuosas que hacen empalagosos los placeres dulces, hallaba en la contemplacion de los cielos pábulo para una fervorosa piedad y una admiracion constante. Pero á poco, deslumbrados los hombres con el resplandor de los astros , los tornaron en dioses inmortales.

De esta manera el hombre inconsiguiente se contradice continuamente á sí mismo. Tan pronto dá á las criaturas el primer asiento en su corazon , como las niega hasta la admiracion que se merecen ; y

ya sea por culpable afición, ya por
baxa indiferencia, rompe así ¡ Dios
mio! la cadena que tú formaste
para elevarnos del mundo á tí que
reynas sobre todas las cosas.

Aherrojada para siempre quede
la idolatría en los infiernos de don-
de salió. Y tú, ¡ oh mortal! abre los
ojos; sacude esa tu indiferencia. Si
tu cuerpo anda arrastrando por la
tierra, tu cabeza tira hácia el cielo,
y tu alma nació para medir los es-
pacios inmensos. Estiende, pues, por
ellos tu vista, que digno eres de tal
expectáculo. Recorre esas esferas
móviles é inmóviles; ve su resplan-
dor; observa su multitud, sus dis-
tancias, sus tamaños y sus movi-
mientos; admira esa variedad infi-
nita y todo ese pomposo aparato.
¿No sientes que tu alma se engran-
dece con estos pensamientos? Pero
aún elévate en espíritu, si puedes,

mas allá de los mismos cielos. Ve las maravillas siempre nuevas, los tesoros inagotables del Criador: vuela hasta el mismo Padre de todo lo criado, y confúndete en el oceano de su gloria. ¡ Bienaventurado el que, al rayar el alba ó en el silencio de una noche apacible, se penetra profundamente de estos grandiosos objetos! Este tal experimentará en sí cierta interior conmocion, y la admiracion y gratitud le arrancarán dulces ágrimas. ¡ Oh! su existencia no será ociosa; y con verdad puede decir que ha conocido su felicidad.

La adoracion del Sér Supremo y la obediencia á sus divinos preceptos: segundo uso. La naturaleza examinada hasta donde pueden llegar nuestras facultades, ofrece un espectáculo admirabilisimo, y la gloria de su autor parece que llega

II. uso.

La adoracion y obediencia.

á lo sumo. Pero ¿quién podrá abarcar el conjunto de todo lo criado? Quién percibirá con sola una ojeada todas las relaciones que tienen entre sí las partes que componen este sistema inmenso? ¿Quién sentirá la inefable belleza que resulta de un todo tan vasto y tan maravillosamente encadenado? ¿Por ventura alguna inteligencia celeste? Yo no sé: pero ¿hay alguna que al contemplar tal obra, no quede absorta con el poderío y la gloria de su autor? Inclínemos, pues, la cabeza; débiles mortales! delante de tanta magestad que con el menor de sus rayos nos deslumbra: arrodillémonos ante ella; y sea nuestra mayor gloria anonadarnos en presencia de la suya.

— *Moyses*, amados oyentes, vió en otro tiempo un signo augusto de la presencia de Dios. *Estaba ardiendo una zarza sin consumirse*; y el

cap. II

Y no se consume
la zarza ardiente

Exod. III, 2.

Eterno , de en medio de sus llamas, le hacia oír su voz. Hay aquí mas que una zarza ardiendo , mas que unas llamas sobre el monte Horeb: el Señor se nos aparece en los cielos, y mil globos encendidos arden en ellos sin jamas extinguirse. Una voz penetrante resuena en el espacio y nos grita: *El lugar en que estás, tierra santa es.*

Exod. III, 5.

Ya no piso yo esta tierra sino temblando ; y puedo decir del mundo entero lo que Jacob decia de Bethel : *¡Qué terrible es este lugar ! esta es la casa del Señor.*

Gen. xxviii, 17.

Supuesto , pues , que su gloria llena el universo y que andamos como en su templo y en su presencia , ¡qué reserva continúa , qué profunda humildad , qué temor tan respetuoso no debe penetrar nuestros corazones donde quiera que respirémos en esta santa morada!

III
-negligentia
de los cielos
vencidos

lo Pero este Dios que reyna en los

cielos, ¿reyna tambien en nuestras almas? amamos nosotros su imperio? obedecemos sus leyes?... ¡Cristiano! quien quieras que seas, oye esto que te digo: Quando la inmensidad de Dios embargase todas las potencias de tu alma; quando la admiracion y el amor rebosasen en tu pecho; quando el zelo de su gloria te inflamase, y como la de los Espíritus celestes, tu existencia fuese un continuo homenaje; confundido de tu poquedad, como ellos debias anonadarte en su presencia. En esta inteligencia entra ahora en tí mismo; ve lo que eres, y sentencia.

III. uso.

La magnificencia de los cielos venideros.

Finalmente, si tal es la magnificencia de los cielos visibles y presentes, ¿qué tanta será la de los cielos futuros prometidos á los fieles? Que es nuestro tercero y último uso. Dios ha establecido dos gobiernos muy distintos; el actual, y el

futuro. La condicion del hombre ahora es imperfecta ; esta vida no es mas que la aurora de su existència: todo quanto le rodea es acomodado á la fragilidad de su estado presente; y el tiempo es en todo preludio de la eternidad. Pero quando llegue el punto en que se una aquel con esta, entónces sucederá una revolucion maravillosa. Los muertos resucitarán, y nuestras almas exáltadas vestirán cuerpos gloriosos.

¿Qué morada será digna de recibir estas nuevas criaturas? Al verlas, el Eterno menospreciará el universo; y tocando con un dedo las columnas que le sostienen , se despomará , y sus ruinas desaparecerán del todo , naciendo despues una segunda naturaleza , unos nuevos cielos y una nueva tierra ; mansion verdaderamente digna de los inmortales. ¡ Y qué mansion , gran

Dios! ¿Veis el resplandor del firmamento? pues sombra obscura es de los cielos futuros. Los cielos de ahora, bien que admirables, alumbran esta tierra mezquina, lugar de destierro, de pruebas y promesas. ¡ Pues qué serán aquellos cielos que han de servir de recompensa, y serán la morada de la bienaventuranza!

Ahora el cielo es un libro abierto á todos los ojos. Si el fiel le contempla, tambien el impio le manci-lla con sus miradas. Despues, los cielos serán mucho mas apreciables; y reservados para los verdaderos fieles, brillarán con una hermosura inaccesible á los ojos profanos. Ahora, los cielos parece que estan hechos para excitar nuestros deseos, y mostrarnos como á lo léjos los que debemos esperar. Despues, nuestros anhelos quedarán satisfechos: un Dios remunerador y omnipotente

ostentará todos sus tesoros y los derramará por aquellos nuevos cielos : nosotros los abrazaremos , por decirlo así ; y una fruicion perfecta no dexará nada que desear á nuestros corazones. Ahora , se esconde Dios baxo el velo de las causas segundas , y los cielos son los que nos dan á conocer sus perfecciones. Despues, las mismas perfecciones de Dios llenarán los cielos : nosotros veremos cara á cara á este inefable Sér, le contemplaremos en sus obras , y contemplaremos sus obras en él mismo. Ahora , la naturaleza está sujeta á continuas vicisitudes: á la bonanza sigue la borrasca, y densas nubes obscurecen no pocas veces los cielos. Pero despues , el sol no *saldrá*, ni se *pondrá* : las estrellas no despedirán una luz lánguida é incierta : ni habrá tinieblas ni tempestades ; y sobre todo cesarán aquellas catástrofes que

Is. LX. 19-20.

amenazan el próximo exterminio de la naturaleza. Estableceráse una paz sólida y completa en este palacio delicioso: *la gloria del Eterno será su perpétua antorcha*; y baxo su inmortal imperio, los siglos serán instantes y la bienaventuranza.... *suprema y eterna. Amen.*

SERMON II.º

SOBRE LA OBRA ENGAÑOSA DEL MALO.

*El malo hace una obra engañosa é
instable que desvanece su esperanza.*

Prov. cap. XI, v. 18.

Por do quiera que camina el hom- EXORDIO.
bre en este mundo, todas son sombras Ps. XXXIX, 7.
y tinieblas. Por todas partes le ro-
dean de errores y chimeras, y en
vez de las realidades que debieran
fixar sus pensamientos y ser objeto
de sus ocupaciones, está en continua
lucha con ideas fantásticas, con pro-
yectos imaginarios. Pero de quantas
ilusiones le fascinan, ninguna es tan
grande, ni deplorable como la que
se forja sobre los medios de adquirir

la bienaventuranza. Imagínese , con cualquier falso vislumbre de verdad , que ha de alcanzar mas segura y prontamente el fin que se propone , caminando por vías oscuras y tortuosas , que andando por el camino claro y derecho ; dexando á un lado la senda de la virtud , que no torciendo el pie de ella. El tema de nuestro discurso nos hace ver que esta opinion del pecador es un error funesto , y la obra del malo engañosa y pérfida. *El malo, dice, hace una obra falaz é insubsistente.*

DIVISION.

Para poner en claro esta verdad y seguir en nuestras reflexiones el orden natural que se presenta , notemos

- 1.º Que el malo , con la obra de su maldad , no consigue el fin que se propone.
- 2.º Que no solo no le consigue , sino que las mas veces llega á un

punto diametralmente opuesto al que se enderezaba.

3.º Que la *obra del malo* cada vez le va enfrascando en la iniquidad, mas de lo que al principio habia pensado.

4.º Que los bienes que busca son como nulos, en comparacion de los infinitos males que son fruto legítimo de sus *obras*.

5.º Que si, contra todas las esperanzas, logra el malo el objeto de sus anhelos, los remordimientos serán un manantial de amargura y de pesar.

6.º Probemos, en fin, que aun quando la conciencia del *malo* esté tan encallecida que no le hagan miella los remordimientos, de ninguna manera podrá escapar de la mano del Señor.

Razones todas, que no dexan ningun pretexto al *malo*; y prueban con

evidencia la verdad de nuestro tema:
*El malo hace una obra engañosa , que
 desvanece su esperanza.*

Esperamos , pues , amados fieles mios , que vuestra atencion corresponderá á la importancia de la materia que vamos á tratar. ¡Y oxalá esta pintura del *malo*, atormentado por sus propias *obras*, infunda un santo horror al que sigue la carrera de la iniquidad ! ¡ Oxalá dé al justo ocasion para felicitarse de su buena eleccion y acrisolarse mas en la virtud que ha seguido! Y glorificado sea Dios porque ha fortificado sus leyes desde esta vida con una sensacion , por la qual la bienaventuranza es eterna compañera de la virtud, y la infelicidad del vicio. *Amen.*

Explicacion.

La Sagrada Escritura llama aquí *malo* á todo hombre, cuyas costumbres no se conforman con la ley de

justicia , de rectitud y de bondad que debe dirigir su vida. Qualquiera que se propone en sus acciones un fin contrario al bien de la Sociedad ; ó que , aun quando su fin sea legítimo , se vale para su logro de medios que sabe son incompatibles con sus obligaciones , este tal se llama *malo* , porque sacrifica la felicidad de sus semejantes á sus designios perversos y desarreglados.

1.º Diximos arriba, que el *malo* no consigue el fin que se propone, con la obra de su maldad.

El malo no consigue el fin que se propone.

Los malos andan en las tinieblas, dice el Psalmista. Si quisieran abrir los ojos sobre la naturaleza de las cosas , verian que el Criador ha establecido invariable correspondencia entre la virtud y la felicidad del hombre ; y que el orden indefectiblemente debe triunfar , ya mediante la recompensa de los que obser-

Ps. LXXXI , 5.

van sus leyes , ya con el castigo de los que le turban ; porque la tribulacion es uno de los medios de que el Señor se vale para advertirnos el desarreglo de nuestras facultades y operar su emienda.

Así como en la constante regularidad de unos mismos principios vemos el poderoso medio que Dios emplea para la conservacion del universo , ¿ por qué no vemos tambien en la observacion de los principios grabados en nuestros corazones el medio señalado por la Providencia para la conservacion de la sociedad, y para la felicidad de los hombres que la componen ? Pues una misma mano , un propio entendimiento ha establecido el orden físico en el mundo material , y el orden moral en el mundo inteligente. Y tan imposible es mantenerse el orden en la naturaleza , quebrantando los cuer-

pos las leyes que les estan prescritas, como que la felicidad y la paz reynen en la sociedad en medio de la infraccion de las reglas de conducta que el hombre debe seguir.

Si de la voluntad claramente enunciada del Sér Supremo descendemos á lo que pasa entre los hombres, verémos que generalmente reconocen las leyes de orden y sociabilidad, y que estan muy en sus intereses para que con una conducta viciosa y contraria á la justicia pueda recabarse de ellos ningun beneficio. Trastornariase toda la sociedad, si el hombre pudiera conseguir mejor sus fines violando las leyes de la moral, que observandolas: sí, v. gr. las riquezas se adquiriesen solo con la mala fé, los honores con malas artes, los empleos lucrativos con una vil corrupcion, la justicia con el soborno de los jueces.

Con efecto, fieles míos, las basas de la Sociedad estan en general mejor zanjadas. Tenemos el interes de los mas por garante de las leyes en que estriba el órden público ; y por todas partes vemos todavía á la buena fé estimada como fundamento de las transacciones sociales. La próbidad hace al negociante mucho mejor que le haria la doblez y el fraude ; la templanza está mas en honor que la gula ; la humildad mas que la soberbia ; la paciencia mas que la ira ; la largüeza mas que la avaricia.

Mas : los hombres reverencian y citan como digno modelo al que hace que sus mayores intereses cedan en obsequio de la probidad y de la buena fé ; al que sacrifica todo quanto posee , ántes que mancillar en el mas leve ápice su integridad y su delicadeza. Y ¿ quereis que au-

toricen las sinrazones y demasias de un hombre que no trata mas que de sus conveniencias? No, no por cierto: bien al contrario, la sociedad se reunirá contra él para desconcertarle sus medidas y dar en tierra con sus ideas. Así pues, ¿quién no ve, de luego á luego, quan cierta es la proposición de nuestro texto: *El malo hace una obra engañosa, é es instable?*

2.º Pero no solamente le engaña su obra no dexándole sacar el fruto que esperaba, sino produciendo tambien por lo comun un efecto contrario á sus esperanzas.

Y ¿no es un orden admirablemente establecido por el Criador que el crimen que la iniquidad trama, se vuelva contra ella? Si uno se propone una ganancia ilícita, si solapa su siniestra intencion, si emplea una doblez y superchería; ¿qué extraño es

Llega á un punto diametralmente opuesto al que se enderezaba.

Sap. XVIII. 10.

que por mas que se encubra con aquellos á quienes tiene que tratar, se le cayga la mascarilla y quede descubierto? *Porque siendo medrosa la maldad, como dice la Sabiduría, da testimonio de su propia condenacion, y perturbada por la conciencia sueña siempre cosas crueles.* No es extraño, ú por mejor decir es inevitable, no solo que se malogren sus pretensiones, sino que los medios ilícitos que ha usado para acrecentar su hacienda, le acarreen su ruina total.

-nuq nu t aqel
-mrmab ot
-lissiq stam
-dnt de ay
-mrmab

Dan. IX. 14.

Y ved aquí como la maldad de los hombres tiene consequencias directamente opuestas á sus intenciones. Así vemos la ambicion castigada con el disfavor, la soberbia con humillaciones, la ostentacion con la ruina, la mentida virtud con la ignominia, la carnalidad con los dolores, la irreligion con los terrores secretos. *El Eterno,* dice un Profeta,

veló sobre el mal que hicimos , y lo hizo venir sobre nosotros.

Si, fieles ; por justo juicio de Dios , por los principios de una legítima retribucion lleva el malo sobre sí mismo la pena de las iniquidades de que intentaba hacer víctimas á los demas. Y ¿hará impunemente la guerra á la sociedad? Y esta ¿no rechazará contra él las saëtas que la disparaba ?

Las Divinas Escrituras abundan en expresiones é imágenes para pintar este tremendo destino del malo.

Oid á David : *Hoyo abrió y cavó-* Ps. VII. 16-17.

lo , dice , y cayó en el foso que hizo : su dolor se volverá contra su cabeza , y descenderá sobre él su iniquidad. Ved ahí al malo preso en

los mismos zepos que él había tendido. *Quando los llamé , dice Za-* Zach. VII. 13.

carías , no me diéron oidos : así clamarán y no los oiré , dice el Señor de

los *Exércitos*. Ved aquí al duro de corazon para con el próximo, que halla al Señor inexôrable con él.

Joel III. 6-8.

Vendisteis (son palabras de Joël), *vendisteis los hijos de Judá á los hijos de los Griegos*; pues yo venderé vuestros hijos é hijas, yo los venderé á los hijos de Judá. Ved aquí esos tiranos, esos vendedores de hombres aherrojados por sus propios esclavos.

Exemplos de la maldad que cae sobre el malo.

Revolved los fastos de la historia, y siempre vereis al malo labrando su suerte en la que su *maldad* preparaba á los otros. Á *Perilo*, detestable inventor del tóro de bronce, consumido en aquella máquina infernal; y despues al bárbaro *Fálaris* que le habia mandado construir, padeciendo igual suerte. Á otro monstruo le vereis devorado por los animales que habia acostumbrado á la carne humana. Al indigno *Aman*, colgado en la propia horca que le-

vantára para *Mardoqueo*. Á un Rey de los *Cananeos*, que despues de haber mutilado (así lo confesaba él) setenta Reyes, es tambien mutilado, exclamando: *Lo que yo he hecho, Dios ha hecho conmigo*. Á un Rey del Norte, perdiendo la cabeza á los filos del mismo cuchillo que tenia aguzado contra seis ó siete mil ciudadanos. Y para acabar, á un *Obispo* inhumano, encerrado en una xaula de hierro que él mismo inventó para quitar en ella la vida á sus víctimas.

Y en el teatro que no es otra cosa que la representacion de la vida humana, ¿ qual es la causa de aquellas catastrofes, de aquellos fines trágicos que sobrevienen? ¿ No son los atentados de los hombres que recaen sobre sus mismos autores? ¿ No vemos el crimen que acaba siendo víctima de sí propio, y que se degüella con sus propias manos? Todo

lo qual prueba incontestablemente esta verdad de experiencia, á saber, *que el malo hace una obra engañosa que desvanece su esperanza.*

Cada vez va en-
frascándose en
la iniquidad
mas de lo que
al principio
había pensado.

3.º Pero es propiedad del vicio, (y esta es mi tercera consideracion) arrastrar al que se abandona á él mucho mas allá de lo que al principio se habia propuesto, de suerte que el *malo* viene á perderse al cabo en la carrera de la iniquidad.

Sí, amados oyentes; esta es una de las mayores perfidias de la *obra* del pecado. Pongámonos en el principio de una tentacion. El que se dexa arrastrar de ella, no se propone mas de conseguir el fin que su pasion le sugiere: quiere arrojarse á una accion mala, y nada mas. Da un paso; pero su obra ofrece muchas mas dificultades de las que en

un principio creyó, y ya es menester vencerlas, ó perder el fruto de sus primeros pasos; es decir, conformarse con no haber cometido mas de un crimen inútil.

Las mismas causas que le hicieron dar el primer paso, le precisan á dar otro, y este le da con tanta mas facilidad, quanto que ya no tiene como ántes aquella repugnancia virginal á prostituirse al crimen; y superadas las primeras dificultades, el camino se le hace ménos áspero. Da algunos pasos mas; pero teme ser descubierto; y así es necesaria mas cautela, multiplicándose de este modo los ramos de sus maquinaciones, y familiarizándose cada vez mas su conciencia con los medios depravados. Nuevas iniquidades son indispensables quando ménos para ocultar otras iniquidades, que de otro modo estarían mani-

fiestas ; y por último se halla metido en una maleza , de donde no puede salir sino cubierto de delitos. Al principio trataba , supongamos, no mas que de lisonjear su sensualidad , ó vanidad : para satisfacerla se entrega luego á la infidelidad , y despues se dexa arrastrar hasta al homicidio.

Ps. xli. 2.

Y ved ahí como un *abismo llama á otro abismo* , segun la expresion de la Santa Escritura. Primero, no hizo mas de prestarse á una sugestion pecaminosa , que interiormente se excusaba con falsos pretextos : á poco esta sugestion es una pasion declarada ; y por último no es ménos que un furor irresistible.

Exâminemos todos los vicios, y hallarémos que siempre terminan en excesos monstruosos. Aquí , una primeramente es sensual , y al cabo se entrega á la mas torpe carnali-

dad. Allí veo otro que aspiraba á hacer papel en el mundo , y al fin se ve devorado de una ambicion sin límites. Este parecia ántes poco sensible y dado á la ingratitud: ahora ya es la dureza , la inhumanidad , la crueldad misma. Aquel, en otro tiempo , era inclinado á la codicia , y hoy es vil esclavo de la mas sórdida avaricia.

¿Cómo han llegado estos hombres á lo sumo de la infamia? ¿cómo han traspasado el valladar que parecia inmenso entre la primera tentacion y los últimos excesos de la iniquidad? ¡Cómo! Es que el camino del vicio es pendiente y deleznable, y su declive va cada vez aumentándose prodigiosamente: es que recibido el primer impulso del crimen, ya no somos dueños de nosotros mismos. Escuchad á *S. Juan*, y medidad sus palabras : *Aquel*, dice , que 1. JOAN. III. 25.

ahorrece á su hermano , es homicida.

Así , el hombre perverso anda tan deslumbrado que , qual un insensato , no sabe lo que hace ni donde va. *Por su malicia será expelido el malo*, dice Salomon. Y para pintar el irresistible impulso del vicio , *nuestras maldades*, añade Isaías , nos *arrebataron , como un viento*. Así el malo , como espantado de si propio , se admira al pronto del término á que ha llegado : en breve , familiarizándose con sus progresos , ya nada le hace eco , y se abandona impasible á los mayores excesos.

Este es el modo como el vicio es castigado por la intemperancia misma del vicio , y como el malo se dexa llevar insensiblemente , no sólo hasta el último punto de perversidad , sino al encallecimiento en la perversidad misma. ¿Cómo hubiera él imaginado una consumacion tan pronta

del crimen quando puso el pie en su senda fatal ? Oh! y ¡quán poderosamente concurre esta rápida progresion á demostrar este incontestable principio : *El malo hace una obra que le engaña!*

4.º La obra del *malo* le engaña tambien , en quarto lugar ; porque, suponiendo que alcance el fruto de sus anhelos, este es nada en comparacion del sinnúmero de dificultades y trabajos que padece.

El fruto de sus anhelos es nada en comparacion de los trabajos que padecen.

Por que ¿quién podrá contar los medios artificiosos y revesados que tiene que usar el crimen para conseguir sus fines? ¿las tramas sor-das , las maniobras secretas y tenebrosas que son sus instrumentos ordinarios ? ¿Quién podrá decir quán penosas y difíciles son estas prácticas en el camino impuro de la iniquidad ? *Trabajó el malo por hacer*

Jerem. ix. 5.

Prov. XI, 5. *mal*, dice la Escritura ; *pero en sus mismos lazos caerá.*

Todo se dirige contra él : todas las circunstancias le son contrarias, y una mirada del hombre íntegro basta para estremecerle. Así, teme la vista de todas las personas rectas y avisadas; y por tanto no trata sino con las de su valía. Pero supongámosle tratando con ellas ; es decir temblando que le engañen , que le hagan traycion; temblando ser víctima de los mismos malvados con quienes se coliga. Ved aquí el laberinto en que se mete el que anda por los caminos de la iniquidad : ved aquí el alto precio á que paga una sombra de bien.

Observad asimismo el menosprecio público que por todas partes sitia al malo. Porque *¿quién honrará al que deshonra su alma ? dice el hijo de Sirac.* El bueno se consuela de los

juicios temerarios con su propia estimacion en vez que el *malo* no se puede estimar á sí propio : podrá sí deslumbrar á los otros , mas á su propio corazon jamas.

Yo no sé que haya hombre tan corrompido, que no use algun socolor de virtud. Ni puede el *malo* seducir y engañar á los otros , sino mediante una mezcla de bien y de mal. Pero tarde ó temprano se corre el velo , y quedan al descubierto las obras de la iniquidad. *De mano en mano*, dice Salomon, *no será el malo sin castigo*. El malo nunca se ha visto que goce de la aprobacion de los hombres ; bien al contrario, recibe en el desprecio general el pago de su perversidad.

Mas , demos que cogiere de sus malas artes todo el fruto que se esperaba : ¿ por ventura este fruto le es grato?... ¡Cómo grato ! Acibara-

do lo es, y lleno de mortal ponzoña, quando le ha adquirido á expensas de su reputacion y de su conciencia.

El malo se ve solo, sin amigos, sin protectores; abandonado de sus mismos parientes; sin consuelo en sus penas, sin alivio en los males; teniendo harto tiempo para meter la mano en su pecho, y ver por un lado la nonada de los bienes que ha adquirido, y por otro los verdaderos é infinitos males que se ha acarreado.

Oh! y cómo querría poder volver pie atrás! ¡cómo querría, no solo renunciar los bienes engañosos que le han deslumbrado, sino sacrificar otros muchos, con tal que así pudiera sacudir las tribulaciones y zozobras que padece, y el menosprecio que le sigue como sombra! Entonces sale de sí, de lo íntimo de su corazon, la cruel confesion de esta

verdad que le condena: *El malo hace una obra engañosa é instable.*

5.º Aun concediendo al malo quanto puede esperar, la tranquila posesion del fruto de su iniquidad, digo, en quinto lugar, que aun entónces le es imposible gozar de él; y que los remordimientos de su conciencia aguarán todos sus gustos y turbarán su sosiego.

Los remordimientos de su conciencia acibarán sus gustos.

¶ Para gozar de qualquiera bien, es necesario gozar de sí propio. Mas decidme: ¿no hay absoluta incompatibilidad entre el corazon del malo y la fruicion tranquila de todo linage de bienes? Los mas leves placeres, aunque nada tengan que ver con sus iniquidades, no los puede gozar: ¿pues cómo podrá gozar en paz el fruto de sus crímenes? ¿cómo podrá gozar unos bienes adquiridos por sus injusticias? ¿cómo de los des-

pojos de la viuda y del huérfano; de las riquezas de aquellos á quienes ha arruinado con su fraude ; de la hacienda que ha adquirido atropellando por toda probidad y por toda moral? ¿cómo podrá encontrar , sin estremecerse y confundirse, á aquellos á quienes haya perseguido con su atroz venganza? ¿ á quienes haya preso en el lazo engañosamente armado por sus manos? ¿ á quienes haya censurado sus obras laudables? ¿ á quienes haya mancillado con la calumnia?

Léjos de que su corazon calle, estará de continuo dándole en rostro con su *maldad*. Semejante á aquel desventurado que quando oía cantar las aves , creía que le increpaban su parricidio , el veneno que está en sus entrañas , se lo corromperá todo; y quando le faltáran testigos que le acusasen , jueces que le

condenasen , interpretaria contra sí los mas simples accidentes de la naturaleza. Un secreto terror se apoderará de su alma, y le parecerá que todos los objetos tienen que pedirle cuenta de sus injusticias y atrocidades. *Huye el malo no persiguiéndole nadie. Temblor poseyó á los hipócritas: ¿quién de nosotros, dirán, quién podrá habitar en los ardores sempiternos?*

Prov. xxviii.
1.

Is. xxxiii, 14.

Y ahora os quisiera yo preguntar ¿qué son todas las conveniencias, todos los tesoros del mundo sin la salud del alma , que es la única que nos permite gozar? ¿No es una primorosa pintura en manos de un ciego , una música melodiosa para un hombre privado del oído? Y aun estas son meras privaciones , en vez que los remordimientos de la conciencia son un suplicio continuo (que no es otra cosa la vida del *malo*), que se mezcla en todos sus pensa-

mientos, y está como inherente á su alma. Por mas que haga, no puede desprenderse de la memoria de sus malas acciones, y esta es qual un gusano roedor, que causa en su corazon una guerra abierta, cuyos horrores está sintiendo á cada instante. ¡Oh! y con quanta razon decia *Isaías*: *Los malos son como la mar agitada que no puede estar en calma.*

Ps. LVII, 20.

Y *David*: *No hay paz en mis huesos á causa de mis pecados.*

Ps. XXXVII, 4.

No: nada puede substraer al malo del estado de su propio corazon. Qualquiera otro mal puede tener algun alivio, y al cabo se amortigua con el tiempo. Aquella parábola del Evangelio que representa al hombre carnal atormentado de llamas devoradoras, significa al natural la angustia de los remordimientos; y aquella gota de agua para refrescar su lengua, que se le niega

inexôrablemente , aquel abismo que le separa de todo socorro, pintan al vivo la anxiedad que padece , incapaz de admitir alivio.

Como el *malo* lleva consigo á su enemigo , no puede huir de él. Mas que se muden las circunstancias, que sobrevengan revoluciones, que el órden de las cosas varíe, á su estado no le resulta ninguna mudanza. Constante é inmutable será que ha cometido un crimen ; que se ha como empapado en la iniquidad. Así , á qualquiera parte que vaya, su conciencia le seguirá , dándole en cara con sus maldades.

¿Qué no ha intentado el culpable para sacudir sus remordimientos ? Le hemos visto denunciarse voluntariamente como autor de tal ó qual atentado no sabido. Le hemos visto invocar la justicia de los tribunales , y solicitar su propio supli-

cio ; prefiriendo expiar con la ignominia y la muerte los delitos que habia cometido , á llevar sobre su conciencia su peso insoportable.

¡Horroroso estado del alma !

¿ Mas queda esto aquí , fieles míos ?

¿ Pensais que el malo se habrá pre-

Math. xvi, 26. guntado : *Qué me aprovecha ganar todo el mundo, si pierdo mi alma ?* No

por cierto : pues ¿ qué fuerza no da esta consideracion á la verdad siguiente : *el malo hace una obra engañosa é instable ?*

Aun quando se libre de los remordimientos , no podra escapar de la mano de Dios.

6.º Digo en fin , y esta es mi última consideracion , que aun quando llegue á tanto su perversidad que sordo á todo remordimiento , sufe que el clamor de su conciencia , entonces mismo es quando mas claramente se evidencia que *el malo hace una obra que desvanece su esperanza.*

Representóme para ello al cul-

pable tan aguerrido con los vicios, que no labren ya en él los remordimientos. Pues sabed , fieles míos, que en esta funesta tranquilidad le hallo yo mas para horrorizar, que si estuviese agitado de las mas terribles angustias : es un hombre que duerme rodeado de llamas que le van á consumir.

Dos sanciones hay que el Criador ha impreso á sus leyes : la felicidad del hombre en la práctica de la justicia , y la infelicidad quando la viola. Una y otra son igualmente triunfo del orden. El malo , víctima de sus remordimientos , punzado , atormentado por su conciencia , hace á lo ménos así una reparacion á las leyes morales que ha quebrantado ; y como que rinde , con sus tribulaciones , homenaje á la justicia divina , cuyos juicios parece que escarnecia su conducta.

201 Pero ¿á qué estado de cosas pertenece el que ha violado las leyes del orden, y las ha violado impunemente, sobreponiéndose á ellas con imperturbable serenidad? ¿el que no escapa del remordimiento de sus atentados, sino con otro atentado todavía mas atroz? Porque el colmo del crimen es, llegarle á cometer á sangre fria y como haciendo gala de él con barbara complacencia. Un hombre de esa naturaleza se separa enteramente del resto de los hombres, y ha sacudido el yugo de todas las leyes, hasta de las leyes vengadoras del orden que ha trastornado. Su estado es contranatural. Ese tal es un hombre rematado en toda depravacion; un hombre que ha llegado al ápice de la iniquidad; en una palabra, el *malo* por excelencia.

Y ahora, amados oyentes, ¿cómo

concebir á este hombre tan prevari-
 cado , tan consumado en la maldad,
 como concebirle tranquilo, disfrutan-
 do los bienes que ha grangeado á
 poder de crímenes; befiendo á los in-
 felices que ha hecho , á las víctimas
 que ha sacrificado ; impune en fin,
 en el seno de su audacia y sus desór-
 denes ? ; Ah! á tal hombre sí que se
 aplica bien aquel fallo que fulminó
San Juan. Tienes nombre que vives, Apo. III, 6.
y estás muerto.

Sí : este hombre , sean las que
 fueren sus apariencias , no es mas
 que un cuerpo sin vida. Este hom-
 bre ya está separado de la sociedad,
 con la qual ha roto todo género de
 relaciones; de la naturaleza , cuyas
 leyes todas ha atropellado ; de su
 propio corazon , cuya equidad na-
 tural ha violado ; de su conciencia,
 á cuyos gritos ya está sordo ; de
 Dios , en fin, cuyo imperio ha me-

nospreciado. Es un árbol que está todavía en pie, que tiende por el ayre sus ramas, y llama todavía los ojos con una apariencia de verdor: pero este árbol está carcomido en su raiz, y perderá en breve toda su lozanía. Y entónces ¿qué mas da que quede en pie, ó que arrancado de la tierra, le cubra con sus muertas ramas? Arrojado al fuego ha de ser de todos modos. *Vi al impio, dice el Salmista, elevado como los Cedros del Libano; y pasé luego, y le busqué, y ya no exístia.*

Ps. XXXI. 34.
36.

Si el castigo del malo por los remordimientos es una prueba de que el brazo de la divina justicia está levantado contra él, su impunidad es una amenaza continua y mucho mas tremenda, y esta amenaza se executará por momentos. Sorprenderá el Señor en medio de su seguridad, de sus bulliciosos placeres, de sus

regocijos y de sus festines: le cogerá de sobresalto, como en otro tiempo á los *Amalecitas*, quando estaban danzando al rededor de los despojos de los Filisteos; y herido repentinamente por la mano de Dios, perecerá como ellos. ¡Ay de tí, dice un Profeta, ay de tí que eres alegre con quien nunca lo fué contigo! ¡ay de tí que despojas! quando acabares de despojar, despojado serás, y víctima de tus iniquidades.

1. Reg. xxx. 16. 17.

Is. xxxviii, 1. 2.

¡Qué de esclarecidos exemplos pudiéramos poneros á la vista, de esta pronta venganza descargada improvisamente contra el malo, precipitándole de la cumbre de sus dichas al abismo de las miserias! ¡Qué repentinas catástrofes, en que la historia de nuestros dias nos da útil escarmiento! No hemos visto caer en un instante á los golpes del acero y

Exemplos memorables de un castigo imprevisto del malo.

Is. lxxxviii, 1.

morir ignominiosamente aquellos monstruos sanguinarios, que en la desastrada Francia no respiraban sino para ruina del linage humano? ¿Y no pueden aplicarse perfectamente á su trágico fin las palabras del

Ezeq. xxviii, 18.

Profeta: *Fuego sacaré de tí, iniquo; fuego que te convertirá en cenizas?*

Is. xxviii, 18.

Concierto tenemos hecho con la muerte; exclamaban los prevaricadores Israelitas; y así quando pasare el azote de inundacion no caerá sobre nosotros.

— en colorem
 pu ob calorem
 — igni ignis
 — am lob igni

Pues vuestro concierto, les decía el Señor, será cancelado con la muerte; y quando pasare el azote de inundacion, él os confundirá.

¿Piensa en fin, el malo, aun quando la cadena de sus iniquidades impunes llegue hasta su tumba, piensa escapar de la mano de Dios? *No hay tinieblas, no hay sombra de muerte, donde se pueda esconder el que obra maldad, dice Job. Por larga que*

Job xxxiv, 22.

haya sido la vida , ¡ qué poco ha durado quando se acaba ! ¡ Qué corto es el intervalo entre el crimen y el castigo ! ¡ Y qué insensatez , sacrificar á las ilusiones que pueden llenar este breve intervalo , nuestra probidad , nuestra moral , nuestra reputacion , nuestra conciencia y nuestra salvacion !

En efecto , oyentes míos ; la mayor de las miserias es hallarnos en aquel terrible trance del morir , ante todo un Dios vengador , menesterosos de virtudes que puedan alcanzarnos perdon y cargados de crímenes que claman por nuestro castigo. Porque no hay remedio : hemos de entrar en la última soledad de la tumba : tenemos que baxar al abismo de la muerte. *Juzgará el Señor* Heb. 2, 31. *á su Pueblo : tremenda é inevitable cosa es caer en las manos de Dios vivo. Todo lo qual pone fuera de*

duda esta invencible proposicion de nuestro texto : *el malo hace una obra engañosa que desvanece su esperanza.*

Aplicacion.

Leccion al que camina por la senda del vicio.

¡ Ó vosotros ! los que caminais por la senda de la iniquidad , pero que aun no habeis sacudido todo remordimiento ; que sentis en vuestra conciencia aquella saludable tribulacion del pecado , que es su castigo y puede ser su remedio ! ya veis donde os ha arrastrado el vicio : él os ha fascinado los ojos : él os ha cargado de cadenas : de las cadenas de la iniquidad que ya puede romper tan solamente la mano poderosa del Señor , y arrancaros de vuestra conducta criminal.

Sin embargo , aun tiene vuestra salud remedio . ¡ Qué no vieseis , qual otro *Ezequías* , tornar atrás la sombra de vuestros días para daros

lugar de consumir vuestro arrepentimiento, reparar vuestras faltas, reemplazar el antiguo hábito del vicio con la práctica continua de la virtud! Mas el tiempo pasa y no vuelve: y la necesidad de vuestra conversion urge en extremo: en ella está cifrada vuestra salvacion. Así que, y fuera dilaciones, é implorad luego, luego las misericordias del Altísimo; para coronar esta grande obra.

Y vosotros, los que todavía no estáis amarrados con las cadenas de la iniquidad, aunque os habeis visto á punto de caer en sus zepos: ¿qué concluireis de este discurso? Ninguna otra cosa sino que el hombre debe resistir con todas sus fuerzas á la primera sugestion del vicio. No sabemos adonde nos llevará, si prestamos oídos á sus seducciones: primero inciertos y tímidos, despues

Es menester resistir al vicio en su origen.

El vicio es un enemigo oculto y sutil que se presenta á la puerta del alma y debe siempre ser rechazado.

firmes y determinados , y por último intrépidos y audaces. Así han empezado , así han acabado todos los grandes pecadores , todos los monstruos de la iniquidad ; y tales llegareis vosotros á ser , si os dexais arrastrar en esa fatal carrera.

Pero ; tened ! que el vicio no es mas que grosera impostura y perfidia. Transportanos , como el tentador transportó á Jesucristo á la cumbre del monte , y nos ofrece el imperio de toda la redondez del mundo ; es decir , lo que no puede darnos. Encarece sobre las nubes las promesas que nos hace , y cuenta por nada los sacrificios que nos pide. Pero nos engaña : lo que nos promete no es nada , y los sacrificios que exíge , son inmensos.

El vicio es un enemigo astuto y cruel de quien debe siempre desconfiarse.

Todos vivimos sobre aviso contra los lazos que nos arman nuestros enemigos , tanto que escarna-

mos y baldonamos al que es juguete de una falsa confianza. Y sin embargo ; oh confusion ! llevamos sin desconfianza el vicio dentro de nosotros mismos ; esto es , llevamos el seductor mas vil , el impostor mas cruel : nos dexamos alunar de sus ilusiones : nos dexamos embair de sus engañosas promesas. Por ventura ¿ le basta al vicio ser hijo de nuestro propio corazon , para que le permitamos sus imposturas , sus viles tramamas ? ¿ Y nuestra soberbia no se subleva contra un enemigo que viene á abrigarse en nuestro propio seno , para poder mas á su sabor causar nuestra ignominia y perdicion ? ¡ Léjos , léjos de nosotros el pecado ! que es un mal contagioso que va contaminando insensiblemente todos los humores , y al último ya no tiene remedio.

¡ Qual brilla y resalta el destino

La luz y la alegría son compañeras inseparables de la virtud.

Ps. xcvi, 11.

Prov. xv, 15.

del hombre de bien , contrapuesto al del pecador ! *Para el justo se hizo la luz* , dice el Salmista ; y *para los rectos de corazón la alegría*. Sus esperanzas no son vanas : la obra del justo es verdadera , y él goza de sí mismo. *Su corazón*, dice la Escritura , *es un convite continuo*. Así que, no conoce aquellas agitaciones, aquellos movimientos desordenados de un alma que no sabe donde ir para encontrar algún reposo, porque le busca donde nunca jamás le hallará , y va muy descaminada de aquel punto fijo , puerto seguro de sus zozobras y áncora de su bienaventuranza.

La virtud es el único punto fijo que puede asegurarnos la tranquilidad.

Eccles. xi, 16.

Pues este punto fijo , este centro inmutable es la virtud , amados fieles míos. El que la pierde de vista, se extravía entre sombras engañosas , según esta sentencia del hijo de Sirac : *el error y las tinieblas fueron*

criadas con los pecadores ; y los que se huelgan en los males , en el mal envejecen. Deslumbrado por los falsos bienes , cifra en ellos la felicidad , los busca con anhelo , y no halla sino materia á nuevos tormentos. Á las riquezas dice ; satisfaced mi codicia , mi fasto , mis vanas necesidades : á los honores ; colmad mi soberbia , mi ambicion , mi sed de dominar : á los objetos sensuales ; saciad mi amor á los deleytes , mi intemperancia , mi carnalidad. De todas cosas prueba ; en todas anda mendigando la ventura , y de todas recibe una repulsa ignominiosa y cruel ; Desventurado ! precipitándose está á cada paso en el vacío inmenso de su corazon.

¡ Ah ! *si pusiera su corazon allí donde está su verdadero tesoro , y le dixese que fuese recto , justo , humano religioso ; si dixese á sus afectos que fuesen modestos , puros y sin*

Salm. xxxi, 10.

mancilla, entónces sí que encontraría lo que busca, y vería que con el reposo recobraba su alma la felicidad. La proteccion visible del cielo le cubriria en todos sus caminos; y anegado en delicias, conoceria *que si el Señor descarga el brazo de su ira contra el malo, segun expresion del Rey Profeta, tambien amparará con su misericordia al que con firme esperanza le buscare. Amen.*

S E R M O N I I I .

SOBRE LA PROTECCION DEL CIELO

ASEGURADA A TODO HOMBRE JUSTO.

En qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia.

Act. Apost. cap. x. vers. 35.

Tiempo era ya de que desapareciese aquella preocupacion inveterada entre los Judíos, de que eran el único pueblo favorecido del cielo, el único que podia aspirar á sus gracias. Este error, tan torpe en sí mismo, tan injurioso al Padre comun del linage humano, no podia tener contra sí argumento mas poderoso que el caso que es el tema de nuestro discurso.

Manifiestase el Señor á *Cornelio,*

EXORDIO.

centurion de una cohorte Romana, servidor de una nacion idólatra. Á un extranjero, á un gentil llama Dios con predileccion á su alianza, estableciendo entre él y un Apóstol un comercio, reprobado hasta entonces por la soberbia de los Judíos, y que debia como apellidar á los Gentiles al Cristianismo.

¿Qué habia en la persona del Centurion que le pudiese hacer merecedor de tal prerogativa? ¿qual era su título de eleccion para con el Señor? Este: *Cornelio*, dice el Evangelio, *es hombre justo, temeroso de Dios, y caritativo y bien quisto de todo el pueblo.*

Act. x. 2.

Á este buen testimonio, dado de Cornelio por susservidores á S. Pedro, á la narracion del mismo Cornelio sobre el mensage celestial que habia recibido, abre San Pedro los ojos; desvanecense sus preocupaciones, y

rinde gustoso las armas á la verdad, exclamando: *Yo reconozco que en qualquiera pueblo es grato á Dios el que le teme y obra justicia.*

Act. x.

Exâminemos (1^o) que afectos exige del hombre nuestro texto para *hacerse grato á Dios*; y conoceremos su necesidad.

DIVISION.

Considerémos (2^o) el excelente principio comprehendido en sus notables palabras para penetrar toda su fuerza y sentido.

Deduzcamos (3^o) las consecuencias que de él se siguen, y calificuemos su importancia. Este el es plan de nuestras reflexiones.

Quando contemplo al hombre en sí mismo, libre de toda influencia que pueda corromperle, hallo en él dos qualidades muy distintas: la inteligencia, en cuyas alas se encumbra á las mas altas verdades de la Reli-

I.^a PARTE.

gion ; y la rectitud que le dirige al conocimiento y practica de la virtud. Aquella nos lleva como por la mano á la idea de un Dios que todo lo ha criado , que lo gobierna todo , y dirige y zela nuestras acciones , y á quien debemos tributar obediencia , temor y amor. La rectitud nos pone á la vista en su debido orden las obligaciones , á que estamos ligados para con nuestros semejantes , segun nuestra posicion en este mundo , y nuestras circunstancias particulares.

Tal es la ley natural , estampada en el corazon humano ; y tal la substancia de la Religion y de la Moral. No hay pais , no hay siglo , no hay pueblo , donde el hombre no pueda llegar á su conocimiento , respecto á que depende únicamente del acertado uso de nuestra razon , la qual por todas partes tiene unos

mismos principios, una misma regla. ¿Qué mucho, pues, que de entre las tinieblas de la razón ofuscada por el pecado, haya este fuego divino despedido algunos destellos? ¿Qué mucho que en el seno de la idolatría y del paganismo hubiese hombres que confesasen altamente un solo Dios criador, conservador y juez del linage humano; y que de la misma prevaricación hayan salido lecciones y exemplos dignos de los tiempos mas venturosos del cristianismo?

La prueba tenemos en el Centurion del Evangelio. Era pagano; y con todo invocaba á un solo Dios, y le servia *con temor*. La idolatría habia corrompido las costumbres de su nacion; y no obstante, el obra *la justicia*, y edificaba al pueblo con sus buenas obras. Por tanto, el Señor no atiende al falso culto de

sus compatriotas, ni á la circunstancia de ser extranjero á las leyes de *Moyses*, ni á lo limitado de sus alcances: Cornelio es un hombre religioso: Cornelio es un hombre justo; y eso basta: *En qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia.*

Pero aun quando Dios no hubiese dado un testimonio tan evidente de que aprobaba los afectos que inundaban el ánimo del Centurion, ¿podríamos, amados fieles míos, podríamos dudar de que le fuesen *gratos*? Cifrada estaba en ellos toda la ciencia divina: epílogo y cifra son de ella. *El temor de Dios* abraza todas nuestras obligaciones para con el Señor: la *justicia* todas nuestras obligaciones para con el próximo. Con lo qual se nos enseña lo que mas obligados estamos á creer, lo que mas nos importa

obrar. Esta doctrina de *San Pedro* se da la mano con aquello de *Salomón*: *Temé á Dios y guarda sus mandamientos*; porque esto es el todo del hombre.

Eccl. xii, 13.

Y ¿qué sería el *temor de Dios* sin la *justicia*? ¿y qué la *justicia* sin el apoyo del *temor de Dios*? Cuando el *temor* ocupa nuestra alma, sin que le acompañe la *justicia*, es un terror secreto, fundado en el poderío del Señor, y el convencimiento de nuestra poquedad: es el temor servil de un esclavo que tiembla baxo la férula de su dueño. Del mismo modo, la *justicia*, quando está desprendida del *temor de Dios*, es la misma imperfección, la flaqueza, la inconstancia misma.

Mas quando van á una estas dos obligaciones, despojado el *temor* de quanto tiene de triste y penoso, se convierte en respeto, y no es otra

Ecc. xiii. 13

cosa que un afecto de amor que teme ofender y desagradar. Así mismo, la *justicia* apoyada en el temor divino, imprime un carácter religioso que santifica todos sus actos, y hace su obligación mas indispensable y general. Entónces, ya no es un objeto de interes humano; es sí un asunto de conciencia.

¡Oh, y cómo se engañan los que separan lo que une el Evangelio! Hay hombres que cifran toda la religion en ceremonias exteriores, en vanas observancias, en un culto supersticioso. Se agraviarían de la mas leve sospecha que pudiese qualquiera formar contra su fé, contra sus opiniones religiosas. Pero exígid de ellos la *justicia*, exígid de ellos las virtudes que dimanán de la *justicia*; y entónces vereis patente su inconsequencia. Están creídos de que el culto exterior, el homenaje cere-

monial suple por la *justicia* : ú á lo ménos proceden como si creyesen que toda la Moral consiste en vanas y estériles observancias, teniéndose por *justos* quando no hacen daño á nadie , aunque no cumplan con ninguna de las obligaciones comprehendidas en la idea fecunda de *justicia*.

Así, no imagineis que puede la *justicia* mantenerse en su auge mucho tiempo, privada de su principal sustento, de lo que la da sér y vida; quiero decir, sin la idea de Dios y el temor de quebrantar sus santos mandamientos.

Hay quien pretende que los verdaderos fundamentos de la *justicia* deben zanjarse sobre los intereses de los hombres; ó lo que es lo mismo, en nuestro propio interes bien entendido: que á la sociedad sola (¡ á tanto llega su osadia !) deben los

hombres dar cuenta de su conducta; y que fuera de ella no debe la justicia buscar apoyo ni patrocinio. ¡Ah! y cuán falsa es la confianza que tienen de sí propios los que están imbuidos de tales ideas! ¡cuán mal conocen su propio corazón!

Póngaseles en un lance delicado: préciseseles á que observen las escrupulosas leyes de la *justicia*, lo mismo en el escondrijo mas impenetrable que á la faz del universo: lo mismo quando se trate de un gran sacrificio de sus intereses, que si se tratase de la menor ventaja: y entonces los vereis indecisos sin saber quien preponderará, su provecho ú la *justicia*. Mas ¿qué digo indecisos? La *justicia* les parecerá ligera en contrapeso de la utilidad que les producirá el quebrantamiento de sus leyes. ¡Ah! conózcanos la flaqueza de nuestro ánimo, y desconfiemos

de nuestra frágil condicion.

Pongamos, pues, en mas alto lugar el primer movil de nuestras virtudes y el principio de la *justicia*. Estrive esta en la idea de aquel Dios, *en quien no hay variacion ni sombra de mudanza*; y entónces, en todo tiempo, en todo lugar, en todo caso será firme é invariable. Sí; ¡temor de mi Dios! ¡santa *justicia*! abrazaos y no os separéis jamas una á otra: ¡reynad juntas en el corazon del hombre! ¿Qué no se esperará de esta union venturosa? *En qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia.*

¿Qué cosa mas constante que la proteccion, la benevolencia y amor del Sér de los seres *al hombre que le teme y obra justicia*? Esto ¿no es cumplir ya con la ley del Señor? Porque la *justicia* es la suma de nues-

II. PARTE.

tras obligaciones; y el que la observa religiosamente, obedece á todos los buenos movimientos que ella inspira, y practica todas las virtudes que coronan el árbol, de quien ella es tronco. Este tal será recto, prudente, sincero, desinteresado, reconocido, caritativo, porque no puede traspasar estos deberes sin faltar en alguna manera á la *justicia*.

Esta disposicion de parte de los hombres, establece entre ellos y el Criador un vínculo que los exalta á su magestad y los concilia su amor. Dios es un Sér infinitamente *justo*. No podemos concebir su existencia sin este atributo que es inseparable de ella; de la qual da claro testimonio el plan que se ha propuesto para gobierno de los hombres. Tan constante es, en efecto, la correlacion que ha establecido entre el orden, la sabiduría y la felicidad; tan en

uno ha juntado la miseria con el desarreglo y la iniquidad, que su amor á la *justicia* se está viniendo á los ojos. *He conocido, Señor, decia* Ps. cxix, 75, 138, 144. el Profeta, *que tus juicios son la misma equidad: justos son, verdaderos, constantes y eternos que nunca fallarán.*

Pero en el corazon humano es donde principalmente ha grabado sus leyes de *justicia* con hondos é indelebles caractéres. Para la observancia de aquellas no tiene el hombre mas que dexarse llevar del instinto que le arrastra á su cumplimiento; y quando las quebranta, se siente precisado á hacer violencia á su recititud natural, padeciendo una repugnancia que lucha contra sus pasiones que le tiranizan.

Así que, la *justicia* no puede ménos de hacernos *gratos á Dios*, pues que lleva el carácter de su

mano celestial ; pues que de ese modo imitamos la mas santa de sus perfecciones morales ; y pues que observándola, no hacemos otra cosa que obedecer al impulso que nos ha dado,

Y á la verdad , ¿ qué cosa mas útil á los hombres , qual mas saludable que la justicia ? ¿ No es ella la que *ensalza las naciones* ? como dice la Escritura : ¿ quién las hace florecer , quién produce y mantiene su prosperidad ? ¿ no es ella la basa sobre que se cimentan todas las relaciones sociales ? y por el contrario, ¿ no es claro que sin la *justicia* no podria la sociedad subsistir un punto ; que los hombres enémos unos de otros , estarian en un continuo estado de guerra ? Tan evidente es esta verdad ; que basta una injusticia manifiesta para sublevar toda la sociedad contra su criminal autor.

Por consiguiente, no puede haber cosa más agradable al Eterno, al Padre de los humanos, que pone su gloria en nuestra felicidad, prescribiéndonos todas las virtudes que pueden hacer meritoria nuestra existencia; no puede, digo, haber ninguna cosa más conforme á sus designios, que la práctica de la *justicia* y demás virtudes que la acompañan.

Así, todas las bendiciones del cielo caerán sobre el justo: con el justo se entenderán las promesas de bienaventuranza: *Los ojos del Señor,*

Ps. xxxiv, 16.

dice el Salmista, *están sobre los justos; como verde palma florecían estos, y como Cedro del Líbano se multiplicarán y fructificarán en vejez lozana.*

Ps. xci, 12, 14.

Y Salomón: *La esperanza de los justos es alegría: la bendición del Señor sobre la cabeza del justo.*

Prov. x, 28.

Esta declaración de las divinas

Escrituras sobre la proteccion con que Dios cubre á todos los *justos* sin distincion , ¿ no llena completamente la idea que tenemos de su grandeza, de su imparcialidad? Puede ser *justo*, y no declararse protector de la *justicia*? ¿ Y lo sería si nos anunciase en los libros santos que aquel solo que le ofrezca sacrificios, que sea fiel observador de las abluciones, de las ceremonias legales, de los ritos judaicos , ese merecerá su *aprobacion*? ¿ Lo sería , si para hacernos *gratos* á sus ojos , exigiere de nosotros otra cosa que la *justicia* junta con el deseo de agradarle y el temor de desobedecerle ?

La moral, las obligaciones para con el próximo, su escrupuloso cumplimiento , finalmente todas las virtudes comprehendidas baxo el título de *justicia* , ved aquí , fieles mios, lo que basta para que no haga ninguna

distincion de hombre á hombre: ved ahí los augustos caractéres por donde reconoce su imágen. Ya no hay *Judio*, ni *Bárbaro*, ni *Escita*: ya no hay mas que hombres: todos estan confundidos: todos andan juntos baxo el comun estandarte de la *justicia*. ¡Esclarecido privilegio, por cierto, el de la *justicia* que así une los hombres de todas las regiones y de todos los pueblos, estrechándolos con unos mismos vínculos de fraternidad! Un hombre justo es el verdadero ciudadano del mundo; es el hombre de todos los paises; porque practica una virtud universal; porque en qualquier lugar que respire, será fiel á esta ley de reciprocidad: *Haz con otro lo que quisieras que él hiciese contigo.* Math. VII, 12

¿Para qué dió el Señor particulares señales de su presencia al pueblo *Judio*, sino para fixar en él esta

justicia ? Y quando este se apartó de su Dios , ¿ por qué sino por restablecer el imperio de la *justicia* que habia destruido , porque le envió el Señor su dulce Hijo , el Maestro sublime del género humano ?

Si el hombre , desde su origen , hubiera conservado sus principios de moral ; si hubiera respetado las tablas de la ley escritas en su corazón , no hubiera sido menester tanto divino aparato para ponérsela delante de los ojos , para renovarle las ordenanzas de la *justicia* , grande objeto de las revelaciones divinas y de todas las misiones celestes. La ley, dice San Pablo , *no fué puesta para el justo , sino para el injusto , y para el que no sabe reglar su conducta.*

1. Tim. 1, 9.

¿ No sabemos que si el sumario de toda la ley , segun la doctrina de *Jesucristo* es *amar á Dios y al próximo* , no es sino por hacer la *justicia*

mas dulce de practicar, dándola por principio el amor? Luego, si Dios debe dispensar algun favor, conceder alguna prerogativa, ¿sobre quién recaerá su eleccion? ¿Por ventura, sobre el hombre que finge temerle, siendo así que está ligado á prácticas de un culto vano y supersticioso? ¿sobre el hombre que no conoce mas *justicia*, que la que se acomoda á su interes? ¿Preferirá una nacion á otra? ó para decirlo todo en una palabra ¿tomará Dios consejo para su eleccion de las preocupaciones, de los caprichos, de las pasiones humanas? No por cierto: buscará al hombre que le teme real y verdaderamente, y comprueba su sincero temor con las obras que Dios le pide, con las obras de *justicia*. *En qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia.*

Pero, además de la verdad de este admirable principio, le hacen no ménos recomendable su eminente utilidad é importancia.

Y en primer lugar ¡qué realce no da en nuestro ánimo a la *justicia* aquella declaracion de Dios: que el hombre que *profesa* esta virtud, *le es agradable*! No basta que la *justicia* sea el fundamento del orden social: que establezca los principios sobre que estriba la propiedad de los bienes y la seguridad personal: y que, sin ella, la asociacion de los hombres, léjos de aumentar su felicidad comun, origine todos sus males, y sea manantial de confusion y desorden. No basta que la *justicia* sirva al hombre de instinto moral, del qual no puede desviarse sin hacer violencia á su naturaleza. Sino que Dios ha querido adornar la idea de *justicia* con quantas galas pueden

aumentar sus incentivos y hacerla mas amable, hermoseándola con todo lo que mas nos puede arrebat-
 tar hácia ella y afianzarnos su trato. Todo lo ha hecho por la justicia: declarando que *en qualquiera pueblo le es grato el que la profesa.*

¿Los hombres, y señaladamente los grandes de la tierra suelen exigir de los que les son afectos, otra cosa que la *justicia*? Para serles *agradable*, es necesario lisonjear sus pasiones, servir á todo trance sus intereses, mancomunarse en sus proyectos injustos y ayudar por todas vias á su logro. Mas para agradar á Dios, bástanos seguir fielmente la *justicia*; en la inteligencia de que tanto le serémos mas *gratos*, quanto mas sacrificios hagamos por seguirla. ¡Mas *gratos* á Dios! al *autor de toda gracia y de todo don perfecto*: al que dispone de todos los bienes de

la naturaleza ; al que fuera de los bienes temporales, puede colmarnos de los tesoros espirituales mucho mayores todavía ; la perfecta confianza , la paz del alma, el contento, la serenidad , el gozo...!

¡Oh ! y cómo esta certeza de ser *agradables* á Dios practicando la *justicia* , nos une á ella con poderosos vínculos ! Oh ! y cuán venturosa fuera la sociedad , si estos vínculos ligasen todos los hombres á este augusto deber ! ¡Y quién trataría de romperlos ! ¡ ni qué son en comparacion de los favores divinos , los falsos deleytes que puede grangearnos el quebrantamiento de su *justicia* !

Ved , pues , amados oyentes míos, como se multiplica el bien con la observancia de sola una obligacion de tamaña importancia. El hombre que concurre al bien de to-

dos con un santo respeto á las cosas *justas*, recibe mas que da, porque todos cumplen con él las obligaciones que él desempeña respecto á cada uno de ellos.

Nada, pues, presenta de árduo ni penoso la *justicia*: la *justicia* virtud por excelencia, y medio eficaz de ser *agradable* al Eterno. La religion, por el motivo que nos presenta, la quita en alguna manera su carácter de obligacion, y convierte en placer regalado su santo ejercicio. ¿ No aludia á la *justicia* el Sabio quando dixo: *que no habia mejor cosa que alegrarse, y hacer bien en esta vida?* Eccl. III, 12.

Con efecto, *hacer bien* es hacer lo que *agrada* al Señor; es cumplir la *justicia*. Así, el corazon que se inclina gustoso á la práctica de un deber tan dulce, es insaciable en el desempeño de la mas estrecha *justi-*

cia ; y todos los deberes que la tocan de cerca, los mirará como á la misma *justicia* , y los desempeñará con el mismo escrúpulo , con el mismo zelo. La *justicia* , en un corazón bien dispuesto , se tornará bondad, mansedumbre, liberalidad, caridad, misericordia. Sí, fieles míos: la misericordia , la caridad son la *justicia* de aquellas almas generosas , que ántes quieren extender que limitar sus obligaciones , y que dan ensanche á sus virtudes, abriendo un vasto campo á su ejercicio.

Tales son las virtuosas disposiciones que llaman á todos los hijos de Adán á la divina alianza : tales los afectos que á todos los hacen igualmente dignos de participar de los mismos favores , y herederos de las mismas gracias.

Y ¡quién podría desconocer este gran beneficio de la Religión que, so-

bre tantas y tantas ventajas, nos manifiesta que sola la *justicia* hace iguales ante Dios á todos los hombres de la tierra ! En esta casi irresistible propension que nos hace buscar motivos de predileccion y de favor en las cosas , no solamente fútiles y deleznable , sino dañosas , ¿ no es como un correctivo de nuestros errores , una luz para nuestro desalumbrado entendimiento, esta doctrina que proclama la igualdad de los hombres ante el trono de Dios por solo el mérito de la *justicia* , y qué á todos los eleva á una propia dignidad , mediante esta condicion, en el amor del Altísimo ? Y ¿ no abrazaremos nosotros con los vínculos del mismo amor á unos hombres que el Sér Supremo ha juzgado dignos de tener igual parte en sus beneficios ?

Ved, pues , aquí como de todas

las máximas del Evangelio nac en poderosos estímulos de caridad. Presuponiendo que *en qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia* ; presuponiendo que la caridad es el complemento de la *justicia*, el imperio de esta virtud se acrecienta en la tierra mediante aquel afecto general , que tiene por norte y móvil el divino afecto. En la *justicia* vemos que se encuentran á una el amor que abraza á todos los hombres , y la bendicion celestial que la recompensa. Nada corta el vuelo á nuestros afectos ; nada los limita. Así como el amor de la *justicia* puede dominar el corazon de todos los hombres , así el amor á todos los hombres debe penetrar nuestros corazones por medio de la eficacia de la *justicia*. La naturaleza es la que nos habla este idioma puro é insinuante , y la reli-

gion fortalece y hace mas sensible este lenguaje significativo de la naturaleza. Mas coronemos nuestro discurso con algunas reflexiones que nacen del fondo mismo de él.

^{sup} *El hombre que teme á Dios y obra* APLICACION.

justicia, le es agradable. El temor de Dios y el amor á la justicia le bastan: con estos títulos no hay bien alguno que no alcance, y está seguro del afecto del Señor del mundo.

Y sin embargo, si otras ventajas no le distinguen; si no es rico y poderoso; si no tiene gran crédito, raras talentos ó luces superiores, los hombres en general no hacen ningun aprecio de él, ántes le desestiman, le desprecian, le baldonan.

^{non} Bien sé que, desde la altura de su alma, seguro del respeto del hombre virtuoso y de la aprobacion del Juez Supremo, se rie de sus injustos baldones. Sé que, á no animarle

la caridad , podria muy bien devolverles el menosprecio que le prodigan tan descocada como injustamente. Mas , á esos exclusivos admiradores de frívolas exterioridades querria yo preguntar : ¿ qué poseen que admita comparacion con las virtudes que adornan á quienes osan desdenar? ¿ con qué qualidades prevalecerán , en el último dia , sobre el que ha hecho del *temor de Dios* la salvaguardia constante de su *justicia* ?

Ah ! y cómo se abatirán , cómo se humillarán delante de él ! Él ha *temido al Eterno*; y ellos han olvidado su nombre. Él ha *profesado la justicia* ; y ellos se han entregado á las vanidades del mundo. Y mientras coge el *justo* el fruto de sus buenas obras ; mientras experimenta grato al Eterno por haber tenido la felicidad de agradarle , ellos envi-

dian, llenos de confusión y remordimientos, la suerte del que ántes habian colmado de menosprecio.

Pero escuchad, y os confirmaré, si quereis con hechos memorables aquella suprema sabiduría que ha dado en el Evangelio el *temor* de Dios por compañero fiel de la *justicia*, fundiendo, digámoslo así, en uno estos dos afectos para hacer un todo inseparable.

Diximos que hay hombres desalumbrados que pretenden que el *temor* de Dios es inútil á la *justicia*. En efecto, hemos visto á algunos de estos novadores temerarios intentar arrancar de la sociedad el *temor* de Dios... ¿qué digo, el *temor*? hasta la idea de su existencia; y han pretendido no dar otro apoyo ni sancion á la *justicia* que el de la misma *justicia*. ¡Cómo si el que se arroja á un homicidio para apoderarse

de las riquezas que codicia , á un parricidio para quedar dueño de su persona y de su herencia, á los atentados, en suma , que le sugieren sus pasiones desordenadas, se hubiese de contener con la sola idea de la *injusticia* de sus desaciertos !

Así , es que á esos mismos hombres los hemos visto, que despues de haber arrancado de los corazones la idea de Dios, y quitado este apoyo á la *justicia* , han violado ellos mismos todas sus reglas y han erigido, mediante la irreligion , un nuevo imperio de desórden en el qual la inmoralidad dictaba las leyes que la crueldad y la sed del oro executaban; por manera que no se hubiera sabido que era la *justicia* , si no se la hubiese reconocido por su violacion general , y si todas sus leyes no hubiesen sido vilipendiadas , holladas, conculcadas.

104 ¡ Ah! quanta sangre ha costado
 la demostracion de esta preciosa
 verdad: que para mantener la *justi-*
ticia, han menester los hombres del
temor de *Dios*: que quando el *temor*
 de *Dios* falta, falta tambien del
 mundo la *justicia*; y que entónces
 reynan á porfia todos los errores,
 todos los crímenes y todos los des-
 órdenes! Nunca ha dado el Evange-
 lio prueba mas clara de sabiduría y
 providencia, que quando enlaza re-
 cíprocamente en nuestro corazon el
temor de *Dios* y la *justicia*, para
 afianzar esta y asegurar su imperio.
 105 ¡ Así pues, anatema sea qual-
 quiera que tira á desvanecer la creen-
 cia de un *Dios* en el seno de la so-
 ciedad! porque trastorna la *justicia*.
 ¡ Anatema aquél que dexa al hombre
 sin testigo, sin juez de sus acciones,
 sin *temor* y sin esperanza!.. Id ántes,
 id á los cubiles que encierran las fie-

ras ; desamarradas , soltadas por las ciudades y campos , y que por todas partes derramen la carnicería y el terror ; que ménos destrozo harán seguramente , que los Doctores del crimen y de la profanacion : porque al cabo se las dará la muerte , y con su vida veremos cesar la desolacion. Mas no así la que causan estos Apóstoles de la impiedad ; que aunque expiren cubiertos de infamia , no acaba con ellos el mal que han hecho , sino que queda , dura , y se propaga , aumentándose cada vez mas y mas sus terribles estragos.

¡ Ministros del Señor , reparadores de su santuario , obligacion vuestra es el concurrir con todas vuestras fuerzas á atajar tan grandes desdichas ! Anudad los desatados lazos que unen santamente el dogma con la moral , el *temor* de Dios con la *justicia* : reconciliad al hombre con

los principios del buen orden ; reconciliadle con su Criador ; y reconciliadle... ¡ay ! reconciliadle consigo mismo : porque ¡ qué enemigo le hará guerra mas sangrienta , que la injusticia y la impiedad armadas en su daño !

Si el Apóstol , en nuestro texto , da gloria á la verdad ; si reconoce que *en qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia* , séanos grato tambien á nosotros el que lo es á Dios : amemosle, puesto que el Señor se ha declarado su protector , y procurémos imitarle para merecer la misma gracia.

Mas ¿ por qué fatalidad , amados oyentes , siempre que tenemos que establecer alguna verdad , recomendar algun precepto tambien , nos hallamos con algun error con que luchar , con algun vicio que increpar ? ¿ De dónde es que muchas ve-

ces, contra la doctrina del Evangelio, la *justicia* y el *temor* de Dios no ofrecen en favor del que les es fiel, un salvoconducto que les asegure, con la proteccion de sus semejantes, una vida apacible y sossegada? ¿De dónde es que hombres que atropellan todas las reglas de la justicia; hombres que desconocen la indulgencia, la mansedumbre, la moderacion, la caridad; hombres que asesinan á sus hermanos robándoles la mas preciosa prenda, la estimacion y el honor; que disipan el patrimonio de sus hijos reduciéndoles a la mendicidad, y exponiéndoles con ella á mil desaciertos y extravíos; que se apoderan de los bienes de la viuda, del huérfano, del desvalido; que dominados de un vil egoismo concentran en sí toda su sensibilidad, y dexarán que perezca el universo, antes que privarse d el

menor de sus gustos ; de donde es, repito , que hombres de esta clase, escusados con un vano aparato de piedad , con exterioridades inútiles, con apariencias de virtud , y con el augusto nombre de Dios siempre en la boca , se crean los solos escogidos del Señor , los defensores de su gloria , y antepongan sus prácticas inútiles que ni el mas mínimo bien acarrean á la sociedad , á la cosa mas respetable , mas sagrada, la *justicia*; virtud sin la que no puede subsistir aquella , y con la qual florece y prospera ? ; De dónde es que estos tales dirixan sus pasiones mas entrañables , el ódio , la ira , las vexaciones , contra los *Justos* que Dios declara *serle agradables* ? ; Ah! no pidamos á la religion cuentas de estas culpables locuras humanas. Digamos ántes que no deben serla imputadas; que la religion

no puede contradecirse ; que su carácter benéfico léjos de simpatizar con ese extraño proceder, se indigna contra él y le repugna horro-
 rizada. Digamos que bien conocida y practicada , labrará indefectible-
 mente la felicidad del universo. Las pasiones tenebrosas , la ignorancia, la ambicion, el anhelo de dominar, y el fanatismo son las que toman la máscara de la religion para destruir la religion misma , y establecer sobre la ruina de su poder un funes-
 to imperio. ^{sup si nos y, aliope}
 2012 ¡ Religion divina ! ¡ doctrina ce-
 lestial! tu texto inalterable es lo úni-
 co que hemos de oponer á los que corrompen tus santas máximas ; á los que abusan de tu nombre sagra-
 do para que prevalezcan sus dogmas impios , y caygan en olvido los tu-
 yos. Nosotros no cesaremos de re-
 petir que estos apóstoles del fanatis-

mo y la impiedad no son tus apóstoles : que la Religión que ellos predicán , no es tu Religión : que tus discípulos se conocen por su amor á la *justicia* , compañera del espíritu de paz , de mansedumbre y de caridad. Dirémosles , en fin , sobre la fe de tus divinas promesas , *que en qualquiera pueblo es grato al Señor el que le teme y obra justicia.*

Así pues , amados oyentes , no haya cosa que nos haga torcer el pie del camino derecho de la *justicia* , campo fecundo de todas las virtudes : no cesemos de cultivarle con amor , y beneficiarle con la mas ardiente caridad ; y de este modo , digan lo que quieran algunos vanos mortales , viviremos ciertos de ser *gratos* al comun de los hombres , *gratos* á nosotros mismos , y sobre todo *gratos* al Señor. *Amen.*

SERMON IV.º

SOBRE LA SENSIBILIDAD

RELIGIOSA.

T *Jesus lloró.* Joan. cap. xi, vers. 35.

EXORDIO.

No es el príncipe de la eternidad, no el poderoso dominador de todas las cosas que dispone á su arbitrio de los elementos, calma los vientos embravecidos, anda sobre las aguas, mueve con una palabra los cielos y la tierra, y señala su gloria con la grandeza y multitud de sus prodigios, no es este; digo, el que hoy se ofrece á nuestra piadosa contemplacion, sino *Jesus*, que descende en alguna manera de la cumbre de su divinidad, para participar de los sentimientos de nuestra naturaleza;

Jesus hombre , *Jesus* sensible , que se nos muestra poseído del mas interesante y útil de todos los afectos humanos.

Acércase á la sepultura de *Lázaro* ; y hiriendo los ayes de una familia desconsolada sus oídos , al momento se conmueven sus entrañas , su corazón se enternece , y corren de sus ojos lágrimas. Y *Jesus* lloró , dice el sagrado Evangelio.

Éste , amados oyentes , es el punto que hoy se ofrece á nuestras consideraciones , la sensibilidad cristiana : sus excelencias os intentamos preconizar , su práctica enseñaros , y si es dable , inspiraros sus movimientos.

Jesus enternecido será la apología de esta sensibilidad que es característica de nuestra naturaleza ; nos indicará quales deben ser mas especialmente los objetos de su exerci-

cio; nos instruirá en los efectos que debe producir. Así, la sensibilidad, facultad natural (1^r punto). La sensibilidad, facultad social (2^o punto). La sensibilidad, facultad activa (3^r punto). Que es la division de este discurso.

¡ Oh ! quién nos dará el reanimar nuestra tibia sensibilidad, y que nuestros corazones se inflamen en la caridad! ¡ Quién tocará estas rocas áridas para hacer surtir de ellas manantiales de agua viva! ¡ Divino *Jesus!* vos poseis la fuerza victoriosa, la unción eficaz. Y vosotros, fieles oyentes, impetrad su gracia por medio de las buenas disposiciones de vuestro corazón.

1. punto.

Yo no sé qué moral austera, ó bárbara, diré mejor, inspiraba á ciertos filósofos que se han esforzado á despojar al hombre de toda

sensibilidad. Cúentase de ellos que cifraban su gloria en una independencia de todos los objetos exteriores tal, que no pudiese turbar su tranquilidad y reposo. Penas, placeres, dolores del cuerpo, sentimientos, pasiones, todo, en su opinion, debia ceder á no sé qué perfecta igualdad de ánimo en que ponian la felicidad suprema.

Ciegos! la naturaleza del hombre querian perfeccionar, destruyendo en sus entrañas el instrumento mismo de su perfeccion! insensatos! se imaginaban hacer que sus vanas lecciones de felicidad prevaleciesen sobre la voz sabia é imperiosa de la naturaleza.

Porque si consultamos á esta, si nos internamos en nosotros mismos, veremos á la sensibilidad, *facultad natural*, componer en alguna manera el fondo de nuestro sér, aso-

ciarse á nuestros pensamientos , determinar nuestras acciones , y animar toda nuestra vida.

¿Quién de nosotros no ha conocido la sensibilidad ? ¿quién no ha gustado sus deleytes ? ¿en qué grados , en qué diversas circunstancias no la hemos experimentado ? Ya por un amigo , cuyas satisfacciones , cuya prosperidad han vertido en nuestra alma la copa del placer ; ya por algun infeliz cuyas desdichas nos han sumergido en el abatimiento. Aquí , la vista de una bella accion , de un movimiento generoso , de la virtud triunfante , nos penetra de admiracion , nos enagena de gozo. Allí , solo con oír una injusticia , la noticia de un crimen , nos penetramos de indignacion , ó nos helamos de hõrror.

Pues todo esto , amados oyentes , obra es de la sensibilidad ; de

aquel principio de nuestra existencia moral, que nos transporta al vasto espectáculo del mundo, para hacernos actores secretos y tomar nuestra parte en las escenas que en él se representan.

Por ella, dexamos, por decirlo así, el espacio estrecho en que estamos, la limitada esfera de sucesos que nos interesan, y el momento fugitivo en que vivimos, para esparcirnos por el universo, para confundir en alguna manera nuestra existencia con las criaturas sensibles de todas las regiones y de todos los tiempos.

Y ved aquí, fieles míos, lo que distingue esencialmente al hombre de las demás criaturas: que todas quantas moran en el ámbito de la tierra han recibido de nuestro común Criador mas ó ménos de la sensibilidad animal que les hace acu-

dir á su conservacion , buscar su bien estar , y huir lo que puede dañarlos. Mas solo el hombre posee en eminente grado aquella exquisita sensibilidad que no tiene por objeto las necesidades corporales, sino las del ánimo ; que da á las facciones del humano semblante una expresion tan agraciada ; que en sus ojos tiene tanto interes , tal eficacia ; que se declara con las lágrimas en los vehementes afectos que nos señorean ; lágrimas de ternura , lágrimas de simpatía , lágrimas de gozo , lágrimas de lástima , lágrimas de admiracion , lágrimas de dolor :... aquella sensibilidad , en fin , que junta con la facultad de pensar, constituye todo el mérito de nuestro sér, y la dignidad de la especie humana.

Reflexionemos un momento ; y veremos que sin esta noble sensibili-

dad, privilegio glorioso de nuestra naturaleza, viviría el hombre solitario sobre la tierra al modo de los brutos, vagando de aquí para allí, sin domicilio, sin pensar mas que en sí, sin buscar otra cosa que la satisfacción de sus apetitos sensuales, contento con una estúpida felicidad, y sin ninguna propension que pudiese hacerle dulce y sociable.

Mas habiendo el Criador juzgado á propósito enlazar los hombres entre sí, zanjó en el corazon los primeros fundamentos de la sociedad civil, sembrando en él un gérmen de benevolencia recíproca, un instinto que aun en los confines mas remotos y salvages regocija al hombre con la vista del hombre; que nos atrae hácia nuestros semejantes con una fuerza irresistible; y nos hace encontrar la felicidad en la facultad de hacerlos felices.

De esta fuente es de donde nacen, en el hombre, todos los afectos que son la delicia de sus dias, y juntamente el principio de su estado social.

La sensibilidad del corazon es la que aplicada á las primeras relaciones de los hombres entre sí, toma los regalados nombres de amor filial, amor conyugal, amor fraterno. La que manifestándose en la conformidad de inclinaciones, en la simpatía, en la efusion del corazon, nos regocija, nos consuela en la penosa peregrinacion de la vida, con el dulce nombre de amistad. La que habla á nuestra alma, con título de compasion, quando nos olvidamos á nosotros mismos, por volar al socorro de nuestro semejante y compartir sus males. La que llamamos gratitud, quando nuestro corazon se complace en la memoria de un

beneficio recibido , y se consagra todo á su bienhechor. La que , con el noble carácter de beneficencia, de caridad , de humanidad , nos hace mirar á todos los hombres como hermanos , y nos excita en su favor á todo el bien que somos capaces de hacerles. La que respirando en nuestras palabras , en nuestros modales, en nuestras obras y procederés , les comunica no se qué secreto hechizo que no se puede expresar, y es el todo para grangéarnos las voluntades. Ella , en fin , la que incorporándose con las ideas religiosas, pinta á nuestros ojos la divinidad con tan dulces y gratos colores ; y haciéndonosla admirar en sus obras, adorar en sus beneficios, abrazar en nuestras esperanzas, es como piedra angular del culto del corazón , que tan fecundo es en suaves afectos como en buenas obras.

Mas así como no hay ninguna cosa grande, útil, ni elevada, de que no haga capaces á los hombres la verdadera sensibilidad, nada bueno se puede esperar tampoco de aquellos, á quienes la naturaleza no ha marcado con el carácter de ella. ¿Para qué es bueno en el mundo un hombre insensible? ¿Qué alivio se puede esperar de él en el trato de la vida? ¿Cómo hemos de habernos para arrancarle de sí propio? ¿Cómo mudar su frialdad y su dureza en las qualidades tiernas y comunicativas que absolutamente desconoce, y contrarestar en él las pasiones, poniéndole delante su deformidad natural y los horrorosos desastres que la acompañan? No, fieles míos: aquel no es hombre, cuyo corazon no puede prestarse á las benignas impresiones de la naturaleza; que no tiene

mas norte que la tibia razón; y no sabe que son las conmociones de una generosa sensibilidad. Solitario en medio de sus semejantes, no vive en sí: muerto está para la sociedad, y la sociedad muerta para él. ¡Desventurado! su alma no es otra cosa que tristeza y soledad.

Pues siendo esto así, ¿qué hombre puede tener recelo en manifestar tan aventajada disposición? ¿qué hombre puede pugnar por extirparla de lo íntimo de sus entrañas?

Jesus, nuestro divino Maestro, que vistió carne mortal para purificar sus afectos, y mostrárnoslos en toda su pureza; *Jesus*, en quien no concurría ninguna propiedad humana que no estuviese ennoblecida con la grandeza de su carácter, no ha cesado de darnos testimonios auténticos de acendrada sensibilidad.

La unción de sus discursos, la

mágica de sus preceptos, lo fervoroso de su zelo, los milagros de su beneficencia, el piélago de sus misericordias ¿qué otra cosa eran, que la sensibilidad exáltada en un alma sublime? Pues los Autores sagrados, léjos de disimularla, la encarecen, y suelen representárnos á *Jesucristo* agitado, movido de compasion, el corazon en continúa zozobra, los ojos arrasados en lágrimas; muestras todas de la mas entrañable ternura. Y *Jesus lloró*, dice el Evangelio.

II. PUNTO.

Pero, si la sensibilidad, cristianos oyentes, es en el hombre una *facultad natural*, el Criador, quando nos concedió este don precioso, le puso baxo la regla de nuestra razon, con el fin de precaver sus abusos, y de que así fuese una *facultad social*.

Léjos , pues , de nosotros aquella sensibilidad pueril , que con una nada se excita , con una nada se exalta ; que qual la hoja ligera , bulle y se agita al menor soplo , y está expuesta á todos los contratiempos de la vida y á todos los reveses de la fortuna. Esa mas que fina sensibilidad , es razon apocada : mas que corazon pronto á conmovirse , es un ánimo desmayado é incapaz de poseerse.

Léjos de nosotros aquella tétrica sensibilidad que se complace en sentir en todos los sucesos quanto puedan tener de siniestro , turbando así con las chimeras que se forja , la vida que debia pasar apacible y sosegada. Esta tal mas bien puede llamarse desarreglada fantasía , que próvida sensibilidad ; y eso , ménos es procurar precaver los infortunios , que salirlos á buscar , y realizarlos

con falsos temores.

Léjos aquella sensibilidad facticia, que hace gala de la exâgeracion, de sus exclamaciones é hipérboles: que gozando una extrema delicadeza de órganos, menosprecia hasta la salud y el vigor del cuerpo, como ménos simpática con aquella fineza de tacto, aquella prontitud en exâltarse de que tanto blasona. ¡Almas pequeñas! que semejantes á las aguas encerradas en estrechos límites, se rizan en su superficie, mas nunca experimentan agitaciones profundas. ¡Almas verdaderamente frías y poco generosas! que afectan una extremada sensibilidad, solo por tiranizar la de los otros y sujetarles á sus vanos caprichos.

Pero con mas fuerte razon debe la sabiduría ahuyentar del corazon humano aquella sensibilidad, á ve-

ces fogosa , á veces intempestiva, que degenera en violentos devaneos, ú en afectos viciosos.

Porque, bien considerado, ¿qué otra cosa son la exáltacion de la ira, el orgullo suspicaz y malcontentadizo , los insanos zelos , y el amor propio tan desreglado , que tan desabrido hacen el comercio de la vida humana? ¿no es siempre un mismo principio , siempre la misma sensibilidad , aplicada ya á objetos falsos , ya sacada de sus quicios? Y entónces el alma , con un fômes extraño ¿no depravará esta preciosa facultad de nuestra naturaleza, como un vaso impuro corrompe el precioso licor que se encierra en él?

Mas , de todos los males de la sensibilidad humana , el mayor , el mas peligroso , es no exercerla sino para nosotros solos : esto es poner nos en el centro de todas las cosas,

como el insecto en medio de sus redes , para apropiarnos quanto nos pueda tocar de cerca ú de léjos.

Antiguo sin duda es este vicio; mas estaba reservado á nuestro siglo , el cultivar , digámoslo así, todos sus ramos , haciéndole uno de los caracteres distintivos de nuestros tiempos , y poner á los moralistas en la precision de crear una palabra nueva para significar un vicio que nos es peculiar, y condenarle al menosprecio público.

Vaya, pues, ese vicio monstruoso , vaya con el nombre infame de *egoismo* á hacer saber á nuestros descendientes que en este siglo mas que en ningun otro , se han visto hombres pretendidos cultos, cuya moral consistia únicamente en especulaciones del amor propio y refinamiento de un sórdido interes ! ; Vaya á hacer saber á nuestros descendientes,

que en esta edad, apellidada de policia y humanidad, la policia es el arte de disfrazar con bellas apariencias un exquisito amor propio; y la humanidad, un nombre á la moda, que se usa en vez de la misma humanidad real y verdadera!

Aquí vemos un egoista vano y querrelloso, que se ofende del ayre; que con una nada se indispone; que exige de quantos le rodean las mas obsequiosas atenciones, mientras choca él á todo el mundo con la preferencia declarada que se da á sí propio.

Allí, un egoista afeminado, cuya alma como embotada con el inmoderado uso de los placeres, es incapaz de todo afecto. ¡Infeliz! en sí solo concentra su casi extinguida sensibilidad, y apenas le queda la indispensable para amarse á sí mismo.

Acá, un egoista duro y discurs-

sista , que tiene la sensibilidad por una flaqueza y el incomodarse por el próximo por una locura. En el exterior se muestra honrado con sus semejantes , mas interiormente solo es oficiosa para sí. Sacar de la sociedad, con el menor dispendio, la mayor utilidad posible, este es su principio, y todo el discurso de su vida una sagaz aplicacion de él.

Por todas partes encontramos multitud de carcomidos especuladores que todo lo pesan en la vil é infiel balanza del interes individual, contrapesándose en su estimacion con todo el mundo entero ; y que finalmente parece que no reconocen la existencia de otro , sino quando puede servir á sus intereses ; Vicio horrendo ! ; raíz de todos los vicios ! ; vicio que con los últimos grados de la corrupcion social , reduce los hombres al primer término de la

barbarie ! ; vicio que debia ser el escándalo de la sociedad , como es su oprobrio y su ruina !

Porque al cabo , amados oyentes , ¿ sobre qué basa está sentada la humana sociedad , sino sobre los sentimientos de una benevolencia , de una caridad , de una compasion recíproca ; sobre aquella confraternidad , cuyo feliz instinto deben seguir , cuyas obligaciones desempeñar todos los hombres ?

Por tanto , podemos decir que nuestros vicios ó nuestras virtudes , y los gustos ó sinsabores de la sociedad , nacen del diverso uso que hacemos de la sensibilidad de nuestra alma. Serémos buenos y dignos de estimacion , si un discreto amor de nosotros mismos nos hace buscar en la agena nuestra propia felicidad ; y por el contrario , baxos é insociables , si perturbando tan esclarecido

órden , no vemos en nuestros semejantes sino los instrumentos de nuestra felicidad propia.

Esta es la doctrina que *Jesucristo* nos enseña en la preciosa historia de su vida. Si se muestra sensible, si enagenado , no es por sí , sino por sus hermanos: lágrimas de compasión , y no de flaqueza son las suyas. Unas veces , llena su alma de religiosa ternura el ver un numeroso rebaño sin pastor : otras mueve su corazón , lleno de caridad , la estrechez en que gime esta multitud. Ya , levanta al cielo sus ojos y suspiros á vista de un afligido que implora su misericordia : ya , no puede contener las lágrimas, al contemplar á *Jerusalem* cerca de su ruina.

Y en el tema de nuestro discurso , ved qual se conmueve al acercarse á la sepultura de *Lázaro* : ved su divino rostro inundado en lágri-

mas. Sin embargo, *Lázaro* iba á resucitar á los ojos de *Jesus*: su muerte no era más de un sueño: su sepulcro, próximo monumento de vida y de gloria. Pues ¿á qué esa emoción y esas lágrimas? ¡Ah! porque los parientes, los amigos de *Lázaro*, todo el pueblo estaba de luto; y el espectáculo de la aflicción conmueve su corazón sensible: porque las lágrimas de la compasión son el primer bálsamo de dolor, y porque es cosa dulce llorar con los que lloran.

¡Corred, pues, lágrimas puras, lágrimas preciosas de mi Salvador! ¡Corred para consuelo de los desdichados, para gloria del linage humano, ... y para condenación de las almas insensibles que le deshonran! ¡Y *Jesus* lloró! dice *S. Juan*.

Pero, poco, poquísimo importa, III. PUNTO.
amados oyentes, sentir, en las oca-

siones, en favor del próximo, aquella emoción, aquella ternura que tan fácilmente se excita en las almas sensibles. No pasar de aquí, detenerse al poner el pie en el camino que tenemos que andar, es desentendernos de que la sensibilidad nada vale, si no es útil á nuestros semejantes, y de que debe ser una *facultad activa*.

La vida humana ¿será cómo los espectáculos, donde queda el arte satisfecho quando mueve alguna compasión, quando arranca alguna lágrima, con casos fingidos y desdichas ilusorias? Los movimientos estériles de terror y de compasión, que entónces se excitan en el corazón, son acomodados á los héroes imaginarios que se sacan á la escena.

Mas en el verdadero teatro de la vida, donde los males son harto reales, y los auxilios no ménos nece-

sarios, la sensibilidad, en manos de la Providencia, es un resorte de que se sirve para movernos, para excitarnos, por medio del mismo placer, á acciones provechosas á la humanidad. Porque mientras la razon incierta delibera, anda con lentitud y cede á los obstáculos, la sensibilidad, rápida en sus movimientos, nos arrebatada, y da en el blanco de la utilidad pública.

Y sino, decidme ¿ qué sería la sensibilidad que sufre sin la sensibilidad que socorre? ¿ la sensibilidad, origen de las impresiones dolorosas sin la sensibilidad, origen de los socorros útiles? Ese linage de sensibilidad sería gratuitamente el tormento del hombre; pero activa en el exterior, quanto penetrante en el interior, es el remedio de sí misma: el bien que hace convierte en placer el mal que padece; y entónces únicamente es

quando aparece la sensibilidad toda entera , y toda entera es el manantial mas puro de la felicidad del hombre.

Así pues , los frutos verdaderamente dignos de ella son las resoluciones virtuosas, los raptos generosos, los nobles procederes, los sacrificios magnánimos, las obras esclarecidas de caridad. Todos los héroes de la virtud, todos los grandes hombres que han conocido el arte sublime de gozar de la vida consagrándola á la felicidad del género humano, todos han sido movidos por esta palanca poderosa que habia puesto la naturaleza en el fondo de su corazon, á cuyo impulso se entregaban de todo punto.

Veánse los Apóstoles en la trabajosa carrera de su ministerio. Veáse *San Pablo*. No contento con estampar en sus escritos inmortales

documentos de una caridad que nos abrasa, dió en sus trabajos, en sus tribulaciones, en sus quebrantos y afanes para establecer una religion saludable á los hombres, dió claro testimonio de su caridad siempre activa.

¿Y qué hombre en ningun tiempo la exerció mas eficaz y constantemente que nuestro Salvador? ¿Á cuánta costa no se la declaró al género humano? Su alma tierna y compasiva ¿no se ha visto como retratada al vivo en la emanacion continúa de sus misericordias, y la multitud de sus beneficios? Todas quantas obras de caridad pueden producir las fuerzas naturales, son nada en comparacion de la sensibilidad misericordiosa que le anima. Para satisfacerla emplea todos los recursos de su divino poder, hasta dar su propia vida para coronar todos sus sacrificios.

Mas, por no salir del tema de nuestro discurso, ¿qué hace *Jesus*, al ver á *Marta* y *María* llorando por su hermano? ¿Se contenta con acompañarlos en su luto y desconsuelo? No por cierto: ántes responde á la voz de su compasion con un milagro de su poder. Enternecióse *Jesus*, y *Lázaro* recobra la vida. *Lázaro*, dice, *sal á fuera*. Así, las lágrimas de *Jesus* fuéron anuncio del gozo que iba á derramar en todos los corazones.

Así es, fieles oyentes, como se ha de manifestar la sensibilidad con obras prontas y eficaces. Bien sé que aquellas cosas en que se interesa la humanidad, no son tan indiferentes á la mayor parte de los hombres, que jamas sientan en favor de aquella ni afecto, ni compasion, ni temor: mas estos buenos movimientos, léjos de penetrar en el fon-

do de su alma , no agitan mas que su superficie , ni pasan á la voluntad para animarla eficazmente.

Contentos con un sentimiento interior que nos da tal qual opinion de nosotros mismos , nos dispensamos de aquellos actos , que son los únicos que pueden justificar la realidad de este sentimiento. Porque ¿qué les importan á los demas nuestros movimientos de amor para con ellos, si no se manifiestan con obras? Y ciertamente ¿qué verdadera satisfaccion podemos nosotros tener en tales sentimientos que , como semilla que cae en árido terreno , perecen sin dar fruto ?

Ese ¿no es mas bien un testimonio de nuestro corazon contra nosotros mismos , puesto que principiamos una obra que descuidamos concluir ? ¿No es una condenacion interior de nuestra voluntad tibia y desmayada ; puesto que la naturaleza

nos enseña el camino y nos da en alguna manera el primer impulso, y no haciendo nada por continuarle, frustramos sus designios?

¡Oh tibieza! ¡Oh esterilidad del corazón del hombre! ¡Qué contraste con la abrasada caridad de nuestro Salvador! ¡Léjos de nosotros el absurdo de intentar que el poder humano raye en sus celestiales dones. Pero esto, cristianos oyentes, ¿obsta por ventura á que, en nuestro tema, el alma caritativa de *Jesus* ponga en movimiento todo su poderío? ¿Obsta acaso á que, á pesar de los límites estrechos de nuestras facultades, sean no obstante infinitamente superiores á todo quanto nos hace emprender nuestra caridad?

Si flacos y limitados, adolece nuestro poder de la pobreza de nuestra condicion, ¿porque flojos y corrompidos hacemos mucho ménos

de lo que podemos? Una sensibilidad natural es uno de los favores que el cielo nos dispensa; mas lo que nosotros podemos poner de propio fondo, es una alma activa y virtuosa que ayude á esos buenos movimientos. Milagros, por decirlo así, haríamos con esta, sobreponiéndonos con esclarecidas obras á la flaca humanidad.

Mas ¿qué de obstáculos no opone el hombre á este noble vuelo de la virtud? ¿Qué de pretextos no emplea para calificar su indolencia? ¿Con cuántos sentimientos baxos y desmayados no apaga el amor personal los generosos ardores que de tiempo en tiempo se levantan en el fondo de su alma? En el desprecio del vil egoismo ¿quál se extinguen las llamas de la caridad fraternal?

De donde se infiere que una na- APLICACION.

turalaleza benéfica, ó mas bien, el Autor de todo don excelente, ha hecho á nuestra alma sensible, enriqueciéndola con una facultad natural, social y activa que es uno de sus mas preciosos ornamentos.

Y ¿dexarémós debilitarse con su inaccion este poderoso resorte? ¿ó nos atormentarémós con sus movimientos desarreglados? ¿É inutilizarémós, amados oyentes, inutilizarémós sus efectos, pudiendo emplear toda su potencia en nuestra felicidad?

Nacemos sensibles: pero ¿de dónde, sino del abuso de nuestra sensibilidad, quando no está dirigida por ninguna luz, ni contenida en justos límites, de donde ha nacido esta máxîma, ignominia de nuestra razon: que un alma sensible es un don funesto de la naturaleza?

Nacemos sensibles: mas ¿por

ventura es para que nuestras pasiones sean mas violentas, nuestra vanidad mas irritable, nuestros resentimientos mas vivos, nuestros enojos mas duraderos, nuestras venganzas mas impetuosas y crueles?

Nacemos sensibles: pero ¿quántos no sienten á favor de los infelices mas de una avara compasion? ¿quántos se contentan con vanos suspiros, con estériles emociones? ¿quántos, que son á manera de aguas muertas que caen sin efecto sobre sí misma?

Nacemos sensibles: ¿y quántos piensan tambien que han satisfecho á sus sentimientos naturales, quando no tienen que echarse en cara ninguna crueldad? ¿quándo han producido algunos rasgos comunes de humanidad, tales que no podian dexarlos de hacer sin notoria barbarie: algunas obras, de que no les

cabe parte alguna ni al zelo del bien, ni á la grandeza de alma, ni al sacrificio mas leve?

¡Qué! ¡los paganos, que caminaban por la senda de la virtud alumbrados solo de una luz incierta, y arrastrados por los meros movimientos de su propio corazon, han transmitido á las almas sensibles monumentos preciosos de haberse consagrado en un todo á la felicidad de los hombres! ¡Los paganos se amaban en sus próximos, se amaban en sus ciudadanos, se amaban en su patria, se amaban en los trabajos que pasaban por ella! ¡Y nosotros, discípulos de un maestro que se sacrificó por hacernos felices; de un maestro, cuya alma es toda ternura, cuya vida toda caridad; y nosotros, hijos de una Religion que no predica sino la abnegacion de sí mismo, el desinterés, el amor, los sacrificios;

nosotros hemos de cederles la palma á los infieles! Solos los sentimientos de la naturaleza, los hicieron héroes; ¡y todos los motivos de la religion no han de poder hacernos hombres!

¡ Ah! seamos humanos; y todo quanto pertenece al hombre, inspírenos tierno interes. Seamos cristianos; la religion es la fuente de la caridad, y el hombre mas religioso es tambien el mas sensible. Seamos cristianos; é inflámenos el exemplo de *Jesucristo*, y nada nos parezca difícil de quanto pueda contribuir al bien de nuestros hermanos.

¡ Quántos vierten en secreto amargas lágrimas, que para alivio de su congoxa no querrian otra cosa que mezclarlas con las nuestras! ¡ Qué de *Lázaros* yacen en la tumba, ya de la miseria, ya del duelo y de la afliccion, y que para resu-

·citar , digámoslo así , no han me-
·nester mas que una voz como aque-
·lla: *Lázaro , sal afuera!*

·Y tú , pobre indigente , ahí tien-
·nes con que salir de penas y de mi-
·seria. Tú , el que estás padeciendo,
·en el cuerpo ú en el alma , males
·irremediables , á lo ménos te los
·conllevaré con la compasion, te ali-
·viaré con mis lagrimas , invocaré en
·tu favor al Padre de las misericor-
·dias , y no en valde para tí me ha-
·brá dado el cielo un corazon sen-
·sible.

·Ó si por desgracia , amados fie-
·les de mi alma , un amor propio des-
·mesurado ahoga en nosotros estos
·benéficos sentimientos de humani-
·dad ; si el exemplo de un maestro
·que no respira sino para la felicidad
·de los hombres , no puede vencer
·en favor de ellos nuestra indiferen-
·cia , implorémos para nosotros la

virtud eficaz de nuestro divino Redentor; aquella virtud misericordiosa que levanta los muertos de la tumba, por si puede sonar en el fondo de nuestros corazones la voz poderosa que dió á *Lázaro* la vida: *Sal afuera.*

¡Alma aletargada! *sal* de esa insensibilidad funesta, tumba de las virtudes, muerte de tí misma: dexa esos frios despojos; rompe esas pesadas cadenas que impiden el vuelo de tu caridad. *Sal afuera*: regocija á tus próximos, á tus amigos, á la Iglesia, al mismo cielo, con tu resurrección á las buenas obras; y plegue al Señor que este regresó á la vida cristiana sea para tí presagio de una vida eterna y bienaventurada! *Amen.*



SERMON V.

SOBRE EL RESPETO DEBIDO

A LA VEJEZ.



Levántate delante de las canas, y honra la persona del anciano. Levit. cap. xix, vers. 32.

EXÓRDIO.

No sé qué secreta afición merecen al espíritu humano las ideas de edad, revoluciones, tiempo, duración, que se complace en ellas, como si de ese modo ensanchase los límites de su existencia. De aquí, amados oyentes, aquel particular aprecio que la imaginación hace de las cosas antiguas, y aquella especie de culto supersticioso que tributa á los monumentos del arte que se han salvado de la injuria de los tiempos. Admi-

racion á las veces tan frívola en su objeto , como estéril en consecuencias , y que no trae ninguna ventaja á las buenas costumbres.

Dexemos esos monumentos insensibles, esa pueril estimacion, esas preocupaciones vanas. La mano del tiempo nos señala objetos dignos de respeto en el seno de la sociedad, entre los mismos hombres; y la Religion consagra hoy estos afectos por nuestra boca , diciendo : *Levántate delante de las canas , y honra la persona del anciano.* Isai. XLIX , 7.

¿Será ilusion de mi fantasía el presumir , al escuchar estas suaves palabras , haber sentido cierta emocion allá en vuestro ánimo ? Feliz presagio de la atencion que prestareis á la materia importante que ofrecen á nuestra consideracion! Plegue al cielo que nuestras reflexiones, edificando á todas las edades , ins-

truyan especialmente al mancebo, alborocen al anciano, y siembren algunas flores al rededor de su tumba. *Amen.*

I.^a PARTE.

Precepto positivo, emanado de Dios, era el respeto que los antiguos Judíos tenían á la vejez, el qual constituia parte de las leyes civiles y religiosas, que sancionadas todas igualmente por el Legislador Supremo, estaban mezcladas en su código nacional. Por cuya causa principalísima se comprehendia en él una demostracion pública de este respeto, para hacer así sensible, y mantener la execucion de la ley que le prescribia.

Aunque los signos por medio de los quales significan los hombres los sentimientos de su ánimo, varian al tenor de los usos y costumbres, sin embargo, en casi todas las naciones,

levantarse al llegar alguno, es darle muestras de distincion y acatamiento. Así queriendo *Isaiás* encarecer la grandeza futura del Mesías : los Reyes, escribe, le verán, y se levantarán. Y *Job* no cree poder pintar mejor su primitiva gloria, que diciendo : *T los ancianos, levantándose al verme, se quedaban en pie.* Isai. XLIX, 7. Job. XXIIX, 2.

El mismo uso está igualmente establecido entre nosotros en favor de los que se han hecho dignos de particular consideracion : obsequio que á los Judíos mandaba la ley rendir á las personas abanzadas en edad, comprehendiendo sin duda baxo esta señal de respeto, todos los actos exteriores que pueden servir para significarle.

Este precepto era universal: todos los individuos debian observarle; todos los ancianos eran su objeto. Ni lo obscuro del linage, ni lo

humilde de su estado , ni la pobreza... eran parte á negarles este respeto prescrito por la ley ; como ni lo esclarecido del nacimiento , ni la opulencia , ni la grandeza eran en ninguna persona título que le dispensase de él. Todos los pretextos de la vanidad confundia el expreso precepto de la ley , y una misma obligacion imponia á todos el Padre comun del linage humano.

Léjos de vosotros , fieles míos, la idea de que con ese precepto tal vez se recomendaria solo una vana ceremonia , un estilo insignificativo, en el qual puede el corazon dispensarse de tomar parte. Bien al contrario , la sensibilidad es la que quiere con eso la religion excitar y poner en movimiento. Notemos las palabras de nuestro tema ; y hallaremos no solo expresa la exterior atencion que exige de nosotros el respeto del vie-

jo , *levántate delante de las canas*, sino tambien , la veneracion interior que debe ser su principal objeto, y *honra la persona del anciano*.

Con efecto, como el fundamento de este precepto sea de todos los tiempos y todos los lugares , está obligado cada uno de nosotros á seguir su espíritu y arreglar á él su conducta. Todo quanto el decoro de las costumbres públicas exige de hombre a hombre, todo lo que puede dictarnos la urbanidad, debemos observarlo en todo trance y con diligente esmero respeto á las personas avanzadas en edad. Fuere su clase , sea la nuestra la que fuese , todas deben infundirnos cierto respeto , y á todas debemos estar dispuestos á manifestársele.

Pero especialmente quando un anciano se ha dado á conocer por la honradez é integridad de su vida,

por la práctica constante de aquellas virtudes que son respetables en todas las edades ; quando el estado ú la Iglesia le han visto consagrar sus dias al esplendor de la Religión, á la conservacion del órden , á la prosperidad pública ; quando se ha distinguido por medio de superiores conocimientos, ilustres acciones, útiles talentos ; en una palabra , quando ha honrado de qualquier manera á la patria ó á la humanidad, ¡oh ! entónces , jóvenes , cumplid con él este noble precepto de la ley divina : *levántaos delante de sus caras*; anuncie todo en vosotros el respeto de que os penetrais á su vista; rejuveneced su vejez con vuestro homenaje ; y sed causa de que se felicite de ver que se le cuenta todavía entre los hombres.

Pero , ademas de observar esas públicas atenciones que la misma po-

lítica nos impone , hay otras particulares y domésticas , aun mas importantes , de las quales deben ser principal objeto los ancianos con quienes tenemos alguna especie de conexi6n.

La vejez suele verse desvalida. Como el mundo ama el deleyte , y casi no busca mas que á quien le divierte , el viejo de quien huyen la alegría , la ligereza y las gracias , ve que al paso que ellas , le va desamparando el mundo : allá en la flor de su vida le dispensaba la sociedad con mano franca sus delicias ; y en sus últimos dias le dexa descaecer en la tristeza y soledad.

Consagrarle ent6nces algunas horas desocupadas , algunos de aquellos momentos que en el mundo se llaman ratos perdidos , cuyo empleo seria muy loable ; conversar con él , comunicarle lo que pasa

para que deseche el tédio, y cautivar su atencion, son cuidados de un alma noble y oficiosa, que dimanar de aquella atencion y acatamiento á que estamos obligados para con ellos.

En la vejez la facultades intelectuales participan de la torpeza y debilidad del cuerpo. La memoria flaquea; el entendimiento se embota; la lengua titubea. Guardémonos entonces de dar á entender al viejo lo que el peso de los años pueda dar á su trato de cansado y molesto. Ni le muestre nuestra impaciencia para con él ninguna palabra ménos comedida, ningun tono desabrido, ningun ademan desatento. Antes por el contrario, debemos conllevarle con afabilidad; tener condescendencia con su flaqueza; ayudarle en las dificultades que padezca á causa de su naturaleza quebrantada; escucharle

con tal agrado que le quede lisonjeadó : y de esta suerte le evitaremos la pesadumbre que le pudiera causar el conocimiento muy claro de su decadencia.

Los viejos desconfían de sí propios. Ganémoslos, pues, su confianza ; animémosles ; ahuyentémos de su alma la amarga idea de que se hace poca estima de ellos ; consultémosles en los asuntos que nos interesan , haciendo que les quepa parte hasta de nuestros placeres ; contemporicemos en nuestros negociados con sus inclinaciones , sus conveniencias , sus comodidades ; y si menester es para su felicidad , hagamos sacrificios por ellos y suframos impertinencias , cuya compensacion y premio no debemos ir á buscar mas léjos.

Un buen exemplo de esto teneis en la persona de *Ruth*. Para esta Ruth. 1, 15, 17. virtuosa jóven no es la edad de la

triste *Noëmi* su madrastra , sino nueva razon para no abandonarla, teniéndose por dichosa en participar de sus desdichas y contribuir á minorarlas.

La vejez tiene por compañeras á las enfermedades y achaques , los quales aumentando las necesidades, traen no pocas veces consigo la miseria. ¡ Oh! entónces sí , que el respeto á la edad recibe un carácter eficaz de compasion y beneficencia: entónces sí que nos manda aplicar con preferencia los auxilios de la caridad.

Pero los hay tan penosos , tan amargos, digámoslo así, para el que los recibe , como pudieran serle sus mismas necesidades, quando dándolos como con mezquina repugnancia , parece que les ponemos , y pedimos precio. ¡ Ah! quanto mas sujetos á nosotros se ven los ancianos,

mas debe obligarnos la delicadeza á endulzar , con con el zelo oficioso de nuestros servicios , quanto tenga de amarga tal dependencia.

Mas si estamos sujetos á las obligaciones sobredichas para con los viejos con quienes nos hallamos en alguna manera conexiõnados, ¿qué será si les debemos el sér ? En tal caso todo se reune en su favor: la naturaleza nos habla por ellos por dos lados; nuestras obligaciones ya son sagradas , y crímenes nuestras faltas. En esta íntima relacion en que la solitud y respetos son mas á propósito para labrar su felicidad , es tambien mas fácil acibarar sus dias.

Pues ;quánto no deben esmerarse los que les están ligados con los vínculos de la sangre, quánto no deben esmerarse, especialmente en evitar con una conducta irreprehensi-

Gen. XLIV, 31,
34.

ble, todo lo que pudiera afligirlos, y noseñar de amargura sus momentos postrimeros! Tal era la piedad filial de Judá, hijo de Jacob: *No sea yo testigo, decia, de la calamidad que ha de oprimir á mi padre; ni vea que sus siervos llevan con dolor sus canas al sepulcro.*

Últimamente, si el anciano se hiciese en algun modo reprehensible, entónces, como son cosas mas antiguas y respetables que él la justicia y la verdad, es lícita en desagravio de estas la correccion; pero, cuenta que nada tenga de ofensiva ni de austera.

Job xxxii, 6.7.

Heliu defendia contra Job la causa de Dios; y sin embargo ¿de qué indulgente reserva no usaba con él? *Soy jóven en edad, y vos mas anciano; por tanto, baxando mi cabeza, he tenido recelo de explicaros mi dictámen, esperando á que hablase la*

edad mas provecta , y los años enseñasen sabiduría. Veáse á San Pablo, como templa en el pasage siguiente la vehemencia ordinaria con que animaba sus censuras : No increpes al anciano , dice á su discípulo Timoteo ; mas exhórtale como á padre : á las ancianas como á madres.

Tim. v , i.

Tales son , amados oyentes míos , las consideraciones de urbanidad y deber , comprehendidas á mi juicio en el excelente precepto que explicamos: *Levántate delante de las canas , y honra la persona del anciano.* ¿Qué motivos nos deben impeler á la práctica de esta obligación ? Esto es lo que vamos á examinar en la segunda parte de mi discurso.

No se crea que la virtud que hoy predicamos fué particular á la nacion *Judia*, y que se necesitó todo

II. PARTE.

el sello de la divinidad para consagrarla entre los hombres. La naturaleza, que en todas partes es la misma, en este punto habla siempre uniformemente. Así, en casi todas las naciones cultas está el respeto á la vejez en el número de las obligaciones principales.

Los *Egipcios*, no ménos célebres por sus discretas instituciones, que por su alta antigüedad; los *Lacedemonios*, reputados los mas virtuosos de entre los Griegos; y los *Romanos* legisladores del universo mundo, todos estos pueblos tenian especial veneracion á los ancianos. La opcion á todos los empleos públicos y privados estaba en su mano, y sola su presencia inspiraba circunspeccion y respeto.

En aquellas sociedades, tan bien regidas, la edad era la que conferia la primacia. Los ancianos de la na-

cion eran tenidos en concepto de Xefes naturales , y en ellos residia casi todo el poder. Honrar á los viejos era allí respetar las leyes , las costumbres y el buen órden ; quebrantarlas , era ofender á la sociedad y á la naturaleza juntamente.

Como estos privilegios concedidos á la edad aumentaban la autoridad paterna , cada familia era una república bien ordenada , y las costumbres privadas mantenian á las costumbres públicas. *De este modo,* dice un sabio , *se contienen en su deber el jóven y el anciano : el jóven por el respeto al anciano , el anciano por el respeto á sí mismo.* Y aun podemos decir que los pueblos antiguos debieron en parte á esta santa observancia aquel espíritu de cordura y subordinacion que labró su prosperidad y su gloria.

Ni es esta, fieles mios , una ve-

neracion gratuita y de convencion. Si la ha consagrado el uso de las naciones , ha sido porque una razon universal es su principio. Porque á la verdad ¿dónde está como de asiento la sabiduría ? ¿ dónde la ciencia de las verdades útiles ? ¿ dónde la prudencia en los negocios ? ¿ dónde la discrecion ? ¿dónde el justo aprecio de las cosas de este mundo ? ¿No es este el privilegio de la vejez , y el tesoro que han acaudalado con los años ? *En los ancianos está la sabiduría , dice la sagrada Escritura , y en la larga edad la prudencia.*

Job XII, 12.

De aquí , las exhortaciones frecuentes que nos dirige para que busquemos su comercio , consultemos su discrecion , y tomemos por guia sus dictámenes. De aquí , el exemplo que nos pone en aquel desastrado Príncipe , que cerrando los oidos á los consejos de los sabios ancianos

por escuchar los de la loca juventud, agravó el yugo á su pueblo , y vió rebelarse contra él las diez tribus.

En este presupuesto ; cuánta estimacion no deberémos hacer de aquellos hombres instruidos en la escuela del escarmiento ; de aquellos ancianos en quienes á par de los años parece que andan las apreciables calidades que son frutos de ellos ! Por qué ; para quién hemos de reservar sino nuestros respetos ? ¿ Por ventura , para la ilustre sangre , para la riqueza , para los títulos , para las dignidades ?

¡ Oh ! y como infunde veneracion y mesura aun á la misma frivolidad el aspecto de un anciano, aunque no se le mire sino como desprendido ya de la falsa pompa que nos seduce ; que ha visto de cerca la nonada de las ilusiones y vanidades mundanas ; que con los

años ha abierto los ojos , y ha pesado en fiel balanza los bienes y los males de la vida humana ! ; Y qu n digno de menosprecio es   mis ojos el que no hace alarde de tributarle homenaje !

Mas aun quando no estuviésemos en estado de apreciar las relevantes calidades que la edad supone, para tributar una tierna veneracion   la vejez   qué se necesita mas que tener ojos , y una chispa de sensibilidad ? Escapados en alguna manera de la guadaña del tiempo ,   qué pocos viejos pueden decir lo que el

Jos. XIV, 10, 11.

compañero de Josué: *Hoy tengo ochenta y cinco años con tan robusta salud como tenia en la flor de mi edad!*

Deut. XXXIV.

7.

  Qué raros son aquellos de quienes qual de otro *Moyses*, despues de una dilatada vida, se pueda repetir: *No se ofusc  su vista , ni se movieron sus dientes!*

Y por el contrario ¡quántos *Bar-silais* que al sentir su triste decadencia exclaman : *¿Puedo distinguir lo dulce de lo amargo ? ¿puedo paladear los manjares que cómo ? ¿puede regalarme el oído la voz de los cantores ?* Los ojos casi muertos que no ven sino por entre una nube ; los sentidos embotados que en nada hallan placer ; los miembros torpes , el cuerpo bambaleante, una triste confusión de vida y muerte ; he aquí el lastimoso espectáculo que suele ofrecer la vejez , que como próxima víctima de la muerte, anda ya agoviada baxo sus pesadas cadenas.

II. Reg. XIX.
35.

Y ¿no son bastantes estos males de la edad sin que se les junten los del abandono y aun los del menosprecio ? Quando la naturaleza niega sus favores al hombre , le dexa siquiera para su alivio la tierna solicitud y conmiseración de sus semejantes:

pero si sus semejantes le abandonan, entónces ¿qué le queda? Nada, fieles mios, nada mas que el dolor de haber vivido tanto y la impaciencia de morir. ¡O Providencia! dice él para consigo; termina estos largos dias que señalaste por recompensa á la calma de las pasiones, á la templanza y á la cordura; pues que por la dureza de los hombres, este que es galardón de la virtud, se convierte en su mas dura prueba.

Y si todavía no es bastante esta voz poderosa de la humanidad, muévanos á lo ménos una justa reflexiõn sobre nosotros mismos. ¿Ese anciano no fué lo que nosotros somos? y lo que él es, ¿no lo serémos por necesidad nosotros mañana? ¡Ó tú! el que vives ahora confiado en tu juventud, en tu hermosura, ó en tus brios; contempla ese viejo; esa es la imágen que la natu-

raleza te pone á la vista : cada dia va insensiblemente dándote algun rasgo de semejanza á ella, hasta que por último la semejanza sea perfecta ; si ya no es que acaso algun dia te ves mas decaido que él, mas desfigurado, mas cachacoso. Entónces reclamarás (y en vano !) para tí, lo que en el dia le niega tu indiferencia, y una juventud indisciplinada y desdeñosa te pagará con usura tu inconsideracion y tus desprecios.

Por tanto, no honrar debidamente á la vejez es degradarnos para en lo por venir ; es provocar á los otros con nuestro exemplo á que no nos honren en ninguna manera. *No desprecies al hombre en su vejez,* decia á este propósito el hijo de Sirac ; *porque de nosotros son los que envejecen.*

Eccli. VIII, 7.

Mas sobre todo, ese viejo que os toca tan de cerca, ese viejo con quien teneis que vivir, ha consumi-

do sus años y fuerzas , á vuestros mismos ojos , para sostener la familia de que sois miembros. ¡Oh! ciertamente los respetos públicos que para él reclamamos, son una deuda que ha contraído la sociedad ; un tratamiento honroso que debe á los inválidos que se retiran de su servicio , señalados con las cicatrices que imprime la edad. Pues vosotros ; qué no les debeis con mas justo título ! vosotros sus allegados, sus hijos mismos , vosotros que le habeis visto encanecer en las faenas de que estais cogiendo el fruto ! ; Qué de veces no se vió vuestra cuna regada con las lágrimas de su ternura ! Crece , hijo mio , decia, crece para tu felicidad y para la nuestra. Y desde entónces su esmero y solicitud para con vosotros ha correspondido á estas afectuosas palabras. ¡Y le abandonaréis ahora que

nada puede por sí; ahora que no tiene mas apoyo que vosotros!

En ninguna manera. Si él fué el bienhechor de vuestra juventud, sed vosotros el consuelo de sus últimos dias: sea testimonio de vuestra piedad filial una justa y respetuosa condescendencia á sus voluntades. Mirad, qual pagan vuestro zelo sus tiernos afectos; los tiernos afectos, el apacible contento que renovais en su alma: su corazon consumido con los años, se dilata y palpita todavía grato y cariñoso: la mano paternal os está alargando; venid á recibid las muestras de su amor, venid á recibir sus bendiciones.

Si hoy descuidais estos deberes sagrados, mañana puede que sea muy tarde para cumplir con ellos: mañana, un inútil sentimiento vengará en vuestro ingrato corazon á la naturaleza y la humanidad ultraja-

das, y el dulce nombre de padre no se presentará á vuestra memoria sino acompañado de arrepentimiento y amargura.

Así, amados oyentes míos, esa falta de atención para con la edad, esa irreverencia son reputadas en la Escritura por un ultrage hecho á la naturaleza humana, y prueba infalible, en un pueblo, de costumbres frívolas, bárbaras ó licenciosas. Para profetizar *Isaías* los desarreglos de *Judá*, no ha menester mas que este rasgo: *Se levantará*, dice el Santo Profeta, *se levantará el jóven contra el viejo*. Ved el azote con que amaga Dios á su pueblo ingrato y rebelde: *Traerá el Señor sobre tí una gente muy osada que no respetará al anciano*. Y es tal la proteccion con que Dios los honra, que amenazó con su total olvido á los que los desamparan. *El Señor apartará de ellos su semblan-*

Is. III, 5.

Deut. XXVIII.
30.

Lam. IV, 16.

te , dice un Profeta , por que no han tenido commiseracion de la vejez.

Todo , pues , confirma nuestro precepto : exemplo de los pueblos antiguos , mantenimiento de las buenas costumbres , aprecio de graves y relevantes calidades , humanidad , reconocimiento , consideracion hácia nosotros mismos , autoridad divina , todo nos llama á la práctica de este deber: *Levántate delante de las canas y honra la persona del anciano.*

Cuenta la historia que habiendo llegado tarde á los juegos Olímpicos un anciano de *Atenas* , como anduviese de aquí para allí sin saber donde sentarse , y sus compatriotas le viesen sin hacer caso , luego que los Embaxadores de *Lacedemonia* le percibiéron , se levantáron y le hicieron sentar en su lugar. Prorrumpiéron al momento en vivas y aclama-

APLICACION.

ciones los expectadores ; y entónces el viejo fuera de sí , exclamó ! *Ateniense ! Atenienses ! vosotros sabeis lo que se debe hacer ; pero los Lacedemonios hacen lo que deben.*

Otro tanto casi pudiera yo ahora deciros , fieles míos. Sabeis lo que se debe hacer : sabeis quan venerable es el carácter de la vejez ; admirais el divino precepto que le recomienda ; y no ignorais las muchas razones que os obligan á su cumplimiento. Y con todo ; os contentais con aplaudir á los que le observan , cuidando poco ú nada de dar vosotros el exemplo!

¡Quán pocos hay entre nosotros que tributen á las personas avanzadas en edad aquellas señales exteriores de atencion y respeto , tan conformes con el decoro , como con la naturaleza ! ¿Vemos que los mancebos depongan en su presencia aque-

lla presuntuosa satisfaccion , achaque de su edad , para mostrarse en sus palabras y obras llenos de modestia , circunspeccion y deferencia? ¿Dónde están aquellos que aun en los asuntos domésticos de menor monta gastan con los ancianos atenciones acomodadas á su carácter , á su posicion , á sus achaques , á sus necesidades ?

Pero ¿qué digo? ¡ó ignominia de la sociedad! ¡oprobrio de la humanidad entera! ¿No hemos visto hijos desnaturalizados , unos desconocer , ofuscados con no sé que casual y fugitivo brillo de fortuna , á los ancianos humildes y virtuosos que les dieron el sér? ¿otros , devorando ántes con ántes una herencia que tarda demasiado para sus impacientes anhelos , contar los dias de un padre con parricida impaciencia? ¿otros , que léjos de

regocijar su vejez con un porte decente y respetuoso, colman de amargura los últimos días de su vida, y asíéndole, digámoslo así, de sus canas, le arrastran por el camino de la ignominia y de la tribulacion hasta llevarle á la sepultura?... Penetrado de horror y lástima, no puedo pasar adelante, cristianos oyentes.

Pues si preguntais qual puede ser la causa de ese tan comun descomedimiento para con la vejez, os la pondré delante de los ojos en la absoluta oposicion que hay entre el espíritu de las costumbres dominantes y la práctica de un deber tan santo.

El respeto á las canas supone la estimacion de las prendas graves y sólidas que las distinguen. Y ¿no mostramos nosotros una declarada predileccion á las exterioridades bri-

llantes , á las qualidades ligeras , á los talentos frívolos ? El respeto á las canas supone una escrupulosa observancia de las leyes de la buena política y civilidad , y el hábito de reprimir en nosotros quanto pueda perjudicarlas. Y el amor del deleyte y del pasatiempo , ¿ no es en nosotros una pasion dominante que tiene declarada guerra á quanto pueda coartarnos , ú violentarnos ? El respeto á las canas supone que la educacion doméstica va amoldando al jóven desde la cuna á las leyes inviolables de la subordinacion social. ¿ Y no es la autoridad paterna el primer freno que empieza á romper ? ¿ no se acostumbra desde luego á menospreciar en sus deudos lo que hay de mas augusto y venerable en las canas y en la razon ?

Pues ¿ qué dirémos , fieles míos , de aquellas instituciones decantadas

en el mundo como una escuela pública de urbanidad y de buenas costumbres ; como un liceo donde la juventud tiene sus cursos de una y otras ; donde los ingenios mas felices se disputan la palma de poner en accion la sana moral y hacer que hasta el mismo deleyte sirva á la virtud ; y donde á pesar de todo eso se consuma la ruina de los sentimientos respetuosos que predicamos? es decir los teatros.

la Pero sería envilecer la religion comparar aquí su moral pura é indulgente con la de aquellos peligrosos doctores que no saben dar lecciones de virtud , sino entretienen á la malicia humana zahiriendo mordaces los resabios y vicios del corazon humano. Y así , conteniéndonos en los límites de nuestro discurso , nos ceñiremos á la reflexion siguiente : que para perfeccion y lus-

tre de la sociedad debemos poner la mayor diligencia en dar á las costumbres públicas el mayor decoro y dignidad. Ahora bien , la veneracion á la edad avanzada ha sido tenida siempre , no solo por indicio de ese carácter de sabiduría en un pueblo , sino por uno de los medios mas eficaces de dársele.

Juntemos , pues , aquí las instancias de la sociedad al grito de la religion y de la naturaleza ; y que todo padre de familia , todo maestro público ú particular inculque estos sentimientos á la juventud. Y guarde cada uno de nosotros, como uno de los medios mas seguros de mantener el órden público, este mandamiento de Dios á su pueblo: *Levántate delante de las canas , y honra la persona del anciano.*

Pero , como los deberes de la sociedad sean recíprocos , tambien

tienen los ancianos sus atenciones que guardar , sus obligaciones que cumplir. Y aquí , amados oyentes, atándome la lengua el mismo respeto que reclamo para ellos , no podría continuar esta parte de mi discurso , si hubiese de hablar de mi propio fondo , y no esperase de la autoridad de las Divinas Escrituras todo el peso de las exhortaciones que me resta haceros.

Osarémos pues ¡ó ancianos! deciros con Salomon : *Si las canas son una corona de honor , esta solo se alcanza en el sendero de la justicia.* Os recordarémos aquel precepto de San Pablo: *Sean los ancianos sobrios, graves , prudentes , santos en la fe , en la caridad y en la paciencia.* De donde concluiréis con nosotros que para grangearos el respeto de los demás , debeis comenzar por respetaros á vosotros mismos.

Y ¿ cómo os respetareis á vosotros mismos, si exâsperandoos contra las leyes de la providencia, é interpretando siniestramente vuestros propios intereses, en lugar de la resignacion y conformidad que tanto habeis menester, está poseido vuestro corazon del descontento, de la avaricia, del humor displicente y tedioso; grave carga para los demas, cuyo peso recae sobre vosotros?

¿Cómo os respetareis á vosotros mismos, si os mostrais mas solícitos de dominar á los que os rodean, con la autoridad de los años, que con el honroso credito de la ciencia y de la razon? ¿si quereis dar á los otros vuestras opiniones como leyes, y tiranizais á la juventud, y despreciais en su boca hasta la misma verdad, sin considerar que la ignorancia y las preocupaciones suelen acompañar algunas veces á la vejez,

Sap. IV. 8, 9.

como la madurez de la razon y del juicio á los pocos años , segun aquel dicho de la Sabiduría : *La vejez venerable no es la computada por número de años , pues las canas del hombre son sus sentimientos.*

¿Cómo os respetareis á vosotros mismos , si por el contraste mas chocante concurren en vosotros con todas las señales de la caduquez las frívolas inclinaciones de la adolescencia ? ¿ si renunciáis á todo lo que constituye la dignidad de vuestras canas para afectar vanos atavios que desdicen de vosotros , y para daros tanto mas al mundo , quanto mas á punto estais de partir para el otro ?

Y sobre todo ¿ cómo os respetareis á vosotros mismos , si dais á los demas (con harta pena prosigo) si dais á los demas exemplo de malas costumbres ; si vuestros labios respi-

ran licencia ó irreligion ; si arrastrais la cadena de algun hábito criminal hasta la orilla de la tumba?

¡ Ah ! léjos de qué sean entónces *las canas honra de los ancianos*, Prov. xx, 29. como dice el Sabio , son su oprobrio ; porque , si bien hacen á la virtud mas venerable y magestuosa, nunca se muestra el vicio mas feo y aborrecible que en la persona del viejo : por todas partes da en rostro, aflige y causa horror , como pudiera la profanacion de un lugar sagrado cuya santidad debe ser inviolable.

Pero al contrario , ¡ qué espectáculo mas edificante que el de un hombre , cuya apacible vejez, semejante á los últimos rayos de un dia sereno , retrata la pureza de toda su vida : en quien se ve que á *proporcion que el hombre exterior decae , se renueva el hombre interior* : cuya re-

ligion se enriquece con todas las pérdidas y menoscabos de la naturaleza; y que llega así al término de su larga carrera, coronado de virtudes, sostenido por la piedad, y acompañado del respeto de los hombres!

¡Plegue á Dios, ancianos oyentes, que todavía os mostreis mas respetables por la santidad que por lo largo de vuestra vida! ¡Plegue á Dios que los mancebos, honrándoos, se instruyan con vuestro exemplo en las virtudes cuyo galardón es una buena vejez! ¡Y plegue á Dios, amados fieles míos, que cumpliendo cada uno de nosotros con los deberes de su estado y de su edad, á qualquier hora que el Señor le llame, esté apronto para la eternidad!

Amen.

SERMON VI.
SOBRE LAS VENTAJAS
DE LA MEDIANÍA.

Mendiguez ni riquezas no me des, Señor : dame solo lo necesario para mi sustento. No sea que hallándome harto , me tienta á negarte y diga: ¿Quién es el Señor? Ó acosado de la necesidad , hurte y perjure el nombre de mi Dios. Prov. cap. xxx, vers. 8 , 9.

Entre los infinitos errores de los hombres es uno , y no el ménos comun , el separar la filosofía de la religion , dando á cada una de ellas sus discípulos y haciendo distincion entre sus máximas. Si por filosofía se entendiera la llamada Epicúrea

EXORDIO.

que no estima sino los bienes mundanos y solo busca sus livianos deleytes , ó la Estoyca que no inspira al hombre mas que tristeza , menospreciando impasible hasta sus necesidades , con razon lo creerian; porque no obra así la religion, amados fieles mios. Mas si se habla de una filosofía racional, dulce , prudente, moderada ; de una filosofía amiga del hombre , y que teniéndole en arma contra sus pasiones , se presta á lo que de él exíge naturaleza, esta filosofía , léjos de repugnar á la religion , no es otra cosa que la religion misma.

Exhortacion
201 Venid, cristianos oyentes , para convenceros de esta verdad , á meditar con nosotros las palabras de nuestro texto : palabras admirables, con que la piedad mas acendrada consagra los votos de la mas alta sabiduría, y con las cuales la religion, la

naturaleza y la experiencia reúnen sus lecciones para bien del linage humano.

Si queremos calar el sentido de estas palabras , entremos en el espíritu de *Águr* que las pronunció , y revistámonos de los afectos que le animaban , quando enderezó á Dios su santa oracion.

Verémos en él (1°) un hombre no tan solamente convencido de una Providencia , y que la invoca , sino que formando de ella justa idea, arregla consiguiente sus votos: *Mendiguez ni riquezas no me des, mi Dios.* (2°) Un hombre de una razon sólida y esclarecida, que deseando conciliar en esta vida la sabiduría con la felicidad, pide á Dios que le mantenga en el estado mas á propósito para el logro de sus deseos. *Mendiguez ni riquezas no me des: dame solo lo necesario para mi sustento.* (3°) Un

hombre , en fin , animado de una prudencia religiosa , que apoya su peticion en santísimas razones : *No sea que hallándome harto , me tiente á negarte y diga : ¿ Quién es el Señor ? Ó acosado de la necesidad , hurte y perjure el nombre de mi Dios.*

¡Qué materia tan importante, hermanos míos! El precepto instruye ; el afecto se insinúa ; el exemplo alienta ; en todo habla la verdad. Plegue á Dios que su luz penetre nuestros corazones , alumbre nuestros votos y nos dirija en nuestra conducta. *Amen.*

I. PUNTO.

¡Qué aspecto tan diverso presenta el mundo al hombre superficial que considera sus primeras apariencias , y al que se remonta al principio sublime que rige sus movimientos! El primero no ve en este suelo mas de una extraña complica-

cion de objetos, causas, efectos, circunstancias prósperas ó adversas; un tejido de sucesos previstos ú inopinados que se barajan de mil y mil modos, la mayor parte de los quales los determinan el interes, las pasiones y el capricho de los hombres, y que forman lo que estos llaman su *destino*; es decir, aquella mezcla de bienes y de males de que se compone la vida humana. En vez que el segundo, así como por entre las vicisitudes de la Naturaleza trasluce las leyes eternas con que Dios gobierna el mundo, igualmente en los sucesos humanos ve de claro en claro el brazo del Señor, enderezándolo todo á sus altos fines, y cumpliéndose su poderosa voluntad en medio del influxo de las pasiones humanas y de los pretendidos efectos de la casualidad.

Cierto es (¡lo confesamos con dolor!) que para los mas de los hombres es esta una verdad fria y estéril, una mera consideracion de su espíritu. En los casos comunes de la vida , paran gustosos la consideracion en las cosas de bulto, y todo lo achacan á las causas segundas. Que uno cayga en la adversidad: por su temeridad es (dicen), por su ignorancia , por su mala suerte. Que la prosperidad le favorezca : — por una feliz casualidad , por sus talentos, por la industria. De manera que el manejo y la industria humana son el objeto de nuestra atencion , y á nuestro juicio la causa primera de todo. Así es que decimos: abrazaré tal estado; procederé de este modo; tales y tales ventajas serán el fruto de mi diligencia. Ninguna cosa falta á nuestras medidas , si no es un sabio recurso á la asistencia del Sér

Supremo ; es decir , la medida mas importante , la principal prenda de nuestros aciertos. *No levanteis soberbios la cabeza* , dice el Psalmista ; *porque es Dios el que os ha de juzgar. Él es el que justamente abate al uno , y ensalza al otro.* Ps. LXXIV, 5,6.

Así , pues ¿ qué cosa mas justa y razonable , que hacer confidente de nuestros deseos á Dios que es árbitro de nuestro destino ? Y juntamente ¿ qué mas á propósito para purificar nuestros deseos y contenerlos en sus justos límites ? Dirigir al Eterno peticiones ambiciosas ó inconsideradas , sería ofender su sabiduría al mismo tiempo que imploramos su asistencia : sería imprimir á nuestras preces el carácter mas seguro de reprobacion.

Veamos á *Águr*. Este desea fixar su suerte en este mundo , á cuyo efecto no solo implora el favor divi-

nó , sino que la piedad que le anima , dirige su plegaria ; y al mismo tiempo que da gloria á Dios, dispensador de todas las cosas , rinde homenaje á su sabiduría. Comienza, pues por moderar sus votos, segun las santas leyes de la razon y de la naturaleza, y luego los ofrece al Señor , confiado en verlos patrocinados por su Providencia. ¡ *Dios mio!* dice ; tú que eres Señor de los hados, y cuya sola idea es un freno para nuestros vanos deseos ; ¡ *mi Dios!* mendiguez , ni riquezas no me des: dame solo lo necesario para mi sustento.

II. PUNTO.

Pues, si queremos ahora , fieles míos , formar completa idea de lo que constituye esta mendiguez y estas riquezas que *Águr* descarta igualmente de su oracion , es, ante todo, de notar que estos términos *riquezas*

y mendiguez no significan otra cosa sino la relacion entre nuestras necesidades y los medios de satisfacerlas: y como las necesidades varian casi al infinito segun la diferente posicion de los hombres en la sociedad, por tanto, no puede establecerse para todos una medida comun de bienes de fortuna.

Hay necesidades comunes á todos los hombres, porque están fundadas en la misma naturaleza humana, como son, el vestido, habitacion, alimento. No poder satisfacer estas primeras urgencias de la vida por sí mismo ú sin una extrema dificultad, es rigurosamente ser pobre. Pero hay otras de un orden inferior, que son particulares á algunos hombres, y nacen de la diferencia que hay entre ellos.

Diferencia en el estado del cuerpo, origen de diversidad en las ne-

cesidades. Lo que al hombre lleno de robustez le basta, dexa descaecer al enfermo: tal goza de una medianía de estado con la salud, que enfermo, está pobre.

Diferencia en la educacion, origen de diversidad en las necesidades. Un hombre á quien dió el ser la Providencia en el seno de las *riquezas*, acostumbrado desde la cuna al regalo y la pulcritud, no puede vivir como un hombre abandonado por sus padres á la naturaleza bruta y sin cultura. La vida animal es el pan quotidiano de este: aquel necesita tener una vida ménos ordinaria, mas dispendiosa.

Diferencia de estado, origen de diversidad en las necesidades. Un hombre de elevada clase que haya de vivir independiente y conciliarse el respeto público, tiene necesidades que no conocen los demas hombres.

Ya veis, amados oyentes, quanta diferencia induce en las necesidades la diversidad de circunstancias, y quanta tambien en la fortuna la diferencia de las mismas necesidades. Lo necesario á un hombre sano no es lo necesario de un hombre enfermo: lo de un simple artesano no es lo de un hombre de calidad, y así de los demas.

En cada una de estas particulares circunstancias, hay un estado de *medianía*, de *pobreza* y de *riquezas*, que les es propio. Es verdad que sus límites no estan señalados por la naturaleza, y que penden en parte del juicio incierto de nuestra razon. De aquí tanta arbitrariedad como hay en las opiniones sobre lo que constituye lo necesario. Las pasiones sobre todo, la ambicion, la sensualidad, la envidia, la avaricia ensanchan á su alvedrio estos límites.

Y así , no demos oídos á estos calificadores sospechosos de nuestras necesidades , para juzgar sanamente de lo que exígen las circunstancias de nuestro estado ; sino , ni aun lo supérfluo bastará para satisfacer lo que se nos querria vender por indispensable.

Al modo , pues , que en las necesidades verdaderas de la naturaleza , hay , digamoslo así , un necesario para satisfacerlas , le hay tambien en las verdaderas necesidades de cada estado. Poseerle , es gozar de aquella *medianía* , sobre ó por baxo de la qual empiezan , para todas las posiciones de la vida , las *riquezas* y la *pobreza*.

Previa esta explicacion , indispensable para fixar nuestras ideas en una materia á primer aspecto tan vaga , acerquémonos al punto de vista general de nuestro tema , y com-

prehenderémos baxo tres especies principales todos los estados de la vida humana. La de los *ricos*, que pueden hacer papel en el mundo con sus profusiones, su tren y su regalo. La de los *pobres*, que viven privados de toda conveniencia, luchando con las primeras necesidades de la vida. Y la de las personas que guardando un medio entre estos dos extremos, gozan en su estado de lo que se llama en el mundo un *buen-pasar*. Esta, verosímilmente, era la suerte del siervo del Señor, *Águr*, el qual pedia á Dios que *le diese solo lo necesario para su sustento*: es decir, que le mantuviese en la feliz *medianía* que disfrutaba. Y he aquí el voto que semejante situacion debe inspirar á todo hombre sensato. No porque en ella un trabajo regular, una actividad arreglada no puedan servir á la medra de sus haberes, pues

que estos , no hay duda , pueden acrecentarse con los mismos medios que se emplean en su conservacion. En tal caso , basta que el corazon y el espíritu se contengan en sus justos límites , y que á par de la hacienda no se muden las disposiciones interiores.

Tambien puede la *pobreza*, bien que triste y trabajosa de suyo , tambien puede estar en uno con el contentamiento del ánimo , quando el que la sufre es un hombre rico de piedad y fortaleza. De suerte que nuestra felicidad temporal mas depende de lo que nosotros somos, que no de las cosas que poseemos.

No he de negar , sin embargo, que basta ser hombre para temer los estragos de la *pobreza*. Para pedir á Dios todo quanto puede contribuir á hacernos dichosos, basta este amor de nosotros mismos , in-

herente á nuestra existencia. Mas exceder en nuestras solicitudes de esos límites , ansiar las *riquezas* , eso ya es desconocer nuestra propia condicion y formar equivocado concepto de la verdadera felicidad.

Á vosotros apelo sino , reliquias honorables de las costumbres antiguas , flor de los sabios , ¡ *Agures* de este siglo ! ¿ Qué justo deseo formais , que no podais satisfacer , y no esté acompañado de algun deleyte , aun en medio de la diligencia que pongais en su satisfaccion ? Y en los placeres que os son inasequibles , ¿ qué de razones no veis para no echarlos ménos ? Nuestros errores , nuestros vicios son los que transforman en necesidad las superfluidades no pocas veces perniciosas. Semejantes á aquellos menguados que visten tragas que no se ajustan ni á su cuerpo ni á su condicion , vestimos nuestra

existencia de mil cosas vanas á que nuestra razon no se acomoda sino á fuerza de estar pervertida.

Porque , pregunto : si viesemos en nosotros mismos mas que en otros ; si estimasemos las cosas por su justo valor y no por frívolas y falsas convenciones ; si no diesemos oídos á las pasiones , ni á los caprichos de la moda , ni á las prétensiones de la vanidad , ni á la falsa razon de estado , ni al imperio de la costumbre , ni al exemplo y falsas razones del mundo ; pregunto ¿qué ha menester el hombre para dar pasto á su naturaleza y vivir sosegadamente en la tierra ?

Su medida tiene nuestra facultad de gozar : así todo quanto excede de ella , redundando , y no sirve de nada para hacernos felices. *Teniendo con qué sustentarnos y con qué cubrirnos , contentémonos , dice S. Pablo.*

¿Qué mas haría para nuestra conservación la *opulencia*? Los opíparos banquetes ¿son mas propios para saciar nuestro apetito, para reparar nuestras fuerzas, para conservar nuestra salud? Los soberbios palacios, las ricas galas ¿nos ponen mas á cubierto de las injurias del ayre y de la intemperie de las estaciones? Pues, si hablamos de las necesidades del alma, ¿nos dan por ventura las *riquezas*, consoladores mas tiernos en las aficciones, asistentes mas solícitos en nuestras dolencias, y en una y otra fortuna amigos mas desinteresados, mas fieles, mas seguros? No por cierto; la Providencia no vende tan caros los verdaderos bienes: estos se compran á muy poca costa, y el mas desvalido los puede alcanzar. Sea, pues, esta la pauta de nuestros votos.

Mendiguez, ni riquezas no me

dés , ¡mi Dios! Dame solo lo necesario para mi sustento. Tú sabes lo que somos y lo que nos falta para ser dichosos ; y pues que nos diste necesidades , haz ahora que con el trabajo podamos siempre satisfacerlas ; pero así bien no nos concedas la funesta facultad de traspasar los acertados límites que las señalaste. Atempere tus beneficios á nuestra flaqueza. *Muy mucho* ú *muy poco* son dos peligrosos escollos : naveguemos siempre entre uno y otro. Como aseguremos una decente subsistencia hasta nuestra última hora ; satisfecha quedará nuestra ambicion , y bendeciremos tu Providencia.

Tal , cristianos oyentes , es el language de la sabiduría ; y el motivo de la piedad este : *No sea que hallándome harto , me tiene á negarte y diga : ¿Quién es el Señor? Ó acosado de la necesidad , hurte y perjure el nombre de mi Dios.*

¡Cuán digno de servir de ejemplo á todos los cristianos se muestra el bienaventurado *Águr* en la efusion de sus afectos! No se contenta con pedir el estado mas apacible en esta vida, el mas tranquilo, el mas feliz, sino el mas conforme al plan que se habia formado de una vida sin mancilla. Apartarse de la senda que le podia apartar de su Dios, he aquí su objeto principal; y si la *medianía* era, á su juicio, preferible á todo, era porque en ella encuentra ménos precipicios para su piedad, y mas apoyo para su inocencia.

¡Oh! y cuán pocos son los hombres que se parecen á tan bello modelo! Porque, si algunos aman, como es justo, la *medianía*, no es sino como puerto seguro contra las necesidades de la vida y de las consecuencias de la *pobreza*.

No hay duda que tiene sus temores legítimos la naturaleza. Sentirse instigado del hambre, y no tener con que matarla; sufrir la intemperie, y no hallar donde guarecerse; estar amagado de enfermedades; ver venir á mas andar los achaques de la vejez, y no saber de donde vendrá algun socorro; y verse ademas colmado de baldones, y blanco de la inconsideracion y menosprecio de los hombres, son verdaderamente no pocas razones para temer el estado que á tanto nos expone.

Mas sin embargo, no eran esos males de que tanto duelo haceis, ¡ó pobres que no pensais mas de en vuestra miseria! no eran esos males los que mas atribulaban el ánimo de *Águr*. Así, no dice á Dios: No sea que las necesidades me atosiguen; las enfermedades me aquexen; el

desprecio me humille. ¡Desapareced, miserias humanas! Hombre es *Águr*, pero religioso; y lo religioso prepondera en él sobre lo hombre. Teme ser pobre, sí; pero es porque tiembla el llegar á verse culpable: *No sea*, dice, *que acosado de la necesidad hurte*, y *perjure el nombre de mi Dios*. Ved aquí su justificación para con su juez: ved aquí su mas poderoso motivo, su mas vehemente recelo.

Desde el seno de la *medianía* en que vive, observa las numerosas vías que se le abren al *pobre* para la infidelidad; lo difícil que le es mantenerse siempre firme en el camino recto, y quantas ilusiones puede forjarse para discuparse á sus propios ojos de su caída. Todos los dias estaba viendo al hombre caer en tentaciones ménos fuertes: veia hasta á los favoritos de la fortuna sacrificar

á la codicia sus verdaderos intereses, su reputacion y su conciencia. Con mas razon , pues , se arma contra las siniestras sugerencias de la miseria. Teme quebrantar aquel mandamiento que dice á todo hombre: *No hurtarás*: teme hacerse reo ante los hombres , violando esta ley fundamental de las sociedades : teme hacerse reo ante Dios que ha hecho la ley , y se ha declarado vengador supremo de ella.

Еск. xx, 15.

Ps. xli, 8.

Y como ademas *un abismo llama á otro abismo*, cometido que haya un pecado capital, pierde el hombre el freno del pudor interior que le retenia , y familiarizándose con el pecado , corre de delito en delito , mayormente si espera cubrir uno con otro. Por tanto, *Águr* habiendo dicho : *No sea que acosado de la necesidad , hurte; añade; y perjure el nombre de mi Dios. Que á todo esto puede arrastrar el hurto.*

Un delito es este, reputado tan infame entre los hombres, que no hay atentado á que no se arrojen por eludir su acusacion. Se principia por la mentira; y para sostenerla, se acaba por el mas horrible de todos los crímenes, el perjurio. Así se ultraja la verdad hasta en el mismo Dios que es fuente de ella; y así se da en tierra con el último baluarte que defiende entre los hombres la fidelidad, sin considerar que, derribado aquel, nada queda ya entre el hombre y el perjurio, y que si escapa de la mano de los hombres es para caer en las del Juez supremo.

Y este, amados fieles míos, es el punto en que se tocan los dos extremos. El *rico* y el *pobre*, tan lejos uno de otro en la carrera de la fortuna, se encuentran en los peligros de su posicion recíproca, y

caen , si la piedad no los detiene, en un mismo abismo. Motivo porque el bendito *Agur* mide aquí por un igual la *opulencia* y la *pobreza* , temiendo religiosamente así la una como la otra : *No sea, dice, que hallándome harto, me tienta á negarte.*

Que el sabio , segun el mundo, no consultando en esta vida mas que su tranquilidad, se contente con lo necesario , y no desee las riquezas, y que aun las desprecie, quando le solicitan , no es mucho ; así cumple con sus designios de moderacion y serenidad de ánimo. Zeloso de su independenciancia , no ve en una mas alta fortuna sino grillos dorados, cuyo resplandor no le deslumbra , y teme el bullicio y disipacion de que tienen á cada paso que quejarse los *ricos*. Pero nosotros , cristianos oyentes , educados en la escuela de la religion , contemplemos

quanto peso da esta á todos los consejos de la Sabiduría. *No sea que hallándome harto , me tiene á negarte.* ¡Ó piedad , no ménos delicada que sincera! ¡Ó tierno temor de un alma que la religion precautela contra las ilusiones de la propia virtud!

Porque , á decir verdad , fieles mios , los apetitos desordenados, la vanagloria, la codicia, el amor de los placeres no siempre son los que llevan á los hombres á las *riquezas*. Cierta elevacion de pensamientos , motivos honestos , intenciones caritativas, justifican á sus ojos sus anhelos. Propone el hombre un uso discretísimo de los bienes por qué se afana; mas al paso que los va adquiriendo, se le desvanecen tan bellos proyectos. Nuevos haberes , nuevas necesidades. Es necesario acomodarse á los estilos corrientes , á la razon de estado ; y el corazon cae , como sin

sentir , en estas sutiles redes que el deleyte le echa todos los dias. Entónces ya no goza el hombre de sus bienes; sino que se abandona á ellos; y en breve la libertad raya en licencia. Á puro gozar, la sensibilidad se embota. El alma , como desfallecida, se desapega de sus mismos placeres , y no hace mas que arrastrar con tedio las pesadas cadenas del hábito. Esta es , fieles mios , la *hartura* de que habla nuestro texto: *No sea que hallándome harto.*

Pero aquí es donde el torrente se precipita , y despues de haberse llevado al hombre suavemente, le arrebatata con furor y le sumerge. *No sea que hallándome harto , me tiene á negarte , y diga : ¿ Quién es el Señor ?* ¡Oh Dios! ¡quién tal pensára! ¡y es posible que un camino tan apacible vaya á dar á un abismo!

Sí ; temblad , mundanos ! Tem-

blad todos los que vivís dados al ocio, á los devaneos, á los deleytes sensuales! Aguardándoos está este tremendo precipicio. Negaréis á vuestro Dios, dice la Sagrada Escritura: y entónces ¡ay! entónces vuestro comercio, vuestra union con él se rompió, y sacudiréis el yugo de sus leyes, para vivir sin rienda en este mundo, arrastrados de vuestros desordenados apetitos.

Y ¿quién sabe? El vicio es tímido en la *pobreza*, y camina envilecido por sendas tenebrosas y ocultas; mas en la *abundancia* es altanero y audaz. ¿*Quién es el Señor?* dice: ¿qué mandamientos son esos, para que yo los observe? ¿quiénes son esos ministros, para que yo los escuche? ¿qué solemnidades religiosas son esas, para que yo suspenda por ellas mis pasatiempos?

No hay necesidad, nó, para

negar á Dios, de embrutecerse hasta llegar á descreer su existencia. Hay ateismo de indiferencia ; hay ateismo de soberbia ; hay ateismo de desarreglo y de pasiones. De esta suerte los sentidos se embriagan , el espíritu se extravía , el corazón se engríe , el alma se corrompe ; y el hombre , colmado de los beneficios de su Criador , no ve , ni está para ver mas que á sí propio. *To te conocí en el desierto en una tierra yerma,* dice la Escritura , *y quando tuviste vacadas y hatos de ovejas y abundancia de plata y oro , se engrió tu corazón.* Entónces dixiste : *mi fortaleza y la robustez de mi mano me grangeáron todas estas cosas. Y te olvidaste del Señor Dios tuyo.*

Os. XIII, 5.

Deut. VIII, 17.

Pues ahora , fieles míos , quanto la ceguedad de tal hombre os parezca mas extrema , mas viva é insoportable le parecerá á él la luz

que le va á herir. Cerca está el dia, en que en el seno de los regalos nacerán los remordimientos : cerca está el dia en que el alma , aparejada á dexar estos bienes transitorios, sentirá su desnudez y su miseria. Entónces sabrás hombre sensual y soberbio , entónces sabrás quien es el Eterno. Entónces sabrás lo que sin él puede una criatura, cuyo supremo bien es él solo. *Pasan sus dias en placeres y pasatiempos* , nos dice Job. *¿Quién es el Omnipotente, dicen, para que le sirvamos ? Mas ¡ cuántas veces la antorcha se les apaga, y viene sobre ellos un repentino desastre y el azote de Dios airado : y los vicios de su mocedad que los han penetrado hasta los huesos , no los abandonan hasta el sepulcro !* Job XXI, 13, 15, 17.

Dexaos ya de encarecer al hombre discreto y religioso todas esas brillantes apariencias , por las qua-

les los hombres alucinados enderezan sus votos á la fortuna. Bien conoce él todas sus ventajas ; mas tambien prevee todos sus peligros. ¡Ah! ¡perezca la ambicion! perezcan las riquezas! ¡perezcan todos los tesoros del universo ! ántes que nos veamos expuestos á perder nuestro mejor tesoro. *Porque ¿ qué aprovecha al hombre , si ganase todo el mundo y perdiase su alma ?*

Math. XVI, 26.

APLICACION.

Si habeis penetrado bien mi discurso , conoceréis, fieles oyentes, que el *espíritu de medianía* es tan de desear en la conducta , como la misma *medianía* en la fortuna. Esta doctrina es la misma del cristianismo. Sencillez de costumbres , moderacion en los deseos , desasimiento á los bienes terrenos : estos son los preceptos del Evangelio. Lo que *Agur* pedia para sí al Señor , eso

mismo pone todos los dias en nuestros labios *Jesucristo : El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy Señor*. Quiere que pidamos á Dios no mas que el pan quotidiano ; que se le pidamos cada dia ; y que no se le pidamos sino para el dia de hoy. Quiere que fortalecidos con una confianza religiosa nos abstengamos de las vanas solicitudes de la vida.

Mas la verdad es , fieles míos, que esta plegaria no es la expresion fiel de nuestros sentimientos , sino una vana fórmula , tributo de nuestros labios y fruto de la costumbre. Así , temeríamos que Dios nos la concediese á la letra ; y mientras nuestra boca pronuncia éstas discretas palabras , nuestro corazon en sus votos secretos se derrama por todo género de desarreglados apetitos. Porque ¿ no es la *mediante* la suerte de los mas ? Y con todo eso , ¿ no

son los mas los que se afanan y desviven , los que sacrifican á la *fortuna* su descanso , su salud , su libertad, y aún... (casi lo he dicho ya) su misma virtud?

Y ¿quál es entre nosotros el principio de una codicia tan universal? Digámoslo sin empacho : el amor desordenado de una distincion frívola ; lo laxô de los buenos principios que cifra esta distincion en el ayre de opulencia y el vano esplendor de las *riquezas*.

Y en esto ¿qué siglo excedió jamas al nuestro? ¿Y no damos en él nosotros mismos el exemplo? ¡Quántos viviendo con *medianas* conveniencias , aparentan el tren y beato de un potentado ! ¡Quántos que yaciendo en la *miseria* , tocados del contagio general , la palían con el exterior de la vanidad ! Ni uno hay que no quiera salir de su esfera. Tó-

canse todos los resortes de la vanagloria ; exáltanse todas las pasiones ; y la sociedad se halla en un estado continuo de contension y de violencia. El exterior es brillante ; mas penetrad al interior : ¡ qué horroroso contraste ! ¿ Tanta necesidad habia , fieles míos , de que dieseis nosotros nuevo testimonio de esta triste verdad : que el luxo , manantial de la codicia , lo es juntamente del vicio , del desórden y de la miseria ?

Mas sean quales fueren las pasiones que excitan en el hombre la sed de las *riquezas* , la ociosidad , la sensualidad , la avaricia , el amor al fausto y á los vanos placeres , ¿ que-reis saber un remedio eficaz contra ella ? Tal es el afecto que resplandece en la oracion de *Agur* : tal es la piedad , arraygada en el corazon , y ahogando en él la zizaña de todos los deseos desarreglados y ambiciosos.

Sí, amados oyentes, la piedad: he aquí el verdadero espíritu de todos los estados: el espíritu de las *riquezas*, que ella santifica; el espíritu de la *pobreza*, que ella consuela; el espíritu de la *medianía* cuyas excelencias todas hace ella conocer. La piedad es la que nos hace decir como á *San Pablo*: *Sé vivir humillado, y sé vivir en abundancia: á todo estoy hecho, á tener hartura y á padecer hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

Philip. IV, 12,
13.

Pues si tal es la humana flaqueza en las varias situaciones en que se halla respecto á la fortuna, no echemos en olvido este precioso documento de la piedad, preservativo en los dos extremos contra los ataques del vicio y salvaguardia de la inocencia: quiero decir, caminemos con discreta desconfianza de nosotros mismos.

Porque, á la verdad ¿qué hombre podia con mas razon hacer rostro á las *riquezas* y á la *pobreza*, seguro de salir con palma contra una y otras? Y no obstante, todo lo teme de su flaqueza, á pesar del apoyo interior que tiene contra ella; y la piedad que hubiera constituido su fortaleza, causa su desconfianza. Mas la desconfianza y el horror quédese para nosotros *pobres* y *ricos*: á nosotros que estamos como arrojados, sin ningun auxilio, á las tentaciones que le amedrentaban. ¡Miseros marineros! ¿temerémos ménos el naufragio en mitad de los escollos, de lo que le temia un hábil piloto? Con vosotros hablo, *pobres* que me estas oyendo, y lamentais la suerte que os aqueja! y ¿qué corazon habrá tan insensible que no se duela de vuestros quebrantos? Sin-

embargo, esa no es vuestra mas difícil prueba. Vida que conservar, miseria que temer tiene tambien vuestra alma. Y para vuestra existencia terrestre ¡sacrificais esa vida espiritual, mil veces mas preciosa!

Debo, no obstante, decir en vuestro abono que tambien hay algunos entre vosotros que respetables en su indigencia y zelosos de su salvacion, anteponen su providad á su vida. Mas ¡quántos hay así mismo que todo su espíritu tienen absorvido en cuidados terrenos, tanto que no les queda el mas leve para huir de su precipicio! Antes salen al encuentro á las mismas tentaciones; buscan las ocasiones de pecar; y léjos de estremecerse con la idea sola de la infidelidad, la tienen por una ingeniosa estratagema, y como tal la cuentan entre los medios de adquirir su subsistencia, haciendo osa-

damente del escollo de la *pobreza* puerto seguro contra ella.

¡Qué conmutacion, gran Dios, la indigencia por el crimen! Ó mejor diré, ¡qué aumento de calamidad! ¡qué consumacion de ruina! Por ventura ¿hay carga mas pesada que el mismo vicio? ¿hay miseria mas triste y congoxosa?

Vivid, *pobres*; sufrid, si es menester: pero vivid fieles; fieles á los hombres, fieles á Dios. Los bienes que os hagan falta, compradlos con la virtud. Sostened vuestro cuerpo con el trabajo, vuestra alma con la vigilancia y la oracion! ¡Así levanteis siempre pinas vuestras manos al cielo! y en galardón de vuestra integridad, acendrada al fuego de las pruebas y de la tribulacion, recibais en breve el tesoro de la eterna bienaventuranza en los dias de retribucion y de gloria!

Y enderezando ahora á vosotros el discurso , ¡ricos del mundo ! á vista de los bienes de que estais colmados, me pregunto : ¿es el Dios de las venganzas quien los pone á prueba ? es el Dios de las misericordias quien los favorece ? Á esto último me inclino ; y lo confieso con inefable satisfaccion : entre nosotros se cuentan no pocos ricos moderados , humildes , religiosos que en medio de su fortuna , no parece que tienen otra delicia que emplearse en caridad y buenas obras. Sí ; ¡ santas limosnas , ricas ofrendas , piadosos sacrificios ! aun os elevais de entre nosotros al cielo como un perfume de buen olor. ¡ Plegue al Señor que hagais siempre la gloria de esta iglesia , y os volvais en bendiciones á los que os ofrecen !

Mas esta fuente de felicidades para unos , la religion nos la de-

nuncia para otros como manantial de abusos, de desórdenes y de perdición. Y para mostrarnos en uno solo todos los peligros reunidos: *ricos*, dice, cuenta con no *olvidar á Dios* en medio de vuestras *riquezas*. *El olvido de Dios* es el escollo, donde fixa la religion por nuestras manos la señal que debe servir de aviso. Muchos se estrellan contra él, y sus ruinas cubren la mar borrascosa por donde navegais.

Así que, nunca perdais de vista el astro divino que os debe servir de norte. No nos arrebatan nuestras pasiones tan léjos de Dios así de repente y como por un golpe de tormenta. Nó: el hombre no se olvida de su Dios, sino mucho despues de olvidarse de sí mismo: ni se olvida de sí mismo, sino dexándose llevar desapoderamente del exceso de la disipacion, del regalo,

del fasto , de la mundanidad , del delirio de las pasiones , del encanto de los placeres , á que nos arrastra el torbellino mundanal, el mal ejemplo y nuestro propio corazon. Entonces es quando todos los buenos sentimientos del hombre se extinguen : entonces se remata , no estimando sino las cosas mas despreciables : entonces *nada* es ya *Dios* á sus ojos.

¡ Ah! No acerqueis demasiado á vuestros labios esta copa fumosa del deleyte que se sube á la cabeza, embarga la razon , y nos abisma en un letargo que suele acabar con la muerte. Abstenerse una ú otra vez de las cosas lícitas es un secreto especial para no dexarse llevar hasta las ilícitas. La *medianía* no es otra cosa que la feliz impotencia de excederse. Sea pues para nosotros , en la *abundancia* , fruto honorable de la

razon acrisolada , y de una sabiduría religiosa.

Sobre todo , para preservaros del olvido de Dios , preservaos del olvido de las cosas divinas. Elevaos á vuestro Supremo Bienhechor con la oracion , el recogimiento , las acciones de gracias , los exercicios devotos. En su templo , en sus altares es donde Dios se ha reservado el derramar sus dones mas eficaces, donde corre el velo á los ojos del pecador , y le pone delante el abismo que esta escondido debaxo de sus pies.

Todo , pues , nos conduce á aquel estado tan propio del hombre, la apacible , la dulce *medianía*. ¡Por qué dichosos os tengo á vosotros los que la sabeis disfrutar ! Ni sois como los árboles soberbios que todo lo ofuscan con su sombra , que siempre están amagados de tormen-

tas, y cuyas hojas volubles se agitan al mas leve soplo de viento; ni como aquellas humildes plantas, cubiertas todavía del polvo de que han salido apénas, que huella con sus pies el pasagero.

Puestos en medio de dos estados extremos, la *abundancia* y la *pobreza*, participais de sus ventajas y no conoceis sus inconvenientes. Mas arriba, están las violentas catástrofes, los reveses terribles, el olvido de sí mismo, el temor, el horror de la muerte: mas abaxo, la humillacion, las artes infames, las pasiones viles, las desesperadas sugeriones de la miseria. Pero en vuestro estado todo está segun orden; el ánimo libre, el corazon sosegado, las necesidades satisfechas.

¡Vivid, pues, felices en este estado connatural al hombre! ¡Y si el árbitro Supremo nos llama á otro,

plegue á su Magestad que , ya sea que os pruebe con las *riquezas* , ya con la *pobreza*, en todo trance le seais fieles! ;Y finalmente, que todos, desiguales en los bienes de fortuna, pero competidores en la carrera de la salvacion y hermanos en la caridad , participemos de una misma heredad en la gloria! *Amen.*

S E R M O N VII. (*)

S O B R E LA P A Z C O N S I D E R A D A

B A X O T O D O S S U S R E S P E C T O S .

T el Dios de paz os dé paz sempiterna en todo lugar. Ep. II. ad Thess. cap. III. vers. 16.

EXORDIO.

¿N o basta , amados oyentes , que la Providencia , por sus impenetrables decretos , derramando por la tierra hambres , enfermedades , aflicciones y muerte , parezca como que quiere , con tan tremendas plagas , probar hasta donde llegan nuestras fuerzas reunidas , nuestra resignacion y nuestra fortaleza en soportarlas ? ¿ No bastan tan duros ma-

(*) Predicado en una festividad anual en memoria de una victoria.

les , sino que á todos ellos , ya que inevitables , ha de agregarse una calamidad tanto mas horrible , quanto que es obra de la voluntad perversa del hombre : quiero decir , la discordia y la guerra ?

Entre todos los séres criados , el mas sociable parece á primer aspecto el hombre , y sin embargo , sus relaciones con sus semejantes dan ocasion á mil pasiones que le atormentan. La sociedad no puede prosperar sino por medio de la paz y concordias , y los hombres que la componen , parece que no respiran sino enemistad y guerra. De suerte , que á qualquiera luz que se nos mire , no se ve cosa mas de desear para nosotros que la paz , ni cosa á que seamos mas propensos , que á la discordia.

En esta posicion extraña de las cosas , ¿ qué podemos pedir mas á

la medida de las necesidades humanas, que lo que para sus Discípulos de *Tessalónica* pedia *San Pablo*? No parémos ahora la consideracion en sus peculiares circunstancias, y abracemos el voto del Apóstol en toda su extension. Y á la verdad ¿en qué época mas favorable podriamos hablar de *paz*? La consagracion de este dia, la importancia de la materia y la utilidad de las reflexiones á que da campo, todo llama nuestra atencion. Alentad, pues, mi desmayada voz, lisongeándome de que la fuerza sola del tema de mi discurso talvez os hará prestar atento oido. Vamos á exâminar la *paz*, mirada en las principales de que goza el hombre en esta vida. Para sus hermanos la pedia á Dios *San Pablo*: para vosotros se la pido yo ahora á Dios. *El Dios de paz os dé paz sempiterna en todo lugar.*

Desde que los hombres, viviendo aislados, llevados de un instinto natural, y en conformidad de los decretos de la Providencia, se juntaron para vivir en sociedad baxo leyes comunes, se ha dividido el género humano en diferentes naciones, distintas unas de otras por su posicion, su extension, su gobierno, su poder, sus costumbres y lenguaje. Las necesidades de la vida, el amor del bien-estar, el comercio, las artes, las ciencias, han enlazado entre sí estas naciones, han aumentado sus necesidades, han confundido en gran parte sus intereses. De aquí las alianzas contraidas, los tratados formados, las capitulaciones concluidas.

Pax exterior.

Así pues, la paz, considerada latamente, es la paz de pueblo á pueblo, la paz entre los Soberanos que les gobiernan. Quando una na-

cion se ve ofendida por otra , bien sea en sus intereses , ó bien en su buena opinion y gloria; quando una fatal ambicion se apodera de los que las rigen , ármanse entónces los pueblos , y la guerra difunde sus horrores. Mas quando cada uno se contiene en los términos de sus dominios y de sus derechos ; quando se cumplen fielmente los tratados; quando se tributan sus respectivos honores ; y quando finalmente las personas y haciendas están libres y seguras por entrambas partes , entónces reyna la paz en los pueblos, el comercio estiende sus relaciones, y no parece sino que trabajan de comun acuerdo en su mútua prosperidad.

De esta *paz exterior* era de la que se felicitaba *Salomon* con el Rey de *Tiro* despues del tumultuoso reinado de su padre *David*. *Ahora,*

dice, *el Señor me ha dado la paz con todos mis vecinos, y ya no tengo enemigos ni tramas que temer.* Esta era la paz con que Dios queria galar-donar la felicidad de *Israël*: Seguros Lev. xxvi, 5 ^{6.} *podeis habitar en vuestro pais; la es-pada no entrará en su jurisdicción, y podeis dormir á sueño suelto.*

Paz civil.

Pero así como el género huma-no está dividido en familias mayo-res, cuyas relaciones bien mante-nidas establecen la paz exterior, así estas familias se forman de diferen-tes clases, cuya buena armonía cons-tituye lo que se llama *paz civil*. En cada imperio, unos gobiernan y otros son gobernados: Unos zelán la observancia de las leyes, y la conservacion del órden y seguridad pública, y otros descuidan y confian á sus superiores este noble empleo, distribuyéndose en diversas clases y ocupándose en diversos trabajos.

Falte el espíritu de paz de una nación , y al punto , estos varios cuerpos que la componen, como ántes trabajaban á porfia por la prosperidad de la patria; ya no parece sino que á competencia tiran á su ruina. La balanza de los poderes jamas está en el fiel : una convulsion general se apodera del cuerpo político; afánase cada uno fuera de su esfera; fórmanse partidos; los espíritus se exáltan; las familias se dividen; el nombre de patria se anida en todos los labios, y las pasiones que la dilaceran en todos sus corazones; y dichoso el pueblo, si sus propios hijos no vuelven contra él las armas destinadas á defenderle!

Entónces las Artes, asoladas huyen de aquellas infelices comarcas, el comercio descaece, la industria cesa, los gemidos de la miseria se mezclan con los extremos del fu-

ror y las congoxas del miedo; y mientras los que se deleytan en la prosperidad del estado, lamentan su triste suerte, sus enemigos le insultan en sus calamidades y se gozan en ellas.

Mas, al contrario, si los que gobiernan grangean con su zelo, discrecion y fidelidad la aprobacion de sus súbditos, y estos merecen la de sus gobernantes, mediante una legítima obediencia, una alentada confianza y un constante amor del buen orden; en suma, si el interes de cada uno de los cuerpos del Estado prevalece en sus miembros sobre su interes propio, pero en términos que el interes general de la patria prepondere sobre todo, en este caso vemos reynar en su centro una paz sólida, y con ella la prosperidad pública que es fruto suyo.

De esta paz bianaventurada, de

esta paz civil, fieles amados, ha blaba un Profeta quando decia : *Procurad la paz del lugar en que morais, porque en su paz se cifra la vuestra.*

Paz particular.

o Pero aproximemos el hombre mas hácia sí mismo , considerándole no ya como ciudadano respecto á su patria , sino como individuo que vive con sus semejantes baxo la comun salvaguardia de las leyes. Baxo este aspecto , los hombres iguales por su naturaleza y sus necesidades en medio de otros mil géneros de desigualdad , tienen innumerables intereses que desenredar , los quales todos tiran á la conservacion y aumentos de su bien-estar. Cada uno se abalanza con ansia á disfrutar las conveniencias y ventajas que se le ofrecen : De donde nacen vivos y freqüentes altercados , choques de pretensiones respectivas , en fin desavenencias y pleytos.

Pues ¿qué sería, si á la confu-
sion de derechos añadiesemos todo
quanto pueden la injusticia, el or-
gullo y la malicia humana, para
turbarlos y desunirlos? Entónces,
no veríamos por todas partes mas
que quejas eternas, reclamaciones
sin fin contra toda especie de desa-
fueros, las leyes garantes de la pro-
piedad y de la seguridad invocadas
á cada paso, y en una palabra, los
tribunales apénas bastarian para tan-
tas causas. Mas: en medio de tantas
y tantas conexiones de sociedad, de
parentesco, de negociados, y aun
de placeres ¿quién podrá decir quan-
tas rencillas particulares, cuántas
desuniones domésticas excitan la
contrariedad de genios, la extrava-
gancia de humores, el espíritu de
contradiccion, la dureza, la impa-
ciencia?... *sic est enim sumus, et*

Á todas estas desavenencias,

amados oyentes , oponed una buena armonía con todo el mundo. Reyne en las familias la *paz* : ahuyente las espinas y puntos de litigio un amable desinterés en todos nuestros negocios : y finalmente , al ver á una persona , no sintamos ni los humos de la vanidad , ni movimiento de odio , ni deseos de hacer daño , y entónces disfrutaremos la *paz particular que San Pablo* denota con estas palabras : *Procurad vivir en paz y concordia con todos los hombres , y el Dios de paz y de amor será con vosotros.*

2 Cor. XIII, II.

Roma. XII, 18.

Paz del corazon.

Á la mas íntima de nuestras relaciones hemos llegado ya ; á la del hombre consigo mismo. Lo que pasa en los Estados es una imágen de lo que pasa dentro de nosotros. El hombre , considerado en su naturaleza , forma una especie de gobierno , y los diversos atributos de nues-

tra alma son como las clases que le componen , pudiéndose distinguir en nosotros un estado de paz y un estado de guerra segun la buena ó mala inteligencia que haya entre nuestras facultades. Con efecto , en esta economía interior del hombre, hay un legislador que manda , leyes que obligan, un testigo que acusa , un juez que pronuncia , un executor que inflige la pena.

Esta conciencia atormentada, esta conciencia carcomida , era la que hacia decir á David : *No hay paz en mis huesos , porque he pecado.* Este era el tremendo é inevitable castigo que *Moises* anunciaba al hombre culpable : *El Eterno te dará un corazon medroso , y consumido de tedio y tribulacion : pendiente de un hilo tendrás la vida : noche y dia estarás en continuo sobresalto, sin conocer paz ni descanso.* Porque otra qualquiera

Ps xxxvii, 4

Deut. xxviii, 65, 66.

guerra, amados oyentes, no falta modos de huirla, en vez que esta no puede evitarla el pecador, como que la lleva en su seno, y es él mismo horroroso teatro de ella.

Mas quando esta constitucion del hombre anda bien arreglada; quando en ella se observan las leyes del orden y de la sabiduría, la conciencia que juzga, aprueba á la razon que gobierna, y el buen testimonio del corazon se fortalece á sí mismo: de donde resulta aquella noble entereza del hombre justo, aquel gozo interior, aquel *festin continuo* de un corazon sin mancilla, y últimamente aquella paz del corazon, aquella paz preciosa, sin la qual ninguna otra paz puede gozarse.

Prov. xv, 15.

Excelencias
de la paz.

Ya hemos dicho, amados oyentes, que la idea de paz universal abraza la paz de una nacion con otra, la paz de las diferentes clases

de un estado entre sí, la paz de cada individuo consus semejantes, y la paz del hombre consigo mismo. Basta nombrar estos géneros de paz para hacer juicio de sus ventajas; y como de suyo son interesantes, basta decir paz, para hacerlos el panegírico. Trazar sus caracteres es inspirar el deseo de la paz, y hacer nos apetecer sus deleytes.

Y por el contrario, basta pronunciar las palabras discordia, turbulencias, guerra, para excitar tristes especies en nuestro ánimo, y horrorizar en alguna manera la imaginacion con las escenas trágicas que nos representa. La idea de paz derrama en el alma no sé que contento, no sé que calma bienaventurada para la qual ha nacido el hombre: figúranse las pasiones como en silencio; disípase todo pensamiento congojoso; y el hombre tranquilo

savorea las dulzuras anexas á su existencia.

En efecto, amados hermanos; el que no siente las excelencias de la paz, ese tal sin duda tiene un corazón de bronce: la felicidad de los otros no le interesa, y mira con indiferencia hasta su propia suerte; señal infalible de un carácter duro é insociable.

Dios es el Dios
de paz.

Mas si quereis formar de una vez la mas alta idea de la paz, de su dignidad, de su excelencia, y de la felicidad que de ella nos podemos prometer, seguid á *San Pablo* en nuestro texto, subid hasta el origen de la paz. En el cielo es donde nos descubre su morada, y en el seno mismo de Dios es donde tiene asentado su trono. El Soberano Señor de todas las cosas es su propietario, el que la disfruta, y con ella la bienaventuranza. *Dios de paz*, dice la

Sagrada Escritura que es el Señor, así como es el Dios de eternidad, Dios de santidad, Dios de verdad; tanto que así puede existir sin ella, como sin las demas perfecciones divinas. La paz es esencial á su naturaleza : en él reyna la paz, y por la paz reyna él en el mundo.

Así, ved en todas sus obras estampado el sello de la paz. Ved la correspondencia que ha establecido entre todas las criaturas, y sus disposiciones á buscarse, á rendirse. Ved el triunfo constante del orden en la naturaleza, en medio de esas revoluciones pasageras que en manos del Señor no son otra cosa que un secreto para mantenerla. Ved las semillas de todas las virtudes sociales que ha sembrado en el corazón humano. ¿Qué otra cosa es todo esto, sino efectos sensibles de este atributo adorable del Sér Supremo?

Como es *Dios de paz*, quiere que todo lo que depende de él siga sus leyes, y que los hombres la cultiven, declarando su intencion por medio de la felicidad que trae consigo la *paz*, y las penas de los que la violan. Á todas las naciones juntas, á cada una en particular, y á cada uno de los miembros que la compone, habla el Señor en estas palabras: Unos con otros os he juntado por medio del dulce instinto de la benevolencia, y de la ley imperiosa de la necesidad. Yo soy el que mas estrechamente os uno, el que os conservo, el que os hago felices con la *paz*. No dexeis fallidos mis designios; no burleis vuestro destino; buscad la *paz*.

La paz ha de ser buscada.

De lo alto de los cielos habla así á la tierra el *Dios de paz*. Mas ¿quándo responderá la tierra á su voz? Para adquirir la *paz*, ¿basta

quizá convenir tibiamente en sus ventajas? No nos engañemos, fieles míos; el que nada hace por granjear la paz, la aleja de sí: el que no la quiere fixar y establecer donde se halla, ese la destierra. La paz gusta de que la busquen constantemente, y en ningún terreno prende, si no la riegan muy de continuo. *El* ^{I. Pet. III, 10,} _{II.} *que ama la vida, y quiera pasar sus días apacibles, busque la paz y sigala.*

Pues ¿cómo nos harémos propicia esta bienaventurada paz? ¿Con qué medios ganaremos á una los estados, las familias, los corazones? ¿Me enfrascaré en tan vasto asunto? Pues una palabra sola me basta, caros oyentes: con la justicia. *Será* ^{Isai. XXXII, 17.} *obra de la justicia la paz*, dice un Profeta. *La justicia eleva una nacion* ^{Prov. XIV, 34.} *con la prosperidad, y hace felices á sus miembros con la paz.* Por tanto,

Ps. LXXXIV,
11.

están estrechamente unidas, dice el Sagrado Texto: *la justicia y la paz se abrazan*, son compañeras inseparables, y no hay fuerza que las pueda desunir. De donde está la *justicia*, cerca anda la *paz*: el que ahuyenta aquella, pronto verá huir esta. Ellas son como el árbol y el fruto. El fruto desprendido del árbol puede sí durar algún tiempo sin él, pero en breve se pudre; y si el árbol cae, ningún fruto podrá renacer de él.

Vosotros, amados oyentes, me comprendéis sin duda alguna, y no limitáis niñamente la *justicia*. El cuerpo del árbol, y sus ramas son las que dan el fruto. Así pues, extendéis la *justicia* á las virtudes que se derivan de ella, y de estas virtudes componéis la sabiduría, que es la *justicia* por excelencia, según el espíritu de la religión.

Arraygad, pues, la *justicia* así Produce la paz exterior. entendida en una nacion; por qué ¿con cuál otro medio mas eficaz pretendéis mantener su paz exterior? Para la seguridad de una nacion, no puede la pujanza hacer veces de sabiduría; mas la sabiduría remplaza muchas veces al poderío. Por lo comun, ¿qué llama contra un estado á los enemigos exteriores, sino sus vicios internos, ó el espíritu de discordia que estos engendran? Á la manera que sobre los cadáveres que se empiezan á manir vemos que vienen de léjos las aves de rapiña á hacer en ellos presa.

De aquí, subid al origen de los disturbios civiles, La paz civil. y haced que la *justicia* levante el grito. Al punto vereis renacer la calma; todas las partes del gobierno recobrarán su lugar respectivo, y ni la ambicion, ni la envidia, ni las malas artes se-

rán parte á desunirlas. Si alguna dificultad se suscitase , no por eso se concitarán las pasiones. Encontraránse unos á otros en el camino de la *justicia* , y todos irán juntos á la paz. Los debates no serán sino de emulacion y de zelo ; y el fruto de los conocimientos y de los esfuerzos reunidos será un gobierno mas perfecto.

La paz particular.

Pues si hablamos del espíritu de codicia, de violencia, de descontento, de envidia, seminario de rencillas particulares, de secretas desavenencias, de alteraciones de toda especie, ¿la *justicia* no reprime hasta el mínimo de sus movimientos? Todos ellos ¿no traen origen de alguna violacion de sus leyes? Las pasiones tumultuosas ¿no crecen y se perpetúan al abrigo de alguna injusticia? Y quando la sociedad se abrasa en pleytos, disensiones, que-

xas , invocar las leyes para terminarl^{as} ; es otra cosa que reconocer que la *justicia* hubiera bastado para precaverlas ?

Pero este de que vamos á hablar , amados fieles míos , es el fruto mas glorioso de la *justicia*. Que reyne esta en el corazon del hombre , y vereis reynar con ella la paz , el contento , la felicidad. El Eterno ha establecido este orden inmutable , y ningun rebes podrá turbar al justo en su paz. Aunque esta fuese desterrada de la tierra , aunque la sociedad fuese toda confusion y disturbio , su asilo se deberia buscar en el corazon del justo. *El que observa la justicia* , dice Isaías , y ama la rectitud , el que no quiere ganancias á logro , y cierra los ojos para no ver el mal , este tal morará en el reyno de los cielos.

La paz del corazon.

Is. xxxiii, 15, 16.

Admirad y seguid conmigo, La religion predica la justicia.

fieles oyentes, los caminos del Señor que ha querido hacer á los hombres dichosos por medio de la paz, y siendo la *justicia* madre de esta, ha dado á la *justicia* por motivo y estímulo la religion. Sí, oyentes míos; la religion que es el vehiculo de la *justicia*, es por esta misma causa el escudo de la paz. Sus principios de verdad, de rectitud, de buena fe, ponen á cubierto toda especie de propiedad, por la qual son todos los debates humanos, enfrenan las pasiones desarregladas, recomiendan la feliz alianza de la sencillez que no busca contiendas, con la prudencia que las ahuyenta, y finalmente, apaga en los corazones con el soplo de la caridad hasta las mas leves chispas de la discordia.

Math. x, 16.

y directamente la paz.

Y si no basta todo lo dicho, y necesitais pruebas directas del espíritu pacífico de la religion, halla-

reislas en el carácter de su Autor y las exhortaciones de su santa palabra. En efecto, ¿ cómo le califican los Sagrados Oráculos? *Príncipe de Paz.* ¿ Qué profetizaban los contemporaneos de su ministerio? *Él guiará nuestros pasos por el camino de la paz.* ¿ Qué aclamacion anuncia su nacimiento al mundo? *Paz en la tierra.* Y en su agonía ¿ qué lega á sus discípulos? *Yo os dexo mi paz : yo os doy mi paz.*

Sí, fieles ; todo el Evangelio está respirando *paz.* Recomiéndala con sus consejos , con sus leyes la prescribe , llámala con sus votos, con su eficacia nos la da. *Evangelio de paz es ; es la sabiduría que viene de lo alto , sabiduría moderada , pacífica , y rica de sazonzados frutos.* Esta nos enseña que Dios nos ha llamado á la paz ; que la unidad de espíritu operada por este dulce vínculo es un

Isai. ix, 5.

Luc. i, 79.

Luc. ii, 14.

Joan. xiv, 27.

Ephes vi, 15.

Jac. iii, 17.

i. Cor. vii, 15.

Eph. iv, 3.

tesoro inestimable : y si penetra hasta el fondo del corazon para desar- raygar de él las pasiones , es á cau- sa de que *las pasiones hacen la guer- ra al alma.*

1. Pet. II, II.

Así pues , grandes y pequeños, magistrados y pueblo, seamos quien fuéremos , sea el que fuere en este mundo vuestro estado , ¡ paz ! ¡ paz ! Esta es la dulce obligacion que el Evangelio nos impone : éste el bien universal que el Apóstol implora para nosotros en el fervor de su ca- ridad : *El Dios de paz os dé paz sempiterna en todo lugar.*

APLICACION.

Pues ¿ qué nos detenemos, ama- dos fieles? ¿ Podemos estar hablando tanto tiempo de la paz, sin sentir una dulce conmocion en el fondo de nuestra alma ? Israél en su cautive- rio , alababa su patria, llorando por ella. ¡ Qué dulce cosa es no tener que

Ps. CXVI.

echar ménos un bien que se celebra y hablar de la paz en el seno de la paz ! (*)

Demos á nuestra alegría un objeto mas vasto. Cristianos somos , y como tales debemos tomar parte en la felicidad de los pueblos. Harto lo hemos visto gemir baxo el azote de la guerra. La discordia huyendo de la Europa , parece que se confina hoy en el Nuevo-mundo ; y si todavía oimos sus clamores , es muy á lo léjos. Todo respira sosiego al redor de nosotros ; todo nos le promete duradero. No parece sino que un sistema de paz es ya la política de los Soberanos , y que las naciones , enagenadas en sus dichas , exclaman. *Venid á contemplar las maravillas del Eterno. He alejado la guerra á las extremidades del mundo: rompe los arcos, hace hastillas las lan-*

La paz es general.

Ps. XLV, II.

(*) La paz general de 1783 en cuya época se predicaba este Sermon.

zas y quema los carros de batalla. Cesad, ha dicho; y conoced que soy Dios y ensalzaadme en toda la tierra.)

¡Pero en vano difundia la guerra sus furores, pueblo dichoso! tú eras testigo, no víctima de ella. En vano volveríamos á oír ahora retumbar su trueno, pues contemplando estaríamos la borrasca desde el puerto. Cada dia van aumentando nuestra seguridad felices circunstancias, y de los tesoros de la paz vemos nacer la abundancia. ¿Serémos quizá aquel pueblo escogido, de quien decia el Eterno: Yo reforzaré las barras de tus puertas; haré felices tus regiones; y las henchiré de trigo: Los exes del mundo se desquiciarán, y la alianza de mi ley permanecerá inmóvil? ¡Ó favor muy poco merecido! ¡ó felicidad poco apreciada!

Ps. CXLVII,
2, 3.

Is. LIV, 10.

Pero mientras el ángel de la

paz velaba por nosotros al rededor de nuestros muros, ¿velamos nosotros en su recinto sobre nosotros mismos? ¿La *paz* interior ha correspondido siempre á la tranquilidad exterior? Pluguiera á Dios que pudiesemos decir como Abelah: *De las Ciudades fieles de Israël, esta es la mas tranquila.* Mas no excitemos tristes pensamientos. *Paz* tenemos: gozemos de ella, y pensando á que costa la hemos adquirido, temamos perderla, y saquemos partido de sus ventajas.

Nosotros tenemos la paz civil.

11. Sam. xx, 19.

Quando un pueblo se ve afiigido por las guerras, léjos de emplearse en mejorar su suerte, retrocede hácia la barbarie. Solas aquellas naciones que gozan el privilegio de la *paz*, pueden perfeccionar todos los instrumentos de la felicidad. La *paz*, fruto dichoso de las virtudes sociales, puede ser tambien una planta

Usos de la paz.

saludable , á cuya sombra florecen las Artes , se forman útiles establecimientos , se dan sabias leyes y se perficiona la ciencia sublime de hacer mejores los hombres. Entónces, estos frutos de la *paz* los coge ella. Buenas leyes y buenas costumbres; he aquí los fundamentos en que estriba la *paz* : corregir ó precaver sus vicios , es consolidar esta.

El hombre ha hecho servir á sus designios toda la naturaleza : ¿y no acertará á hacerse útil á sí propio? ¿á ser mas racional , y mas feliz? Por fuera , todo es luz y claridad , y las tinieblas ofuscan todavía el corazon humano , como si se ignorase que de él, como de una nube, se lanzan las tormentas que perturbaban la *paz* , rompiendo todos sus diques.

Pero los que principalmente deben hacer fructificar los años de la

paz , son los Príncipes de la tierra. Esta es vuestra pension , Magistrados respetables , ¡ Padres del pueblo ! Si los intereses temporales han sido hasta el presente el objeto principal de vuestros anhelos , sus intereses espirituales reclaman hoy todo vuestro zelo. ¡ Gobernadores de Israél ! considerad el estado de Sion : ved las brechas de su santuario ; ¡ Qué mano mas necesaria para repararlas que la vuestra !

Florezca de nuevo la religion con las medidas de vuestra sabiduría , y recobre en los espíritus su primitivo imperio. Corra todavía para nosotros esta fuente de felicidad pública ; corra viva , abundante , pura , saludable ; y renazcan con ella en nuestros muros , baxo vuestra direccion , todas las virtudes que la acompañan , el verdadero patriotismo , el amor del orden , la senci-

llez y las buenas costumbres. Y de este modo abrazando , en vuestros designios , la felicidad presente y futura de vuestro pueblo, no solo recibireis las bendiciones de esta generacion , sino tambien en la gloria la corona incorruptible de la piedad.

PERO Pero en medio de nuestro brillo exterior tenemos tambien , amados fieles mios , nuestras llagas ocultas. No es mi ánimo , descubriéndolas, turbar vuestra alegría ; mas ni tampoco disimularos un mal que tal vez podrá hacerse incurable , si al instante no se le ataja : y ya que con harto dolor vemos el edificio de la Religion vacilante y ruinoso , no den testimonio contra nosotros sus ruinas , acusándonos de prevaricacion y cobarde disimulo.

Abandono de la Religion, y sus efectos.

La Religion , tan estrechamente unida con la paz , pierde insensiblemente su esplendor y eficacia.

Un horroroso desenfreno se apodera de nuestras costumbres, y las corrompe de todo punto. El vicio se ostenta descocado haciendo gala de su oprobrio, y vistiendo mil formas diferentes le vemos menospreciar la autoridad paternal, sacudir el freno del pudor, violar la fidelidad conyugal, profanar quanto hay de mas sagrado y respetable entre los hombres, y sembrar, en fin, por todas partes, en el Estado, en la Iglesia, en las familias, el desorden, la licencia, el oprobrio y el escándalo.

Ahora, si el menoscabo del freno religioso trae tales consecuencias, ¿qué será si llega á faltar? Y si la antorcha que alumbra mal, nos hace tan molesto y peligroso el camino ¡en qué abismo! ¡oh gran Dios! ¡en qué horroroso abismo, si del todo se apaga, vamos á sumergirnos!

Conversion á
ella y sus con-
sequencias.

Mas aún es tiempo de volver á tomar el buen camino , amados fieles míos. La Religion nos llama cariñosa , nos alarga impaciente los brazos, y como madre tierna, anhela perdonar á los hijos que la han abandonado , y echando al olvido sus extravíos , sellar sus paces con nuevos favores. Abramosla nuestros corazones con alegría: anímenos su espíritu. El cristiano es hijo de paz. No desmintamos nuestro santo carácter ; revistámonos de concordia, de fraternidad. Ó si aun deseamos alguna guerra , sea la de las virtudes apacibles y benéficas contra las injusticias y demasias de nuestros hermanos , y opongamos las *brasas* de la caridad al hielo y dureza de sus corazones.

Rom. XII, 20.

Cobremos aliento para otro combate que nos aguarda ; el de la sabiduría con las pasiones y apetitos

desordenados. He aquí donde debemos dirigir con más tesón nuestros conatos, donde podemos lanzar tremendos golpes. Nuestro ardor no puede estar ocioso. Vencido un enemigo, al punto se levanta otro. Trabajo cuesta vencerlos, pero también es dulce la victoria, y esta guerra es la que dá la paz.

Éste, amados oyentes, es el blanco á que tira principalmente nuestro ministerio. ¿Y cumpliríamos con nuestro principal instituto, si no os predicásemos más de una paz terrestre? ¡Ah! sin duda, debe ser también objeto de nuestras exhortaciones y de nuestros votos. ¡Amado pueblo! ¡dulce patria mia! ¡Oxalá derrame el Eterno sobre tí sus misericordias como un río caudaloso y la gloria de las naciones como un torrente desatado! Lluvia sobre todos tus moradores toda suerte de bendi-

Paz celestial.

Is. LXVI, 12.

Ps. CXXI, 6, 7.

ciones. Sea la paz tu *antemural*:
 reyne la abundancia en tus palacios
 y gocen de la prosperidad los que
 te amen.

2. Cor. v, 19, 20.

Enviados somos de Cristo para
 la paz, y nosotros debemos propo-
 neros una paz superior al mundo.
 Rayad pues, mas alto con vuestra
 ambicion y vuestras esperanzas. La
 paz de este mundo es muy escasa y
 revuelta: apénas baña nuestros co-
 razones un pobre arroyuelo, capaz
 sí de refrigerarlos, pero en ninguna
 manera de saciarlos. Subamos á la
 fuente pura y perenal: encaminémo-
 nos por la *justicia* al domicilio de la
 paz, sirviéndonos de norte la Reli-
 gion; y oxalá el *Dios de Paz* sea
 algun dia nuestra posesion eterna.
Amen.

ÍNDICE

DE LOS SERMONES DEL TOMO I.

| | |
|--|---------|
| <i>Prólogo del Traductor</i> | pág. I. |
| <i>Carta del Autor á un Joven sobre el arte de la Predicacion</i> | I. |
| SERMON I. <i>Sobre la voz de los cielos dirigida á el hombre</i> | 47. |
| II. <i>Sobre la obra engañosa del malo</i> | 83. |
| III. <i>Sobre la proteccion del cielo asegurada á todo hombre justo</i> | 125. |
| IV. <i>Sobre la sensibilidad religiosa</i> | 162. |
| V. <i>Sobre el respeto debido á la vejez</i> | 198. |
| VI. <i>Sobre las ventajas de la medianía</i> | 235. |
| VII. <i>Sobre la paz considerada baxo todos sus respectos</i> | 278. |

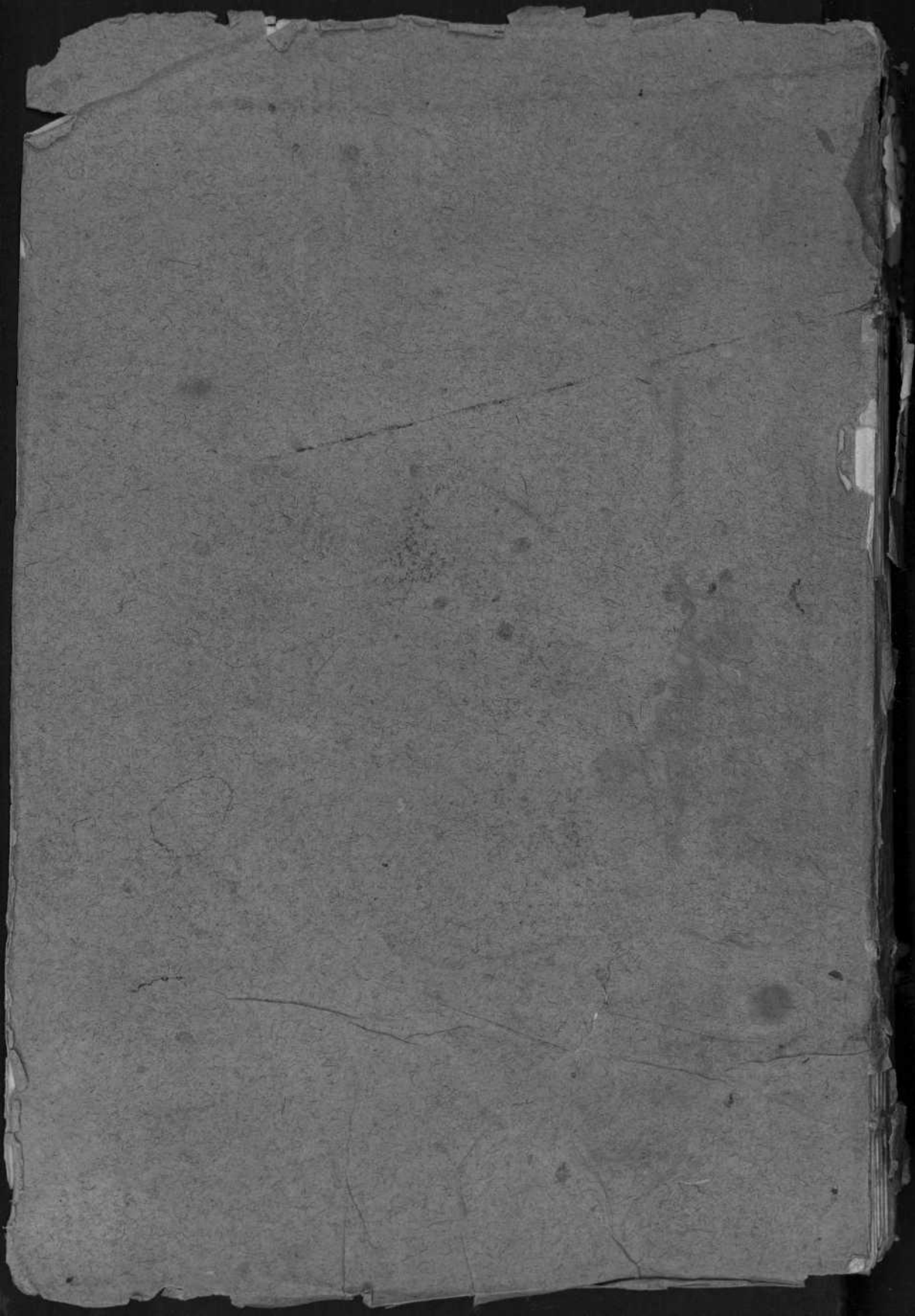


No habiendo podido el Traductor cuidar de la correccion de estos Sermones por hallarse forastero, han salido algunos exemplares con las siguientes erratas.

| Pag. | Lin. | Dice. | Lease. |
|------|-------|---|---|
| 77. | 2. | Hay aquí. | <i>Aquí hay.</i> |
| 83. | 14. | rodean de errores. . . | <i>rodean errores.</i> |
| 97. | 18. | maquinaciones. | <i>maquinaciones.</i> |
| 121. | 17. | alunar. | <i>alucinar.</i> |
| 135. | 11. | á. | <i>de.</i> |
| 145. | 8-11. | sobra el interrogante. | |
| 157. | 2-21. | { precepto tambien, nos hallamos con } | { <i>precepto, nos hallamos tambien con</i> } |
| 159. | 3. | escusados. | <i>escudados.</i> |
| 193. | 14. | misma. | <i>mismas.</i> |
| 250. | 13. | falsas. | <i>falaces.</i> |
| 264. | 19. | á. | <i>de.</i> |
| 269. | 20. | estas. | <i>estais.</i> |
| 271. | 17. | pinas. | <i>puras.</i> |
| 273. | 1. | { para otros como manantial. } | { <i>como manantial para otros.</i> } |
| 279. | 14. | concordias. | <i>concordia.</i> |
| 293. | 13. | rendirse. | <i>reunirse.</i> |
| 298. | 15. | alteraciones. | <i>altercaciones.</i> |
| 303. | 8. | lo. | <i>los.</i> |
| 305. | 2. | velamos. | <i>velábamos.</i> |







1a

7185

SERMONES
DE
MR. REYBAZ

TOMO I.